CONSPIRACIÓN MARCIAL

RAÚL GARBANTES

Conspiración Marcial
(Nathan Jericho investigador privado parte 1)

Raúl Garbantes

Copyright © 2017 Alba Digital Publishing.
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito de la editorial, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.
Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Alba Digital Publishing
info@albadigitalpublishing.com

Acerca de Raúl Garbantes:
Facebook: https://facebook.com/autorraulgarbantes
Twitter: https://twitter.com/raulgarbantes
Amazon: https://amazon.com/author/raulgarbantes

Contenido

Conspiración Marcial

Notas del autor

Otras obras del autor

Prólogo

Illinois, 1968.

¿Cómo mantenerse cuerdo a medida que descubres cuan podrida se encuentra la humanidad? No podemos fiarnos de nadie, ni siquiera de nuestros sentidos. Nos construimos a nosotros mismos a base de engaños hasta convencernos de su veracidad. Mentimos para matar y también para sobrevivir. Siempre habrá una versión oficial que pretende decirnos el modo real en que ocurrieron las cosas, una lista de hechos comprobados y constatados por las opiniones de quienes se erigen como los expertos de esa disciplina manipuladora que conocemos con el nombre de "historia".

Pero, ¿existe realmente la historia como una prueba real e ineludible de los acontecimientos del pasado? ¿Acaso las verdades sobre sucesos ocurridos se encuentran al alcance de todos? ¿Contamos con todos los datos necesarios para llegar a una conclusión irrefutable? ¿Y quiénes ostentan el privilegio de declarar que la versión oficial es la última palabra? Frente a todas estas preguntas se alza la sospecha que nadie nos advierte, pero tarde o temprano aprendemos a cuestionar: la historia es el brazo ejecutor del verdugo y el trofeo del vencedor. La historia responde a los privilegios de quienes nos oprimen. La historia que nos cuentan es aquella que ha sido creada para que no aceptemos un destino distinto al que creemos conocer. La historia es una trampa para que nadie encuentre su libertad.

Nathan Jericho siempre se recordaba a sí mismo, como su mantra personal: "Este es un mundo violento y solo puedo contar conmigo mismo". De ese modo conseguía protegerse y nadie nunca fue capaz de aventurarse a asegurar lo que pasaba por su mente. Era un hombre indescifrable cuyo rostro solía mantenerse oculto entre las sombras de sus sombreros fedora, apostado en las esquinas, vigilante, camuflado en abrigos cruzados, representando una estampa anticuada de tiempos menos confiados, cuando la guerra y la muerte estaban a la orden del día.

Había conseguido un oficio perfecto para su actitud, algo para lo cual había nacido del mismo modo en que a todos se les revela su vocación en aquello que mejor encaja con su modo de ser. Por esta razón, no era de extrañar que Jericho trabajara como detective privado y que fuera el mejor de la ciudad, incluso para sus rivales, aunque estos no se atreverían a reconocerlo en voz alta.

No obstante, detrás de su fortaleza mental y de su capacidad para ocultarse del mundo que lo rodea Nathan Jericho se sentía atormentado. Había conseguido arrinconar en lo profundo de su ser el sufrimiento que le causaba sus orígenes. Era implacable al buscar las respuestas a sus propios enigmas, esos que pesaban sobre su espalda y que solo él reconocía en la sombra de sus sueños o en las brumas de las fantasías que envolvían su mente incluso cuando creía encontrarse despierto. Puesto que no estaba acostumbrado al descanso, a veces el velo entre realidad y ensoñación difuminaba sus límites, enloqueciéndolo.

Las puertas chirrían. Algunos niños no dejan de llorar. Un repiqueteo constante en la madera. Toc, toc, toc. Nadie llama. Pero la madera tiembla cuando otros gritan. Las paredes agobian y la sombra de una mano se agita, insegura, proyectándose sobre los muros de aquella horrible fortaleza.

Son unas puertas macizas. La entrada que conduce a una prisión horripilante. O al menos esa es la impresión que causa. El niño alza su mirada al cielo, sintiendo las gruesas gotas de lluvia que empapan su rostro. Sus pasos son inseguros. Su rostro pegado contra los barrotes. Sí, debe tratarse de una prisión. Dijeron que en ese lugar cuidarían de él, pero no se siente seguro en ningún momento. No puede permanecer más tiempo allí y sin embargo no se aparta de esa puerta. Atrás se alza un edificio gris, amenazador, proyectando la sombra de los castigos que le deparan si no regresa a tiempo antes de que resintieran su ausencia. Pero todo está inundado. Es arriesgado lanzarse a la carrera. En cualquier momento puede tropezar. Siempre tropiezan y nadie los recoge. Deben aprender a levantarse por sí mismos. Y nunca se atreve a escapar.

Llueve torrencialmente. Fuera de las ventanas el mundo se inunda, pero incluso estando seco y bajo un techo, es mejor quedarse afuera hasta empaparse, hasta pescar un resfriado que lo obligue a

quedarse en cama, delirando de fiebre. La fiebre, sí. Todos los niños la padecen, incluso aquellos que no juegan a mojarse. La fiebre siempre regresa, pero él parece inmune. Vive con fiebre sin padecerla. Gracias a una fiebre distinta, regresa para anunciarle a las habitaciones vacías, testigo de su dolor y el de tantos otros niños similares: ¡He vuelto! ¡He venido a ser castigado una vez más!

Pero a diferencia de sus coetáneos, Jericho nunca bajaba la guardia, nunca tomaba largos descansos y no olvidaba que el horror acechaba tanto en rincones oscuros como a plena luz del día a la vista de todos. También era consciente de que nadie era completamente honesto, que todos guardaban secretos que preferían no ver expuestos. Porque algunos mantenían secretos inofensivos que de descubrirse fracturarían el aburrido orden y la simetría de sus vidas consagradas a una familia. Pero otros, y eran muchos más de los que nos atreveríamos a suponer, basaban sus vidas sobre esos secretos y en el caso de que estos se supieran ya no podrían continuar con ellas, porque se trataba de secretos que arruinaron las vidas de aquellos que habían conocido esa sed sangrienta que confunde la venganza con justicia. Jericho conocía muy bien esa sed, porque era la razón por la que se había convertido en el detective con mayor experiencia y sagacidad del estado, pero también el que suspendía sus escrúpulos y le daba cabida a la crueldad para conseguir los resultados que sus clientes necesitaban.

Los gritos redoblan. Sus amigos, sus enemigos, los que en el patio se agarran a golpes y luego en las noches se pellizcan con malicia. Pero a veces gritan porque han venido a buscarlos, uno a uno, para castigarlos por nimiedades. No les dan explicaciones. Lo mejor es gritar, dejar una prueba de lo ocurrido, que otros puedan decir que estuvo allí porque lo escucharon gritar. Pero cuando no son sus propios gritos mayor es su dolor. Un dolor hondo. Los gritos le recuerdan el dolor. Otros sufren la misma suerte. Otros gritan por los mismos castigos que él ya ha conocido. Es imposible olvidar cuando gritan. Pone una almohada sobre su cabeza hasta que se difuminan en la distancia. Gritos lejanos, gritos en pausa, gritos que se desvanecen. Aunque el sueño nunca llega.

Y gracias a todo este saber sobre la podredumbre humana y sus mentiras, Jericho demostraba sus talentos. Porque era avezado en el arte de los secretos, pero sobre todo experto a la hora de exponerlos. Cada caso en sus manos no significaba únicamente un medio para ganarse la vida. El dinero importaba muy poco. Se contentaba con tan poco, con lo esencial. Lo importante era reforzar su entrenamiento, acorazar mejor sus mañas, darle mayor combustible a su instinto. Cada caso era una oportunidad de mejorar su técnica, de acumular un arsenal provechoso para el momento en que enfrentara sus propias batallas. No sabía cuándo, porque el truco para sobrevivir consistía en no alimentar muchas esperanzas sobre nada en particular, pero si alguna vez se presentaba el momento de hallar las respuestas que tanto buscaba no lo tomarían desprevenido.

La piel arde como una brasa. Una antorcha sin llama, lacerante. Si dobla el brazo le duele, pero cuando lo extiende unos aguijonazos le obligan a arrugar el rostro y cerrar los ojos hasta que brotan las lágrimas. No se atreve a mirarlo. La sangre no termina de secarse. Las letras son legibles sobre la piel pálida. Letras hechas con tinta y sangre. Para que nunca olvide lo poco que sabe sobre sí mismo, sobre quién es y de dónde viene. Lleva consigo la respuesta, sin conocer la pregunta. Un testimonio de su olvido, allí, para leerlo, para que otros lo lean, para acorralarlo con preguntas que no sabe responder. Las letras tatuadas en su piel como una mancha. No, como un estigma.

—¡Lo logró! ¡Lo logramos!

A Jericho le costaba volver en sí cuando su mente se apoderaba de su cuerpo. La molesta voz de su cliente resonaba como un zumbido en su cabeza a lo cual él correspondía con un gesto desinteresado. Requirió dar un vistazo a su alrededor para anclar los contornos de la realidad y poner en su justo lugar al presente. Sí, poco a poco se le hacía familiar el espacioso juzgado y su bullicio tras haberse anunciado el veredicto: ¡culpable! ¡El canalla había sido condenado por sus actos! No siempre los verdaderos culpables acababan en una mazmorra, justo donde pertenecían. Mucho menos si se trataba de alguien que se desempeñaba como policía. La ocasión se prestaba para celebrarse, para saltar con entusiasmo como lo hacía su cliente, quien no dejaba de estrechar su mano para darle las gracias.

—Nada de esto hubiera sido posible de no ser por usted —vociferó el cliente, presa de su incontenible entusiasmo—. De no ser por su exhaustiva investigación y su incansable escrutinio ese bastardo estaría libre. Ahora ese hombre se pudrirá en la cárcel pagando por todo el daño que ha hecho. No tengo palabras adecuadas para expresar lo que esto significa. ¡Gracias! ¡Muchas gracias!

No le agradaban las personas tan susceptibles. Le parecían molestas y hasta cierto punto vulgares. Sin embargo, Jericho comprendía la felicidad del chico, aunque particularmente le diera igual su agradecimiento o su situación. Un policía corrupto intentó hundir a su padre con falsas acusaciones para extorsionarlo creyendo que se saldría con la suya. En el momento en que el muchacho se presentó en su oficina y rogó por su ayuda, Jericho aceptó sin un asomo de duda. No solo era un caso atractivo debido a la paga sustanciosa, lo suficientemente buena para no rechazarla, sino porque representaba un reto que demandaba toda su astucia y malicia, una oportunidad dorada para fastidiar a esos tipos de uniforme que se creían invencibles para campar a sus anchas y ejercer toda clase de abusos.

Jericho era el tipo de hombre que fluctuaba en el límite tambaleante entre la integridad dudosa y la moral corrupta según la filosofía de que el fin justificaba los medios, acentuada por su profunda aversión hacia cualquier forma de autoridad. Detestaba a los hombres uniformados, funcionarios públicos y burócratas, porque a sus ojos eran fachadas para justificar los desmanes de una nación consumida por la corrupción y las ambiciones. Ninguna institución era transparente o libre de pecado ante sus ojos. Por lo tanto, cualquier posibilidad a su alcance para atacar directamente al poder y sus gendarmes la tomaría con especial interés.

—¿Se encuentra bien, señor Jericho? —preguntó el muchacho, dándole una mínima tregua a su entusiasmo, preocupándose al notar el rostro pálido del detective—. Creo haber notado que algo alteró su semblante, supongo que debido a la tensión del momento. Pero ya no hay nada de qué preocuparse, las pruebas fueron irrefutables, ganamos el caso y no pueden apelar en nuestra contra. Ha sido un logro trascendente. Esto podría servirle de lección a cualquier oficial en el futuro para comprender que no son infalibles, que el brazo de la ley también puede alcanzarlos si no se comportan como es debido.

Mientras el muchacho le hablaba a Jericho, a ellos se acercó un hombre alto y corpulento, vestido con sencillez y cubierto por una chaqueta amplia, quien se detuvo a escuchar la curiosa conversación que mantenían. O, para ser exactos, el monólogo sin interrupción del muchacho que Jericho no detenía, pero en el cual tampoco concentraba su total atención. Jericho lo reconoció enseguida, se trataba de Dick Sonnenfield; un compañero al cual consideraba un aliado.

—Siempre habrá ovejas negras en el rebaño —intervino Dick—. Y no son menos culpables los pastores que las dirigen, ni los perros que las custodian. Pero usted tuvo el acierto de poner el caso en buenas manos. Aunque quizá “buenas” no sea la palabra adecuada. Nuestro estimado Jericho tiene mañas que solo él conoce. No cabe duda de que es un genio, aunque muchas veces parezca un chalado. Si no fuera por esa dosis extra de locura probablemente habría sido un oficial brillante. Entonces, muchacho, para fortuna de usted y su padre, el señor acá presente prefirió convertirse en detective privado.

Dick le dedicaba una sonrisa bonachona, pero Jericho correspondió su broma respondiéndole con un tono sombrío:

—A ese por ejemplo sí lo aceptaron —dijo Jericho señalando sin recato al policía culpable, al cual arrastraban fuera de la sala en manos del alguacil—. Y mira cuán útil fue. Escorias como esa se benefician del dinero de los contribuyentes. Así funciona el mundo.

—El detective Jericho es un bromista en toda regla —dijo Dick en voz alta para evitar que la situación se saliera fuera de control al ser escuchado por los otros oficiales que seguían la marcha del prisionero—. Se le da natural sin necesidad de sonreír. Le gusta hacerse el antipático para divertirnos.

Jericho se mantuvo impasible, sin excusarse por lo dicho. Pero las palabras de un agente como Dick consiguieron el efecto de lograr que no se le diera importancia a la actitud retadora de Jericho. Por su parte, el hombre arrestado le dedicó una mirada desafiante al pasar cerca de ellos. Jericho vio una llama familiar ardiendo en sus ojos. Era la mirada que anunciaba la sed que a todos derrotaba. Una

mirada que no necesitaban decir en voz alta las palabras que callaba: “un día me las vas a pagar”, “si se me da la oportunidad no dudaré en exterminarte”. Jericho le sostuvo la mirada, demostrando serenidad y cinismo al mismo tiempo, sin cederla. No le temía a ese brillo cargado de afrenta. Había visto esa mirada en muchas ocasiones, en otros hombres y mujeres que tuvieron la mala suerte de convertirse en sujetos de una investigación a su cargo. No era la primera vez, ni tampoco sería la última. Hallaría esas miradas hasta el final de sus días. Suponía que muchos prisioneros se consolaban en sus celdas mugrientas, planeando sus venganzas contra quienes los habían confinado a una situación tan miserable. Y cada uno de esos desgraciados tendrían a Jericho en sus listas negras de desquite. Al ver a este antiguo oficial de policía mirarlo de esta forma, Jericho no pudo sino pensar para sí mismo: “Ponte en la cola, amigo. Espera tu turno, si es que alguna vez llega”.

La marcha del acusado hizo que el muchacho permaneciera en silencio, de espaldas a estos. No deseaba confrontar la mirada de aquel hombre que tanto daño representaba para su familia. Fueron segundos tensos, pero solo Jericho mantuvo el control de sus gestos, como si verdaderamente fuera ajeno a cualquier impresión. Era un hombre que no se sorprendía con facilidad y que nunca dejaba un indicio claro de cómo pensaba en un momento dado y mucho menos cómo es que sentía, en el caso de que fuera capaz de sentir algo concreto, tal como pensaban quienes llegaban a conocerlo. Cuando el acusado ya no se encontraba en la sala del juzgado, el muchacho respiró aliviado y Dick aligeró su postura. Para fastidio de Jericho, el muchacho volvió a retomar su retahíla de agradecimientos sin fin:

—No se equivoca, agente Sonnenfield. Contratar a Jericho fue el mayor acierto. Estaríamos ante un escenario muy distinto de no ser por él. Le estaré eternamente agradecido.

Para calmar su parloteo, Jericho hizo un gesto indicando desenfado, dando a entender que no era para tanto:

—Déjele la eternidad a los dioses, muchacho. Aquí en la tierra nos contentamos con hacer nuestro trabajo para pagar facturas. Eso basta como agradecimiento.

—Por supuesto, ya firmo su cheque con el monto acordado para el pago final —apoyó el cliente, procediendo a sacar un bolígrafo para prepararlo—. Sin embargo, le agregaré una bonificación extra. Tómelo como un respaldo por todas las molestias y cualquier gasto inesperado que haya salido directamente de su bolsillo pero ha tenido la decencia de no mencionar. Y si no fue así, importa poco. Su trabajo lo merece.

Dick observó a Jericho con alegría, como si fuera él quien fuese a recibir el cheque. Pero este se limitó a corresponderle arqueando las cejas y frunciendo sus labios. Para Dick este gesto representaba su manera escueta de manifestar su alivio por otro trabajo completado con éxito en menos tiempo del requerido. Se trataba casi de un milagro haber conseguido una resolución tan tajante e inmediata. Cuando se trataba de casos que involucraban a agentes de la ley, estos podían acumular meses sin obtener una respuesta concreta, siendo aplazados indefinidamente por apelaciones absurdas que obligaban a rotar jueces y jurados. Pero el trabajo de Jericho a la hora de recolectar pruebas incriminatorias fue impecable y el abogado defensor no pudo ser burlado.

Jericho comprobó el nuevo monto sumado a la paga acordada y el alivio se transformó en satisfacción, aunque no lo dejara relucir. Con algunos clientes se cuidaba de sentir este tipo de entusiasmo, ya que muchas veces pretendían timarlo al no tener dinero suficiente para pagarle, pero en este caso, cuando recibió la paga inicial supo que se trataba de personas dispuestas a desembolsar de sus bolsillos lo que fuera necesario para ganar. Contaban con fondos suficientes para costearse una victoria. Aún no tenía planes para ese dinero, pero con ello podría trabajar con casos menos complicados y dedicarse un tiempo de descanso. O al menos así supuso Dick, quien se atrevió a sugerirle una vez que el cliente se despidió de ellos:

—Después de un caso como este te conviene tomar unas largas vacaciones. Haz buen uso de ese dinero y despeja tu mente. Siempre habrá trabajo esperándote, pero mientras tanto concédete una tregua.

—¿Eso es una sugerencia o una petición, agente Sonnenfield? —preguntó Jericho—. Aún tengo casos pendientes en mi escritorio.

—Es una amigable sugerencia —refirió Dick—. Ha sido un resultado exitoso, pero no olvidemos que esto podría traer consecuencias. Has contribuido a que cayera un oficial de la ley. Algunos querrán cargarla en tu contra, buscarán un punto débil para ponerte fuera del juego. Concédete unos meses para que se olviden de ti, mientras los ánimos se aplacan.

—Agradezco el consejo y la preocupación —manifestó Jericho ajustándose su sombrero fedora cuando salían del tribunal para enfrentar el mundo exterior—, pero descansar nunca es una opción para mí. Prefiero trabajar.

—Otros oficiales tomarán eso como un mal presagio —se atrevió a bromear Dick—. Quizá consigas ponerle las esposas a algún otro.

—Quizá —repitió Jericho enigmáticamente—. Hay muchas manzanas podridas en el cesto. Convendría cortar el árbol de raíz.

Le esperaban noches de insomnio y, cuando consiguiera dormirse, reaparecían las pesadillas. No sabía qué era peor. Jericho pensaba que hombres como Dick no eran capaces de comprender a los vengadores solitarios como él. Cuando sus caminos divergieron se despidieron escuetamente. Un trueno retumbó a lo lejos, anunciando la llegada de una próxima tempestad. Eso le trajo recuerdos difusos sobre aciagos días lluviosos durante su infancia.

La lluvia, los gritos, la puerta cerrada. No consigue escapar y en cambio ha sido marcado como si fuera ganado. Un dolor punzante. Letras sangrantes contrastan con su palidez. Vivirá con esa tinta en la piel durante el resto de sus días. El dolor no merma. Sujeta el brazo contra su pecho. No importa si esto acentúa el dolor, le reconforta recogerse sobre sí mismo. Luego se atreve a leerla. Esa misteriosa palabra tatuada en su brazo: “Jericho”.

Capítulo 1

Para algunos hombres la idea de “descansar” es un motivo de angustia, como si fuera un modo de mandarlos a conocer la muerte. Este tipo de hombres se embarcaban en empresas y situaciones que demandasen todos sus esfuerzos y, cuando estos proyectos culminaban, enseguida se sentían intranquilos, esperando encontrar algo con lo que ocuparse. En cierta manera, los hombres obsesionados con trabajos que requieren una gran y constante actividad, necesitaban mantenerse ocupados para no tener que afrontar la carga de sus pensamientos sombríos, hombres llenos de secretos o atormentados por la búsqueda de un sentido que no terminaba de revelárseles, hombres que intentaban descifrar misterios que les estaban vedados. Y precisamente cuando les sobrevenía un tiempo de descanso, sus preocupaciones se redoblaban porque eran incapaces de apartarse lejos de los dilemas que los angustiaban.

Jericho era uno de esos hombres. Huía de los descansos porque estos le obligaban a recordar las preguntas que se tejían desde el olvido para crear la maraña confusa de su pasado inconcluso. Su propia historia, para comprender quién era y de dónde venía, la piedra fundacional de su identidad presentaba una ausencia que nada conseguía llenar. Se acostumbra a decir que solo la verdad puede hacernos libres, pero para Jericho esa verdad se mantenía oculta en algún lugar de su memoria o en alguna esquina polvorienta del mundo, pero nunca a su alcance.

Cumplió con éxito su más reciente caso como detective privado consiguiendo que las pruebas recolectadas sirvieran para armar un caso sólido e irrefutable gracias al cual el acusado terminó siendo declarado culpable, los clientes quedaron satisfechos y él recibió una buena paga gracias a todo eso. Así era su vida, pero de ningún modo resultaba aburrida o repetitiva. Cada nuevo caso traía consigo sus peculiaridades y no siempre se obtenían resultados exitosos para los clientes. Sea como sea, Jericho siempre recibía su paga; porque así funcionaba el negocio, él cumplía con su parte y ya luego dependía de los clientes y sus abogados aprovecharse de la situación para dar el golpe de gracia o sufrir una caída estrepitosa. Por supuesto, Jericho prefería los casos exitosos porque entonces los clientes duplicaban su generosidad.

Ya recibida su cuantiosa paga, Jericho tenía muchas opciones para aprovechar el tiempo libre y dedicarse un tiempo para sí mismo. O, al menos, eso es lo que haría otro hombre distinto si se encontrara en su situación. Pero ahora, en su caso, esto significaba que quedaba nuevamente a merced de sus pensamientos, sin nada eficaz con que distraerlos. Por lo tanto, su primera tentativa fue refugiarse en su segundo desahogo favorito después del trabajo: el sexo con una mujer guapa.

Tras haber abandonado el juzgado, Jericho ajustaba su abrigo largo, se cuidaba de que su rostro quedara semi oculto por el sombrero fedora y dirigía sus confiados pasos arrimándose a las esquinas sombrías de las aceras para llegar al único lugar donde a ciencia cierta se sabía esperado, el apartamento de su amante Lilian. Sin embargo, Lilian no era exactamente su amante porque Jericho era un hombre soltero acostumbrado a vivir su vida sin compromisos de ningún tipo, y esto incluía los de carácter romántico. En ese sentido, Jericho era el amante de Lilian, ya que esta se encontraba casada, sujeta a un matrimonio insatisfactorio en el cual acabó atrapada cuando se comprometió a instancias de sus padres mientras apenas salía de su adolescencia. No supo contradecir los deseos de tantas personas con mayor fuerza de mando en sus opiniones y se dispuso a complacer las voluntades ajenas sin rechistar, ya que, después de todo, desde que era una niña toda su educación familiar había sido orientada con el objetivo de prepararla para cuando fuera una mujer casada.

Como era de esperarse en este tipo de situaciones, Lilian era una excelente esposa para su marido, pero este simplemente la daba por sentado, de tal manera que sus necesidades más íntimas nunca fueron atendidas, sin recibir muestras de romance ni haber conocido jamás el vértigo de una pasión superior al sentido común. Su vida terminó cruzándose con la de Jericho y acabaron convirtiéndose en amantes, cubriendo los vacíos que los caracterizaban, asumiendo los roles convenientes para calzar en

sus vidas con base a sus carencias. Jericho necesitaba una conexión humana que lo apartara del infierno de su memoria, mientras que Lilian anhelaba un elemento que contradijera el aburrimiento al cual estaba condenada. De esta forma, Jericho conseguía una tregua y Lilian obtenía una excitante y prohibida aventura. Ambos quedaban satisfechos.

Jericho era esperado y cumplió con las expectativas. Fue recibido por Lilian en su pequeño apartamento para ser agasajado por ella como si se tratase del dueño de la casa, el cual evidentemente no se encontraba ni se aparecería tras un previo aviso que ella le hiciera. Era un hombre cuyos negocios lo obligaban a realizar largos viajes, que dejaban a Lilian completamente sola como si fuera una viuda; y precisamente la continua soledad a la cual la sometían estos viajes fue la que propició que una muchacha tan tímida con ella terminara enredada con un hombre como Jericho, cuyos escrúpulos maleables no veían la gravedad de su estado civil como un impedimento para seducirla. Tampoco se trataba de una afición por el riesgo que esto representaba. A Jericho le importaba muy poco que ella fuera casada del mismo modo en que le daría igual si era soltera. Tan solo se guiaba por el sentido de la oportunidad y el pulso de la necesidad. Ella estaba allí para él y Jericho correspondería en iguales términos hasta que ella decidiera lo contrario.

Pero Lilian no tenía planes de romper su relación con Jericho, ya que representaba su único contacto con esa porción de dicha que siempre le fue negada, gracias a la cual la vida finalmente se sentía viva, así fuese por pequeños instantes, y puedes asegurar que tu felicidad existe en alguna parte porque la has conocido unas pocas veces. Su semblante se iluminó al verlo apostado frente a la puerta y, cuidándose de mirar a los lados por si alguna mirada indiscreta se encontraba en los alrededores, lo dejó pasar:

—¿Cómo te fue con el caso, Nathan? —lo saludó Lilian—. Llegaste más pronto de lo que esperaba. Aún estoy terminando de preparar la cena.

Ella era una de las pocas personas que se tomaban la confianza de identificarlo simplemente por su nombre. Prácticamente la única. Para el resto del mundo respondía formalmente cuando era llamado Jericho.

—Resultó mejor de lo que esperábamos —respondió Jericho escuetamente, dejando su abrigo en un perchero para conseguir mayor comodidad—. Las mismas formalidades burocráticas de siempre, solo que esta vez el canalla terminó en la cárcel, adonde pertenece.

—Pero eso es estupendo, ¿no es así? —celebró Lilian, ingenuamente. Luego lo invitó a sentarse en la mesa del comedor con un gesto—. Al menos ahora tendrás más tiempo para dedicarte a otras cosas o descansar un poco.

—El mundo entero quiere verme descansando para llevarme la contraria —dijo Jericho más para sí mismo—. Pero sí, fue estupendo como dices. Espero que el próximo caso llegue pronto, sino enloqueceré.

Lilian le dedicó una mirada condescendiente cargada de ternura, mientras ponía los platos y cubiertos con sumo cuidado, antes de disponerse a servir la cena.

—El trabajo nunca faltará y descansar no te hará daño —sugirió Lilian al mismo tiempo que dedicaba su concentración en preparar la mesa—. Pero así eres tú, si no hay trabajo te lo inventas.

Al decir esto, Lilian sonrió. Jericho ladeó su cabeza y le dio la razón.

—Prefiero trabajar —recalcó Jericho—. Me aburro cuando no tengo nada que hacer y no me contenta esa clase de aburrimiento. Me desespera.

Lilian siguió defendiendo la importancia del descanso y proponiendo ideas de lo que podría hacer para distraerse, al mismo tiempo que disponía la comida sobre los platos y llenaba las copas de vino. Jericho se detuvo a contemplarla sin prestar demasiada atención a sus palabras. Se había puesto uno de sus mejores vestidos nada más que para recibirlo. Su figura se le antojaba deliciosa a sus ojos. Su cabellera roja ardía como una antorcha. La deseaba. Una parte de él se sentía incitado a levantarse de la mesa y rodearla con sus brazos, para luego poseer su cuerpo en la cama que compartía con otro hombre. Lilian se comportaba con tanta naturalidad, que resultaba tan entrañable como curioso.

Cualquiera que la viera y la escuchara por un momento creería que Jericho era su esposo y que no llevaba una doble vida como amante. Su habilidad de fingir que nada ocurría, que no se encontraban en un domicilio del cual su marido era el único dueño, no presentaba error alguno. Realmente creía en ello cuando se lo proponía.

A pesar de su estoicismo, que daba la impresión de que nada le afectaba, Jericho era un hombre perceptivo capaz de distinguir los más mínimos detalles de una personalidad, así como adivinar los deseos e intenciones de cualquier individuo tras una atenta observación. Esa era una de las razones que lo hacían apto para trabajar como detective. En Lilian notaba una avidez que le atraía enormemente, una súplica constante de cariño que no necesitaba expresar con palabras. Cada ademán de su cuerpo y los gestos de su rostro clamaban por alguien que la llevara en brazos para prodigarle calor humano. Y Jericho siempre estaba dispuesto a dárselo.

—Espero que te guste la carne —puntualizó Lilian —. Después de un día agotador es importante que repares fuerzas.

Jericho ni se detuvo a observar la comida para apreciarla. La devoró sin concesiones mientras Lilian comía pausadamente. Jericho agradeció en silencio lo deliciosa que estaba, ya que todo aquello era mejor que cualquier basura torpemente hecha que se prepararía a sí mismo de haber tenido que cenar solo en su apartamento. Lilian no necesitaba de los cumplidos para reconocer la saciedad debidamente satisfecha en el rostro de Jericho mientras comía. Ella sonreía por esos pequeños logros domésticos. Le agradaba pensar que Jericho notaba estos detalles, aunque no lo demostrara, y así poco a poco formar parte de su misteriosa vida, sin tantos aspavientos, para ser buscada como se necesita un café para despertarse o un cigarrillo tras haber hecho el amor, algo esencial de lo cual nunca se prescindía.

Lilian siguió haciendo preguntas, interesándose en el caso, pero Jericho tenía otros planes. No le animaba continuar hablando sobre un trabajo ya completado. Tan solo deseaba desnudarla, recorrer su piel blanca y pecosa con la fuerza de sus labios, mordisquearla un poco y darle toda esa felicidad que tanto escaseaba en su vida.

—Te queda muy bien ese vestido —observó Jericho cambiando de tema, enfocándose en la urgencia de sus intereses presentes—. Resalta tu figura.

—Gracias por notarlo —correspondió Lilian bajando la mirada y ruborizándose—. Aunque lo compré en una tienda, yo le hice unos ajustes propios.

En sus encuentros con Jericho, Lilian no dejaba de mostrarse recatadamente nerviosa; lo cual resultaba encantador y exasperante a partes iguales. Jericho suponía que era muy probable que a lo largo de su vida solo se hubiese desnudado ante dos hombres: él y su esposo. Por lo tanto, irradiaba en ella una inocencia inquebrantable, siempre dispuesta a creer en lo mejor de las personas y confiar en que existían tiempos y lugares para el cumplimiento de sus sueños. Ningún evento terrible tenía la facultad de matar sus esperanzas y en esta ingenuidad se fundamentaba su principal fortaleza. Jericho, al terminar de comer, le dedicó una extensa mirada que ella no se atrevió a sostener y supo que era el momento perfecto para dar por terminada la conversación e iniciar las acciones que no exigían anunciarse.

Por lo tanto, Jericho se puso de pie y fue hasta el asiento de Lilian para acariciarle el rostro. Ella alzó su cabeza y lo miró con ojos encendidos. Traducían sus deseos en silencio. Jericho le ofreció su mano y ella se dejó llevar hasta su habitación. Justo allí dieron rienda suelta a sus deseos, entre besos, caricias y abrazos que los dejaron completamente desnudos, juntando sus cuerpos hasta conseguir una correspondencia perfecta.

Finalmente, Lilian cayó rendida a un lado de la cama, satisfecha por haber llegado a lugares inimaginables que nunca era capaz de alcanzar bajo el tacto monótono de su marido. Por su parte, Jericho se hundió en una momentánea modorra hasta que recuperó el control de su consciencia y nuevamente lo asaltaron esos pensamientos venenosos que carcomían su paz. Cuando Lilian recuperó el aliento no deseaba sentirse tan expuesta en su desnudez, por lo cual se envolvió en las sábanas para

seguidamente arrimarse al cuerpo de Jericho y abrazarlo. El detective lo permitió, quedándose inmóvil, dejando que ella le otorgase caricias ya despojadas de las demandas del sexo. Lilian se aferraba a él, al presente, a ese tiempo prestado, tanto como fuese posible extenderlo, pero él no le devolvía el abrazo. Lo observaba con toda su atención: el cabello despeinado, el ceño fruncido como signo de una preocupación latente, la respiración irregular en su pecho firme, la piel correosa, los músculos atléticos en su delgadez y la profunda melancolía en su mirada ya extraviada en los laberintos de su memoria. Le gustaría que, al acabarse el fuego del encuentro experimentado, Jericho siguiera siendo ese hombre cálido que solo se dejaba ver cuando la hacía suya. Pero volvía a recuperar sus modales fríos y su cansancio por todo aquello que le rodeaba. Volvía a transformarse en ese enigma viviente que la seducía tanto como la irritaba, aunque jamás se lo demostrase. Ya no era amante, ni amigo, sino un extraño que a duras penas se dejaba abrazar. Y, sin embargo, intercambiaría toda su vida de casada si así lo requiriera para conseguir una noche como esta junto al único hombre capaz de hacerla sentir verdaderamente mujer.

Media hora más tarde, Jericho apartó con delicadeza los brazos de Lilian en torno a su cuerpo, anunciando:

—Ya debo irme.

Lilian se sintió devuelta forzosamente a la triste y cruel realidad. Volvería a quedarse sola para afrontar el resto de la noche.

—Si quieres puedes quedarte hasta que amanezca —sugirió Lilian—. Sabes que no hay problema con ello estos días, porque no se encuentra...

Lilian interrumpió su frase, avergonzada por su desatino. No le gustaba mencionar a su esposo durante los encuentros con Jericho, porque gracias a ello se rompía la fantasía vivida a su lado. Tampoco quería incomodar a Jericho recordándole que ella dormía luego en los brazos de otro hombre que no era él. Los hombres eran muy orgullosos e incluso aunque él fuera su amante no resultaba atractivo recordar que ella no le pertenecía exclusivamente.

Pese a esta vacilación, Jericho comprendió perfectamente lo que Lilian quería decirle. Pero no deseaba pasar la noche allí, porque sus pensamientos eran apremiantes. Deseaba estar de vuelta en su hogar, donde nadie pudiera molestarlo. Se limitó a negar con la cabeza mientras abrochaba su camisa y luego buscaba sus pantalones. Lilian comprendió que era inútil insistir y que, de hacerlo, tan solo resultaría una molestia. Si Jericho volvía siempre a su lado era precisamente porque no lo agobiaba con sus pequeñas tribulaciones, ni lo acosaba con demandas inútiles que crearían una brecha entre ambos. Con el fin de evitar discusiones que no llevarían a ningún lado y garantizar su posterior regreso, Lilian había convenido limitarse a aceptar cada instante a su lado del modo en que se le ofreciera sin intentar modificarlo. Se aferraba a la tonta esperanza de que a veces reconocía en los ojos de Jericho una entrega total, una sensación de calma que luego se escapaba y que ella se adjudicaba como la causa. Tarde o temprano, Jericho también se daría cuenta de ello y comprendería que a su lado podría vencer sus preocupaciones.

Ya completamente vestido, Jericho se despidió evitando los gestos ceremoniosos y sin darle un beso de despedida. Comprendía que la muchacha no tenía la culpa de albergar mayores ilusiones de las que él podía ofrecerle, pero también estaba convencido de que sería mucho peor si la engañara haciéndole creer que él se convertiría en todo lo que ella esperaba de un hombre. Algún día ella le pediría que no volvieran a verse, que le estaba haciendo daño, y él accedería sin contradecirla. O quizá él se cansaría de ella y no volvería a buscarla. Si tan solo las cosas fueran distintas en su vida, pensaba Jericho. Si una angustia honda no le oprimiera el pecho por los vacíos que no conseguía llenar para explicar su lugar en el mundo. Quizá solo entonces podría corresponder los sentimientos de Lilian y atreverse a imaginar una vida junto a ella. Pero por ahora sus circunstancias eran otras y sus voluntades coincidían en el deseo de querer verse sin mayores ambiciones que esas pocas horas de entrega y olvido. Jericho no quería ser descortés, pero tampoco encender sus esperanzas con acciones que la confundiesen.

—Adiós, Lilian —se limitó a decirle antes de partir—. Gracias por la cena.

Lilian solo le respondió con su mirada y una tímida sonrisa. Prefería no acompañarlo hasta la puerta para ir asimilando su partida. Sus pasos se iban alejando, escuchó el chirriar de la puerta cerrándose y se impuso el silencio. Se enrolló en las sábanas con mayor ahínco, queriendo sentirse apresada entre la tela, simulando el abrazo que le negaron. Este calor improvisado cumplió su efecto y consiguió que se hundiese lentamente en un sueño, mientras recreaba mentalmente su encuentro con Jericho, modificando a su antojo los detalles, conforme a como desearía que fueran las cosas. Lo imaginaba allí, dispuesto a pasar la noche, abrazándola. Ya en el umbral del sueño profundo, le consolaba recitar como una letanía: "¡Volverás! Siempre regresas. Y yo estaré esperándote".

***

No era un dulce y acogedor hogar, pero se sintió aliviado al cruzar el umbral de su apartamento, que servía como vivienda y oficina al mismo tiempo. A pesar del espacio mediano, no resultaba agobiante y se distribuía de tal manera que la sala que representaba su lugar de trabajo se diferenciaba de la habitación donde dormía, en tanto ambas estancias se encontraban separadas por una puerta. Cerca de la sala se encontraba un espacio dispuesto para la cocina, mientras que el baño representaba un espacio aparte dentro de su habitación, también separado por una puerta. No le pertenecía, pero la renta para quedarse allí era accesible y conseguía pagarla puntualmente gracias a su trabajo.

Pocos muebles decoraban la gran sala: un sofá con cojines raídos y una mesa repleta de libros, documentos y toda clase de elementos necesarios para su trabajo, sirviéndole de "escritorio" cuando se dedicaba a trabajar e incluso para recibir a sus clientes en taburetes de madera. Jericho echó un vistazo a su alrededor, complaciéndose en la soledad reinante, y luego se acercó a la mesa para observar con desgana los documentos puestos sobre ella. Nada apremiante le esperaba, excepto algunos apuntes sobre investigaciones pasadas, incluyendo la ganada recientemente. Suspiró resignado, comprendiendo que no había excusas para mantenerse despierto, y se dirigió a la habitación con la esperanza de que el sueño fuera benévolo y se presentara puntualmente. Afuera las calles seguían a oscuras y todavía faltaban dos horas para la salida del sol.

Jericho encaminó sus pasos rumbo a su habitación para concederse el intento muy probablemente fallido de dormir. Sus insomnios eran cada vez mayores y en ocasiones podía quedarse dormido en pleno día, por no hablar de las múltiples ocasiones en que se sentía soñando despierto, como si la falta de sueño acumulado trajera como resultado que su inconsciente se manifestara por su cuenta a plena luz del día. Sin embargo, por primera vez en varios días consecutivos, los párpados le pesaban y se sentía motivado a recostarse en su cama para dejarse llevar por el cansancio hasta dormir. Hizo el intento de desnudarse, pero terminó cayendo sobre el colchón de su cama pequeña. Ni siquiera se despojó de sus zapatos y apenas se desabrochó la camisa dejando que se abriera en dos. La madera que sostenía la cama crujió ligeramente al recibir el peso intempestivo de su cuerpo.

Un niño temblando ante las puertas de un edificio. Es llevado casi a rastras, una mano presiona con fuerza sobre sus hombros y lo obliga a dirigir sus pasos adentro, donde es esperado. Ahí comienzan sus recuerdos, como si todo lo que precediera a ese acontecimiento hubiera sido erradicado de su mente. El niño escucha a lo lejos las voces de otros niños, a los cuales aún desconoce. Mujeres de aspecto extraño y rostro severo caminan de un lado a otro, con sus vestidos graciosos. "Llevan el hábito", se decía de ellas. Monjas, sí. Ellas lo esperan.

Un molesto zumbido le hizo abrir los ojos. Afuera, sobre su mesa de trabajo, el teléfono no paraba de sonar, lo cual obligó a Jericho a tener que levantarse de la cama ya que no contaba con una extensión alterna en su cuarto. Se ajustó los pantalones y abrochó un par de botones de la camisa, sintiendo una brisa fría recorriendo la habitación. Había olvidado cerrar las ventanas antes de acostarse. A pesar de la tardanza, el teléfono continuaba repicando sin interrumpirse. Jericho consiguió llegar a tiempo para descolgarlo y atender la insistente llamada:

—Agencia privada de detectives. Habla Jericho.

—Siento haberlo molestado —responde una voz al otro lado—, pero se trata de un asunto urgente y requiero de sus servicios como detective.

Un potencial cliente. Jericho se sintió entusiasmado ante la perspectiva de un nuevo caso.

—¿Qué necesita? —preguntó —. Si le parece adecuado puede pasar por mi oficina para discutirlo. ¿Conoce la dirección?

—Por ahora no puedo presentarme hasta donde se encuentra usted —se disculpó la voz—. Esa es la razón por la cual me he tomado el atrevimiento de llamarlo con el objetivo de adelantar algunos detalles sobre mi solicitud. Antes debo confirmar que está dispuesto a aceptar el caso. Se trata de recolectar información sensible acerca de unos viejos conocidos. Abundan los rumores en la calle asegurando que usted es un experto en este tipo de actividades.

El tono de voz misterioso, sin terminar de mencionar su nombre, no agradó a Jericho. Su instinto le previno de que no se trataba de un cliente ordinario. O se trataba de alguien importante que prefería mantenerse encubierto o era una trampa, ya sea por parte de un enemigo o simplemente una jugarreta. En el caso de ser alguien poderoso ocultando su identidad, significaba entonces que lo confrontaba con un caso complicado. Le respondió con aspereza:

—Si los rumores son ciertos entonces también deben comentar que el precio para ese tipo de trabajos es alto. Por lo que sugieren sus palabras ya voy adivinando a qué tipo de caso se refiere. Es del tipo complicado y peligroso, aunque a primera vista no lo parezca. Y recolectar esa clase de información exige riesgos que muy pocos detectives se atreven a correr. Yo hago el esfuerzo de obtener la información que un cliente necesita siempre y cuando la paga sea buena. ¿Cuál es su oferta inicial?

—Lamentablemente no cuento con mucho dinero —se excusó la voz—. Es muy poca la paga que puedo ofrecerle, pero sospecho que el caso puede despertar su absoluto interés. Usted es un hombre al que le apasionan los retos por encima del dinero. Y no me queda duda de que este caso le atraerá.

—Creo que no soy el detective que anda buscando —respondió Jericho cortante, ya dispuesto a colgar la llamada—. No le quito más tiempo para que pueda seguir buscando algún otro que considere atractiva su oferta.

—Espere —intervino enseguida la voz con una nota de preocupación—. No puedo darle muchos detalles todavía. Pero le aseguro que este caso es para usted. No confío en ningún otro detective.

—¿Cómo confía tanto en mí? —inquirió Jericho—. ¿Acaso nos conocemos? No reconozco su voz. No me ha dicho su nombre. Lo siento, pero mi respuesta es no.

—1946 —alcanzó a decir la voz, y esto fue suficiente para que Jericho no colgara la llamada—. La fecha es octubre de 1946. ¿Le resulta familiar? ¿Ahora comprende?

Jericho quedó en shock al escuchar esa fecha que removía los cimientos de sus recuerdos difusos.

—Tiene mi total atención —dijo tras un largo silencio, cuidando de no parecer ansioso en su respuesta—. Acepto el caso.

—Me complace escuchar su respuesta —respondió su nuevo cliente—. Sabía que nos entenderíamos. Pronto tendrá mayor información sobre mí. Estaremos en contacto. Tenga en mente la siguiente dirección: Cortland, 16203. Frente a un cartel de “No cruce. Calle cerrada” verá un edificio gris bastante vistoso por sus ventanales y allí encontrará lo necesario para iniciar la investigación. Es fundamental que se presente mañana a las 8 de la mañana. Llegue puntual y no use nada que resulte muy llamativo. Mi nombre es Idaho.

Antes de que Jericho pudiera hacerle más preguntas, el cliente colgó. Tras haber escuchado aquella fecha el cuerpo le temblaba, su rostro sudaba y quedó profundamente intrigado con el teléfono en la mano. Una débil esperanza se agitaba en su interior, como si con ello se presentara un posible escenario para una posterior revelación. Trató de calmarse. Por ahora no le quedaba nada por hacer excepto esperar hasta el día siguiente para presentarse en la dirección convenida. En otras circunstancias, una llamada como aquella suscitaría una infinidad de sospechas que lo prevendrían de cumplir con tales indicaciones para presentarse a una cita incierta. Pero la mención de aquella fecha le otorgaba razones

de peso para suspender sus dudas. Nunca antes se había sentido cerca de un rastro que lo llevara hacia las respuestas que había estado buscando durante toda su vida.

El frío era una entidad casi palpable que se incrementa con cada paso que da. La mano incrustada en su hombro se siente como la garra de un buitre, que presionaría su carne hasta hacerla sangrar. Teme no comprender hacia dónde lo llevan.

—No tienes nada que temer. Aquí encontrarás a otros como tú. Pronto los conocerás. No te sientas solo. Por lo pronto te llevaremos al médico. Pero no temas, no saldremos. Esta aquí mismo, esperándote.

Jericho se repetía mentalmente "Octubre, 1946" hasta que volvió a su habitación recreando mentalmente la llamada que se acababa de efectuar, en el caso de que hubiera pasado por alto algún detalle. ¿Quién podría llamarse Idaho? Parecía más el nombre de un lugar antes que el de una persona. Entonces se dio cuenta de cuán estúpido era ese razonamiento. ¿Acaso él no se llamaba Jericho? Sintió una presión en su pecho. Jericho. Su nombre también era un enigma. Era como si le revelaran las piezas sueltas de un rompecabezas. Por ahora no encajaban, pero comprendía que estaban relacionadas entre sí: Idaho. Octubre, 1946... Jericho.

El doctor y la monja sostienen una larga conversación. Hablan entre susurros, pero puede leerles los labios. Lo señalan a medida que hablan. Comprende que es el foco de interés que los mantiene intercambiando palabras.

—Es la única señal distintiva, del resto podría decirse que es un niño normal. Ha dicho que se llama Nathan pero el tatuaje en su muñeca dice "Jericho". ¿Ese es su apellido?

—Mientras menos preguntas se hagan mucho mejor. Supongo que lo llamaremos de ese modo. ¿Y su salud? ¿Notó algún problema? ¿Debemos preocuparnos de alguna enfermedad?

El doctor voltea a verlo y el niño se finge distraído. No quiere demostrarles que se encuentra atento a la conversación que mantienen. Se encuentra sentado en un pequeño taburete de madera donde minutos antes fue revisado por el doctor que ahora le habla a la monja. Aún siente el tacto de sus manos sobre su cuerpo y el contacto del estetoscopio helado sobre su pecho. Durante su revisión le asustaron esos ojos calmados y atentos, cuyo escrutinio no iba acompañado por palabras reconfortantes sino por un pesado silencio que en nada explicaba la razón por la que se encontraba allí. Ahora, frente a la monja, parece un hombre menos rígido e incluso su voz suena reconfortante. El niño continua tiritando, el frío que le dio la bienvenida en aquel lugar ha cesado, pero no sus temores y son estos los que contribuyen a mantener el temblor en su pequeño cuerpo.

—A primera vista parece un niño sano, tal como apunta. Pero basta ver en su mirada que algo no anda bien. Esa fue mi primera impresión. Luego de examinarlo con mayor detenimiento me atrevería a afirmar que presenta los rastros de un trauma. Necesitaría hacer otros exámenes para descartar traumas físicos o precisarlos, pero también cabe la posibilidad de un trauma mental. Quizá ambos. Les aconsejaría que traigan un psicólogo para que converse con él.

Ojos que no dejan de verlo. Ojos que lo acusan con su mirada y otros que lo compadecen. Pero difícilmente lo comprenden. La soledad es un dardo que lo alcanza a donde quiera que esté. Deja de escuchar a los adultos en su conversación y se detiene a ver el tatuaje en su muñeca: "Jericho". En lugar de leerlo se dedica a presionarlo con sus uñas con la esperanza de arrancárselo. Las clavaba con fuerza hasta que no soporta el dolor.

Con la respiración acelerada y sudando, Jericho despertó escapando de un sueño nada reparador. Organizó mentalmente sus pensamientos para precisar cuáles pertenecían a los recuerdos, cuáles correspondían al presente y qué imágenes eran producto de sus sueños. Recapitulaba hasta dar con lo esencial e indispensable para sobrevivir cada nuevo día. En aquella ocasión, lo real se basaba en una llamada recibida horas atrás, una dirección en la cual lo esperaban y una expectativa que encendía sus nervios.

Un hombre llamado Idaho lo esperaría en Cortland. Ese pensamiento era su momentánea ancla para que las sombras de sus pesadillas y ensueños no le tomaran la delantera a su razón.

Capítulo 2

Cortland, 1968.

El camino hacia la verdad muchas veces nos conduce hacia laberintos y callejones oscuros donde parecen esperarnos minotauros al acecho, custodiando esa revelación esquiva por la cual hay que arriesgar la vida para obtenerla. En otras ocasiones, y estas son las más peligrosas, se nos presenta una vía recta despejada e iluminada por el sol, tan convincente que solo los más desconfiados se atreverían a pensar que es demasiado bueno para ser real. Y, ciertamente, las mañas de esos aficionados a las dudas no yerran en sus juicios. En cualquier momento surge la celada y la aparente calma es tan solo una trampa para que bajemos la guardia.

Jericho pertenecía al segundo grupo, al de los desconfiados, y por lo tanto se le antojó de mal agüero descubrir la apariencia tranquila de Cortland, una ciudad poco poblada y bastante fácil de recorrer. Iba conduciendo en marcha lenta a bordo de su coche, intentando hallar los números que Idaho le dictó, pero no sabía bien si estos se correspondían a una calle concreta o en cambio debía emplearlos para darle otro uso cuando encontrara el lugar convenido. Por lo tanto, intentaba precisar entre las construcciones para localizar el vistoso edificio gris con ventanales o el cartel con la señalización descrita por Idaho. Tratándose de una ciudad tan pequeña como esa no debería ser muy difícil.

Otra persona en busca de una dirección interpelaría a algún transeúnte o se pararía en algún sitio concurrido para hacer preguntas que le ayudarán a descubrir el lugar exacto que motivaba su razón de estar allí, pero Jericho no cometería tales imprudencias; especialmente teniendo en cuenta la sugerencia de no llamar la atención, y eso es precisamente lo que atraería si comenzaba a realizar preguntas incoherentes sobre edificios grises y códigos numéricos. En vista de que la maniobra estaba resultando infructuosa, Jericho optó por estacionar su coche en una calle medianamente concurrida y disponerse a recorrer las calles a pie, esperando con ello mejorar su suerte.

Jericho enfundaba su clásico abrigo oscuro y caminaba por aquellas aceras donde veía menos tránsito humano. Prefería no ser notado, especialmente tratándose de una misión donde el profundo desconocimiento de lo que le esperaba jugaba en su contra, lo cual reforzaba sus sentidos y con ello su desconfianza. Seguía sin encontrar un edificio gris con “curiosos ventanales” hasta que se le ocurrió dirigir sus pasos hacia un parquecito que vio a lo lejos y desde el cual tendría una visión panorámica del resto de la ciudad. Quizá de ese modo identificaría el edificio gris que buscaba.

Sin que nada se interpusiera en su camino, Jericho ascendió una colina y entonces encontró que a unas dos cuadras se hallaba un edificio de apariencia grisácea. No vio los ventanales, pero desde su perspectiva solo alcanzaba a ver la parte trasera de su fachada. Resolvió acercarse para comprobar si esa era la construcción que buscaba. Trató de dirigir sus pasos con calma para evitar parecer sospechoso en el caso de que caminara muy rápido o incluso corriera, aunque debido a su ansiedad eso era precisamente lo que deseaba.

Al llegar al edificio identificado como presunto sospechoso de su pesquisa, vio que se trataba de una edificación normal y corriente de ventanas cortas. No encajaba con la descripción excepto por el color. Comenzaba a exasperarse. Jericho suspiró resignado, ya dispuesto a volver hasta su coche admitiendo su fracaso y suponiendo que todo aquello formaba parte de una jugarreta o algún plan en su contra que aún no alcanzaba a comprender, hasta que, al caminar unos metros más adelante, vio un gran cartel rojo con el enunciado: “NO CRUCE. CALLE CERRA...”. Las otras dos letras faltantes se habían desteñido y apenas se distinguían. Pero Jericho supo que lo había conseguido. ¡Esa era la señal que buscaba!

La euforia se extendía por el resto de su cuerpo y se animó a sí mismo a mantener la calma. Miró a su alrededor y no vio ningún edificio gris, pero luego caminó hacia la calle que el cartel indicaba como

cerrada para el tránsito de vehículos y ¡allí estaba! Un edificio de tres pisos con largos ventanales que, para su sorpresa, se trataba de una biblioteca.

—Esto comienza a tener sentido —pensó Jericho—. Puede que no sea una trampa, después de todo.

Una mezcla de instinto y deducción intelectual le hizo suponer que el código numérico recitado por Idaho se correspondía con algún archivo dentro de esa biblioteca. Se dispuso a entrar sin perder tiempo para corroborar su hipótesis. Al entrar le sorprendió lo grande y espaciosa que era esta biblioteca pública para una ciudad tan pequeña. El contraste era casi irónico. Supo que era inútil revisar por su cuenta, mucho menos sin saber lo que buscaba exactamente. En la recepción se encontraba un hombre de mediana edad con gafas de pasta concentrado en la lectura de un libro, hasta tal punto que no notó la presencia de Jericho hasta que este se detuvo frente a él para hablarle.

—Disculpa —se excusó Jericho—. Estoy buscando información.

El hombre interrumpió su lectura y lo observó sin fingir su sorpresa. Probablemente conocía a todos los habitantes del pueblo que acostumbraban a visitar esa biblioteca, por lo cual no quedaba duda de su aspecto de forastero.

—¿En qué puedo ayudarlo? —preguntó el bibliotecario—. ¿Qué busca exactamente?

—¿Cómo se ordenan los libros acá? —interrogó Jericho, decidido a agotar todas las opciones—. ¿Existe una clasificación de libros por códigos numéricos para hallarlos?

—Así es —confirmó el bibliotecario—. Además de nombres y autores, a cada libro o documento guardado en esta biblioteca se le asigna un código numérico. Si tiene acaso el código, pero no dispone de ninguna otra información es posible comprobar a qué corresponde en la base de datos en cuestión de segundos. ¿Es ese su caso? ¿Ha venido por un código?

—Sí, en efecto —afirmó Jericho con una convicción que incluso a él mismo le pareció sorprendente. Dejaba que sus instintos tomaran la delantera—. El código es 16203. Le agradezco mucho su ayuda.

El bibliotecario no mostró señales de que fuera descabellado lo que acababa de asegurar, por lo cual reafirmó su seguridad de que estaba haciendo lo correcto. Tal como le explicara anteriormente, revisó el código en cuestión en el antiguo archivador de madera de roble que se encontraba allí mismo. Este contenía varios cajoncitos dentro de los cuales se hallaban fichas ordenadas por categorías según códigos de información bibliográfica como fechas y nombres, así como números asignados para identificar los documentos que se resguardaban según grupos de clasificación que él comprendía. No tardó en dar con un resultado. Fue en ese momento cuando el bibliotecario mudó su expresión neutral por una intranquila, como si le incomodara el hallazgo correspondiente a esos números.

—Son archivos de la hemeroteca en el ala oeste de este piso —respondió el bibliotecario vacilante—. Pero me temo que si su intención es revisarlos eso no será posible, porque precisamente los englobados según este código pertenecen a un área restringida a la cual solo tienen acceso quienes han sido autorizados por la alcaldía. Se encuentran bajo llave en esa sección. ¿Dispone usted de un documento firmado por el alcalde? De lo contrario no estoy autorizado a mostrárselos.

—No poseo ese documento —afirmó Jericho prefiriendo ceñirse a la verdad tanto como fuera posible para luego aderezarla con algunas mentiras convincentes—. Debe tratarse de un malentendido. Me mandaron de Washington D.C., precisamente por tratarse de documentos oficiales. Comprobaré lo que sugiere y me aseguraré de conseguir dicha autorización.

El bibliotecario respiró aliviado ante la mención de Washington D.C. Una jugada inteligente de su parte, Jericho enseguida supuso que, si estaban restringidos al público, era porque se trataba de documentos gubernamentales. Era imposible obtenerlos por las vías formales. Debía idear otro plan cuanto antes si quería salir de Cortland con esos documentos. Entonces recordó que antes de entrar a la biblioteca había notado unas entradas paralelas. Su mente hilaba un plan al mismo tiempo que fingía despedirse del bibliotecario para salir luego por la puerta principal.

Al encontrarse en el exterior Jericho bordeó el edificio hasta dar con una puerta de acceso en el lado oeste, pero se hallaba clausurada. Observó las cámaras que se encontraban allí y buscó un ángulo donde se formase un punto ciego para sacar de los bolsillos de su abrigo un juego de ganzúas, dispuesto a forzar con ellas el débil candado que mantenía cerrada la puerta de acceso. Con unas pocas maniobras cedió sin necesidad de hacer ruido. Antes de entrar a través de ella miró a su alrededor cuidándose de poner un pañuelo sobre su rostro. Un movimiento discordante atrajo su mirada a lo lejos, a la altura del cartel gracias al cual había reconocido la biblioteca. Justo allí había unos misteriosos hombres vestidos impecablemente con trajes oscuros y gafas negras. Jericho reconoció que estos hombres iban animados por la misma búsqueda que lo había atraído a él hasta allá. Sin perder tiempo, se introdujo en la puerta forzada, cuidándose de cerrarla. Comprendió que no contaba con mucho tiempo antes de que esos hombres descubrieran esa puerta de acceso, en el caso de que supieran hacia donde ir para hallar lo mismo que él quería obtener.

En el ala oeste de la biblioteca daba la impresión de encontrarse dentro de un laberinto delimitado por salas y estantes. Fue introduciéndose en cada una de las salas, siempre atento de que nadie lo siguiera, hasta que dio con la mencionada hemeroteca. Vio muchas carpetas identificadas con números, pero se dirigió directamente al estante de vidrio cuyas puertas estaban bloqueadas por otra cerradura. Al tratarse del único estante cerrado, Jericho confiaba en que ese contuviera lo que buscaba en correspondencia con el código del que disponía. Con sus ganzúas especiales forzó el candado, sin grandes dificultades. Dentro del estante se hallaban numerosas carpetas con el código correspondiente escrito sobre el lomo. Fue leyendo sobre las superficies de estas, una a una, hasta dar con el código correcto, pero al abrir la carpeta solo halló un montón de facturas de hacía 20 años. ¿Acaso eso era lo que buscaba?

Jericho no creía que fueran las facturas el resultado final y observó con atención la carpeta. En el dorso de esta alguien había escrito otro código numérico con bolígrafo. Un pálpito se agitó en su pecho y, evitando detenerse a reflexionar demasiado, buscó entre las carpetas el nuevo código hasta que ¡bingo! Al abrir la carpeta en cuestión descubrió un documento de varias páginas con un lenguaje cifrado. ¡De eso se trataba! Jericho agradeció su suerte e introdujo el documento dentro de su abrigo para disponerse a salir cuanto antes de aquel lugar. Ya lo revisaría con mayor calma cuando dejara atrás la biblioteca y abandonara esa ciudad.

Ahora bien, debido a la presencia de esos hombres misteriosos, no le convenía salir por la puerta que había forzado. Era preferible volver a salir cruzando la puerta principal, pero para ello debía evitar ser reconocido por el bibliotecario que ya lo había despedido con anterioridad. Así que, para conseguirlo, se dirigió a un estante vacío y lo volcó contra el suelo. El ruido fue estruendoso y Jericho se ocultó entre las sombras de los otros estantes esperando que el bibliotecario llegara hasta allá para comprobar qué ocurría. No se hizo esperar y pudo escucharlo maldiciendo por lo bajo sin conseguir explicarse aquel desastre. Jericho bordeó los estantes que lo ocultaban y caminó luego en línea recta, acelerando sus pasos hasta encontrarse frente a la puerta principal y atravesarla. ¡Lo había conseguido!

Pero su alivio duró muy poco porque vio a los hombres trajeados revisando los daños de la puerta que él había forzado. Eran segundos cruciales para tomarles la delantera antes de ser observado. Aceleró sus pasos en dirección al cartel con el objetivo de agarrar las vías que lo llevaran a las zonas concurridas de la ciudad en donde reencontraría su coche. Puso un pañuelo sobre su boca para mantenerse irreconocible tanto como fuera posible. Al llegar a la altura del cartel que indicaba la prohibición de cruzar con el coche, se atrevió a dar un breve vistazo a sus espaldas. Su mirada se topó con la de los hombres de los cuales huía y estos se hicieron una señal entre ellos que Jericho identificó como una intención expresa de perseguirlo.

Hacía mucho tiempo que no sentía su vida amenazada por el ejercicio de un caso. Pero sus instintos no fallaban cuando eran puestos a prueba en situaciones extremas. Jericho no quería comprobar lo que ocurriría si se dejaba alcanzar por estos hombres, cuyas intenciones no era capaz de adivinar, pero no prometían nada agradable. Se lanzó a la carrera hasta una calle por la cual cruzaban

coches en ambas vías, arriesgándose a lanzarse al centro de la misma a pesar de la perspectiva de ser atropellado. Consiguió llegar a la otra acera sin problema y lamentó no haber traído un arma consigo. Siguió caminando sin detenerse hasta que se mezcló con la gente que paseaba en las calles con mayor flujo de personas. Maldijo en silencio el nombre de Idaho por no advertirle con mayor especificidad los peligros a los cuales se enfrentaba y apretó con mayor fuerza el documento sustraído, comprendiendo que se trataba de algo mucho más valioso de lo que imaginaba en primer lugar.

Jericho evitó cualquier mirada a sus espaldas hasta introducirse en su coche, despojándose antes del abrigo y el sombrero que llevaba, de tal forma que su aspecto era algo distinto, desconociendo hasta qué punto lo habían seguido aquellos misteriosos hombres. Cuando pudo arrancar y acelerar el coche no se concedió un segundo para aligerar su tensión hasta haber dejado a Cortland mucho más allá de lo que alcanzara a vislumbrar en su espejo retrovisor. Con gusto comprobó que ningún coche sospechoso lo perseguía y aligeró los motores para conducir con mayor calma.

Ya sea por un acto reflejo de detective o por un acceso de paranoia, tomó la decisión de detenerse en un punto solitario de la carretera para destruir las prendas que se había quitado prendiéndoles fuego. Tuvo sumo cuidado de hacerlo en un rincón donde el paso de los coches no distinguiera su presencia cuando pasaran a toda velocidad. Prendió una llama con su encendedor sobre estos y ayudó a que el fuego se extendiera. Jericho dejó que la llama terminara su trabajo sin su supervisión, prefiriendo seguir alejándose, aunque ya se sintiera seguro respecto al hecho de haber despistado a sus perseguidores. Abordó nuevamente el coche y continuó su marcha rumbo a su apartamento.

***

No deseaba encerrarse en su apartamento y sentirse agobiado por la incertidumbre de imaginar cuando recibiría la siguiente llamada o un nuevo recado por parte de Idaho, así como las necesarias explicaciones del documento que había robado. Lo hojeó un par de veces, pero enseguida desistió. No contaba con herramientas suficientes para descifrarlo. La única opción sensata era conservarlo y protegerlo hasta que Idaho reapareciera. En otras circunstancias habría entregado tal documento, cobrado el dinero y seguidamente manifestado no seguir haciéndose cargo. No le gustaban los clientes que no hablaban con franqueza y lo comprometían en situaciones perjudiciales sin explicaciones coherentes para ello. Pero Idaho había mencionado aquella fecha como un detonante perfecto para encender el interés de Jericho y obligarlo a aceptar la misión encomendada, aunque no le pagara lo suficiente y ahorrándose las advertencias pertinentes sobre los riesgos que afrontaría.

¿Y si aquel extraño lenguaje críptico escondía el secreto sobre su vida? Jericho apartó la mirada de él y salió de su apartamento decidido a buscar una distracción inmediata que calmara sus expectativas.

El niño contempla su habitación en el orfanato. Ya han pasado varias semanas desde que ha sido confinado allí, junto a otros niños, pero se sentía más como una prisión que un dormitorio, solo que en vez de por guardias son custodiados por monjas llenas de castigos y regaños para aquellos niños con mal comportamiento que desobedecían las reglas y alteraban el orden del lugar. Su introspección es interrumpida súbitamente por unos gritos seguidos de un llanto molesto.

No era lo suficientemente tarde para adentrarse con naturalidad en un bar y beberse unas cuantas cervezas sin parecer un alcohólico desesperado, pero era la hora ideal para no tropezarse con borrachos molestos y ser una de las pocas personas atendidas en un ambiente sereno y silencioso, antes de que comenzara el bullicio. Jericho se sentó en un extremo de la barra, bebiendo su segunda cerveza y dejando que el alcohol no solo estimulara su sangre, sino que también disipara el mar de pensamientos contradictorios que nadaban en su mente. Poco a poco dejaba de pensar en el documento cifrado y se concentraba en lo que veía a su alrededor.

A cierta distancia, vio a una mujer solitaria que también se encontraba allí, quién sabe por qué razón; probablemente, al igual que él, buscaba un refugio silencioso y solitario en el cual pudiera escapar por un momento de sus angustias particulares. El alcohol promovía la desinhibición y Jericho la contemplaba sin reparos, apreciando sus voluptuosas curvas. Era una mujer muy atractiva. Ésta

pareció notar la mirada fija y ardiente que se posaba sobre ella, por lo cual también se dispuso a devolverle la mirada, escrutándolo atentamente, demostrando que la atracción era correspondida.

Jericho alzó su copa para darle a entender que brindaba por ella. La mujer miró a su alrededor, con esa mezcla de coquetería y nerviosismo improvisada, para comprobar que ninguna mirada ajena se mantenía al tanto de sus actos y con ello juzgarla por su atrevimiento. Tras este reconocimiento le correspondió con una radiante sonrisa que se destacó como un destello sensual en medio de la tenue iluminación que caracterizaba el bar. Jericho le hizo un gesto con su mano para que se acercara y tras unos segundos de vacilación ella accedió.

A veces los niños se comportaban como bestias salvajes, atacándose los unos a los otros como si pelearan sus propias batallas a muerte al margen del mundo de los adultos. Niños abandonados que descubrían un raro desahogo en la violencia o que se acostumbraban al abuso contra sus cuerpos para no concederse un segundo de felicidad y no olvidar la razón triste por la cual se encontraban allí: a quienes les correspondía amarlos y cuidar de ellos prefirieron dejarlos atrás.

Jericho —ya se ha acostumbrado al nombre del tatuaje asumiéndolo como suyo— deja que su oído lo guíe hasta el origen de los gritos mezclados con llantos que lo atormentan, animado por la curiosidad.

La contienda se resume a tres niños, a los cuales ha tenido oportunidad de conocer en los días previos. Spencer, el más alto y robusto, se mete con el enclenque Ronnie, lo empuja a su antojo, su rostro refleja gozo al hacer uso de su fuerza. Frente a ellos, Shirley intenta controlar la situación y lo insta a detenerse:

—¡Detente, Spencer! Le harás daño. Si no te detienes tendré que llamar a la madre superiora y contarle lo que has hecho.

Spencer se detiene por un momento en sus ataques contra Ronnie, para amenazar a Shirley alzando un puño frente a su rostro:

—¡Más vale que no te atrevas, mocosa! No respondo de lo que puedo ser capaz. No soporto a los soplones.

—¡Aparta tus manos de ella!

La voz de Jericho los toma a todos por sorpresa y Spencer tarda en reaccionar hasta reparar en que tales palabras provienen de ese niño delgado y pálido considerablemente más bajo que él, por lo cual prorrumpe en una carcajada.

—¿Es a mí a quien te diriges en ese tono? —pregunta Spencer con sorna dirigiendo sus pasos hacia Jericho—. Veo que eres nuevo por acá y nadie te ha explicado las reglas. Yo soy el más grande y el más fuerte. Cuando las monjas no se encuentran vigilándonos soy yo quien se encuentra a cargo. Se hace lo que yo diga y se dice lo que yo pida. De lo contrario recibes uno de mis puños. ¿Comprendes?

Jericho, en vez de responder, lanza un grito, como si fuera un llamado a las armas, y se lanza contra Spencer para empujarlo con todas sus fuerzas logrando que, debido a lo inesperado de la reacción, se tambalee peligrosamente.

—Ya veo que quieres aprender por las malas —grita Spencer visiblemente enojado—. Pues con gusto te doy la lección que necesitas.

Spencer alza sus puños y Jericho, en vez de huir, lo afronta dispuesto a lanzarse contra él. Ambos niños comienzan a pelearse y, para sorpresa de los otros dos, Jericho se desenvuelve bien en la contienda, pese a que Spencer le gane en fuerza y tamaño. Ronnie y Shirley se miran, adivinando una intención mutua. Se adelantan a animar a Jericho con sus voces apostando por que consiga derrotar a Spencer. Especialmente Shirley demuestra un mayor entusiasmo por aquel chico tan raro dispuesto a defenderla a riesgo de hacerse daño, sin demostrar miedo.

Cuando tras los empujones pasan directamente a los golpes, como una tempestad entra la hermana Geraldine corriendo a apartar ambos niños para evitar que continúen gritando.

—¡Basta! ¡Dejen de pelear! ¿Qué ha ocurrido?

Jericho y la mujer del bar compartieron unas cuantas copas mientras sostenían una charla intrascendente sobre asuntos banales. Jericho no dejaba de alabar su belleza y ocasionalmente ponía una mano sobre su cintura, lo cual ella permitía hasta que peligrosamente descendía hasta su trasero. Ella apartaba la mano y le sugería que no continuara bebiendo de ese modo o no llegaría a su casa, donde probablemente alguien lo esperaba:

—Nadie me espera muchacha —replicó Jericho—. Y nadie me acompaña. Como ves soy un hombre solo. ¿Alguien te espera a ti?

—Si así fuera no estaría aquí —respondió la mujer—. Ustedes los hombres en cambio son capaces de estar en lugares como estos y hablarle a cualquier mujer que tengan al frente, aunque ya tengan una en casa aguardando por su llegada.

—Pues no es mi caso —recalcó Jericho, sintiéndose levemente mareado—. Si no me crees te invito a comprobarlo de cerca. ¿Quieres ir a mi apartamento?

—¿Por qué una mujer sola como yo aceptaría una propuesta como esa? ¿Y si mi vida peligra?

A la mujer le gustaba provocarlo y se notaba porque le hacía estas preguntas con un brillo seductor en sus ojos. Jericho puso una mano sobre sus muslos y lentamente fue ascendiendo.

—Una mujer sola y hermosa como tú no encaja en un lugar como este —cumplimentó Jericho—. Te mereces sentirte a gusto y deseada. Ven conmigo.

Ella sonrió y lo observó fijamente. Entreabrió su boca complacida al sentir la mano de Jericho en su entrepierna.

—Tus maniobras son convincentes —concedió la mujer—. No perdamos tiempo.

Jericho dejó que una media sonrisa surcara su rostro. Y sin esperar una segunda orden se levantó de su asiento tomando a la mujer de la mano para complacerla en su petición.

La hermana Geraldine lo observa con sus inmensos ojos compasivos. Jericho no se siente nervioso por la reprimenda que le espera. A diferencia de las otras monjas, especialmente la madre superiora, la hermana Geraldine no le inspira miedo o rechazo. Da la impresión de que ella lo escuchará y estará abierta a comprenderlo, incluso si no está de acuerdo con sus acciones.

—Debes aprender a controlar tus impulsos. La violencia no resuelve nuestros problemas. En cambio, los empeora. La ira confunde nuestra razón y nos impide ver las muchas alternativas a nuestro alcance.

—Yo no inicié la pelea —se defiende Jericho—. No iba a permitir que le pegaran a una niña. Es injusto que alguien se crea con el derecho de golpearte.

A la hermana Geraldine le sorprende escuchar la lucidez con la que aquel niño argumenta sus respuestas. Sin duda se trata de una criatura especial por la inteligencia demostrada, la cual debe incentivar para beneficio de sus virtudes, pero teniendo perfecto cuidado de prevenirlo contra sus excesos. Ve en él bastante potencial.

—Fueron muy nobles tus intenciones, eso no lo discuto —apoya la hermana Geraldine con un tono conciliador—. Sin embargo, las maneras no fueron las correctas. Personalmente me encargaré de darle su correctivo a Spencer, pero no puedo permitir que tu actitud contagie al resto. Debéis hacerle frente sin hacer uso de las mismas armas con las que él se vale. Sed astutos. Estamos aquí para ayudaros. Cuando Spencer o cualquier otro intente hacer algo contra ti o alguno de los otros niños no temas buscarme.

—No es correcto ser un delator —sostiene Jericho—. Pierdes el respeto de los demás.

La hermana Geraldine sonríe al escucharlo y niega cariñosamente con su cabeza:

—No hay nada vergonzoso en decir la verdad. Confío en ti, Jericho. Y también confío en que el Señor te tiene preparada una gran vida, pero debes demostrarle que no te dejas llevar por las tentaciones en el camino. Dios te reserva un hermoso futuro si pones tu voluntad en sus manos. ¿Acaso no me crees?

Jericho la observa con un gesto fruncido. No quiere despreciarla ya que ha sido muy amable con él, pero mantiene una opinión muy distinta respecto a lo que le está diciendo. A pesar de ser un niño,

las injusticias del mundo, las que ha padecido hasta el momento, le confirman otra visión completamente divergente a la expuesta por la monja. Las palabras de Geraldine sobre las promesas de un buen Dios para quienes obran bien no se basan en ejemplos reales, ninguno que conozca personalmente.

—¿Cómo puede estar tan segura? ¿Y mi familia? ¿Dónde se encuentran? ¿Por qué no podemos ser como los otros niños? ¿Por qué nos han dejado? El Señor no nos ha ayudado.

A la hermana Geraldine le entristece escuchar tamañas dudas expresadas por la boca de un niño. Su rostro se ensombrece, impotente ante el hecho de darle una respuesta satisfactoria que contradiga los argumentos que le expone. La hermana Geraldine reflexiona reconociendo un niño que ha sufrido lo suficiente para comprender que hay mucha crueldad, pero aún inexperto para tratar de ver el cuadro completo, entender que muchas veces Dios obra de formas misteriosas para que nuestros destinos se cumplan como es debido. Pero ¿cómo convencer a un niño de que la tristeza es tan solo un primer paso para descubrir nuestro lugar y reconocer nuestra justa medida?

—Esas cosas que hoy lamentas y turban tu alma no han sido obra del Señor. Lamentablemente los hombres han hecho un mal uso de ese maravilloso don que Dios nos ha dado: el libre albedrío, y con base a ello se hacen daño a sí mismos y a sus semejantes, violando los mandamientos divinos que se nos han ordenado para que tengamos una vida llena de gracia. No culpes a Dios, Jericho. Pero tampoco condenes a los hombres. Debemos aprender a perdonar.

¡Perdonar! ¡Qué palabra tan difícil e incómoda! Tan insoportable como el olvido.

Jericho despertó súbitamente, con la sensación de que sus perseguidores se encontraban dentro de su apartamento, atenazando su garganta. Respiró aliviado. Se encontraba solo en su apartamento, desnudo en su cama revuelta. Poco a poco las imágenes recientes fueron reconstruyendo su presente. Hace unas horas una mujer le hacía compañía hasta que acabaron follando con ansias y desesperación en su cama. En algún momento, tras haber concluido la faena, la mujer se vistió despidiéndose con palabras escuetas.

A Jericho le aliviaba cuando las mujeres tomaban la iniciativa de irse sin que tuviera que pasar por el amargo trance de decirles que no quería que pasaran el resto de la noche con él, que no dormirían uno al lado de otro, ni despertarían luego juntos. Era incómodo arruinarles las expectativas que muchas de ellas se hacían, pero no estaba dispuesto a ceder en ese punto. Mucho peor era brindarles una falsa idea de compromiso y entrega. Apostaba por la honestidad para definir cada una de sus acciones. Tal como le dijera alguien muy querido alguna vez: no hay que sentir vergüenza frente a la verdad.

Por lo tanto, obtuvo un encuentro apasionado y luego el calmado silencio que dejaba alguien cuando abandonaba un recinto. No supo precisar el momento exacto en que consiguió dormirse. Jericho estaba sorprendido por la forma en que se manifestaba el sueño en el transcurso de sus últimas dos noches. Antes le era difícil conciliar un letargo duradero que le permitiera dormirse por un tiempo consecutivo, pero ahora su mente operaba de un modo extraño, como si se desconectara por sí sola causando que cayera rendido contra su voluntad sin que luego recordara en qué momento perdía la batalla contra el sueño. Dormía entonces durante largas horas repletas de pesadillas, despertando luego con mayor agotamiento físico y mental.

Vislumbró la noche a través de su ventana cerrada y con la cortina pasada. Jericho se puso de pie, aún sintiéndose somnoliento. Supo que si apoyaba nuevamente su cabeza en la almohada caería de nuevo en el abismo de su inconsciente. Prefería huir de las horrendas pesadillas como si estas consumieran porciones de su alma cada vez que se enfrentaba a ellas.

Jericho salió hasta la sala y no pudo evitar detener la mirada sobre el documento cifrado que descansaba sobre su escritorio. Veía ahí al causante de sus pesadillas. Un documento incomprensible que casi le costaba la vida. En un arranque de rabia lo agarró para estamparlo contra el suelo, lanzando maldiciones en voz alta contra el nombre de Idaho con todas las groserías que albergaba en su vocabulario.

—¿Por qué decirme esa fecha? ¿Por qué darme esperanzas? ¿Por qué has traído hasta mí el infierno? ¡Maldito seas, Idaho, quien quiera que seas!

Capítulo 3

Fueron casi tres días de absoluta desesperación en los que Idaho no dio señales de vida para comprobar el éxito o fracaso del encargo que le había hecho a Jericho, quien se mantuvo en su apartamento todo el tiempo para evitar perderse su llamada, la cual podría sonar en cualquier momento. Entretanto, cada vez que alguien llamaba corría presuroso a atenderlo y su entusiasmo se transformaba en decepción al escuchar la voz de algún conocido que llamaba o algún nuevo cliente. A todos los despachaba con rudeza alegando que esperaba una llamada muy importante, pero sin dar mayores detalles y colgando sin escuchar sus respuestas. Eso incluía a Lilian, cuyas invitaciones a visitarla fueron desestimadas con secos monosílabos.

Cada hora sin recibir noticias aumentaba los recelos de Jericho contra Idaho. Resolvió que cuando lo llamara se abstendría de revelarle con exactitud las características del documento que había robado y de igual manera exigiría explicaciones más precisas y exactas. Pero en el transcurso del segundo día sin recibir esa llamada tan esperada, comenzaba a dudar incluso de la existencia de Idaho y su cerebro era una fragua de teorías conspirativas cada una más alocada que la anterior.

El teléfono repicó a las 11:00 p.m. del segundo día desde que visitara la biblioteca pública de Cortland. Sin muchas esperanzas, Jericho atendió con desgana y tuvo que saludar varias veces ya que solo recibía un silencio como respuesta:

—¿Hola? ¿Hay alguien al otro lado de la línea? Si en diez segundos no responde me veré obligado a colgarle.

—Soy yo, Idaho. Lamento llamarlo a esta hora, pero por razones de seguridad no pude hacerlo antes. Espero que comprenda.

A Jericho se le aceleró la respiración. Por un momento, creyó que lo estaba soñando. A pesar de ello no olvidó su molestia contra aquel hombre de elusivas respuestas.

—Hay muchas cosas que no comprendo —respondió Jericho, inflexible en su tono—. Y ya va siendo hora de escuchar las explicaciones. No he sabido hasta qué punto arriesgaba mi vida aceptando este caso. El escenario resultó ser mucho más complejo y peligroso de lo que me expuso.

—No ha sido por maldad ni por descuido —respondió Idaho—. Nunca estoy completamente seguro de si estas llamadas son fiables. Es mejor no revelar tanta información por este medio. Simplemente tenía plena confianza de que usted hallaría lo que busco gracias a sus instintos. ¿O me equivoco? Si está respondiendo mi llamada es porque lo ha logrado.

—¿A qué se refiere con ello? —contraatacó Jericho—. ¿Acaso estaría muerto? ¿Es eso lo que sugiere?

—Creo suponer a lo que se refiere —se defendió Idaho—. No es una misión cualquiera y hay muchas personas interesadas en este caso, pero para que no se sepa. Ambos pertenecemos al bando de quienes quieren saber. No me vea como su enemigo. Ahora bien, ¿qué ha obtenido?

—Usted mismo lo ha dicho: estos medios son poco fiables —respondió Jericho cínicamente—. Creo que es muy valioso lo que tengo en mis manos, pero me niego a hablar sobre ello hasta que no nos veamos. No acepto una alternativa distinta a esta y no estoy dispuesto a continuar con el caso hasta no haber visto su rostro. Me gusta saber que mis clientes son reales. Soy un hombre conducido por la desconfianza, incluso con aquellos que me conocen mejor. Usted solo ha sido una voz que acostumbra a hablar con acertijos. Eso no me agrada. Si de verdad es su deseo que yo me haga cargo de este caso debe encontrarse conmigo frente a frente para darme todas las respuestas necesarias, las que se encuentren en su conocimiento, incluso si se tratan de dudas o suposiciones. En una investigación todo es útil, incluso los errores. Especialmente los errores, porque nos revelan mejor las características de quienes los cometen.

—Es usted un prodigio, Jericho —lo felicitó Idaho para sorpresa de Jericho—. No me equivoqué al contratarlo. Creo saber lo que ha conseguido en Cortland. Me complacería mucho comprobarlo y

discutirlo. Preferiría que no sea impaciente y me conceda tiempo. Este caso solo puede ser suyo, tal como le dije.

—Usted colmará mi paciencia —aseguró Jericho—. No estoy bromeando. No soporto los enigmas. Vivo con demasiadas preguntas como para añadir otras nuevas. Ni siquiera hay un monto de dinero convincente de por medio. Si no fija un encuentro antes de terminar la llamada dé por terminado el caso y olvídese de recibir lo que he conseguido. Yo mismo me encargaré de destruirlo.

Al otro lado de la línea Jericho creyó reconocer un hondo suspiro de contrariedad, tan similar a los que él mismo dejó escapar repetidas veces mientras esperaba esa llamada. Le complacía darle a este sujeto una mínima porción de su angustia.

Contra todo riesgo, Jericho había apostado por cumplir su palabra, aunque fuera el primer interesado en descubrir de qué se trataba todo aquello. Era un todo o nada, del cual podría salir perdedor y sin posibilidad de retractarse.

—Es usted un hombre demasiado impulsivo —acusó Idaho—. A pesar de sus mejores talentos, si no aprende a ser paciente caerá bajo el peso de sus contrariedades. Pero ya que lo ha expresado en términos tan convincentes, no puedo oponerme a sus reclamos. Por el interés de ambos, lo haremos tal como usted sugiere. Nos vemos mañana a las 3 de la tarde. Anote la siguiente dirección. Descuide, esta vez es en la misma ciudad donde vive.

Idaho le dictó las indicaciones del lugar de encuentro. Jericho reconoció las coordenadas por tratarse de la misma ciudad. En silencio se felicitaba a sí mismo por haber logrado que Idaho cediera a sus reclamos.

—Estaré en el lugar convenido, puntualmente —precisó Jericho—. Llevaré un sombrero marrón oscuro.

—Descuide, yo lo reconoceré enseguida —afirmó Idaho—. Que tenga una buena noche. Asegúrese de descansar.

El tono de espera indicaba que la llamada ya había sido colgada antes de que Jericho diera cualquier respuesta. Esta vez escuchó su propio suspiro, pero ahora como resultado de su alivio. ¡Las respuestas estaban más cerca que antes!

***

Jericho apareció en el lugar concertado para la cita con media hora de antelación. Es algo que acostumbraba a hacer cada vez que acordaba un encuentro con un cliente o alguna persona de interés para la resolución de un caso en el que estuviese trabajando. Su desconfianza frente a las personas había causado que desarrollase toda clase de manías y reacciones incomprensibles para el resto, que habían acabado instaurándose como mecanismos de defensa que le otorgaban seguridad.

Se trataba de una cafetería poco concurrida a esa hora, ya que su momento de mayor popularidad en el transcurso del día era durante las mañanas, el momento propicio para el desayuno. Jericho la había visitado con anterioridad, pero nunca había sido de su agrado. El café le parecía insípido y la comida poco sustanciosa. Pero para no desentonar ordenó un té frío, el cual bebió sentado en un rincón apartado y discreto, en el área reservada para fumadores, donde la luz del sol incidía muy poco. Jericho aprovechó esto para envolverse en las sombras del rincón y observar desde esa esquina privilegiada las entradas y salidas de las personas.

A diez minutos para que marcara la hora del encuentro, Jericho vio llegar a un hombre de sesenta años vestido con ropa elegante pero discreta, con mirada hosca y movimientos seguros. Sin saber por qué razón, reconoció enseguida que ese hombre era Idaho; mucho más viejo de lo que esperaba, tal como lo delataba su cabello encanecido, pero con una estructura física notable que demostraba una juventud atlética que no mostraba excesivos signos de deterioro al paso de los años y en cambio conseguía mantenerse con dignidad. Jericho optó por no moverse de su lugar, para estudiar a su cliente mientras no se supiera observado. No demostraba inquietud, ni tampoco miedo. Como aún faltaban

minutos para la hora acordada no demostraba ansiedad en cuanto a la razón que lo llevaba a ese lugar. Su serenidad le resultaba desconcertante, comparada con su propia impulsividad.

Idaho ordenó un café y se quedó en la barra bebiéndolo sin prisa. No miraba a su alrededor y en cambio se concentró exclusivamente en la taza que traía entre sus manos hasta acabar su contenido. Justo entonces eran las 3:00 p.m. Jericho se mantuvo expectante, considerando si salirle al encuentro de entre las sombras o esperar que este mirara el lugar hasta reparar en su presencia. Prefirió quedarse quieto, al menos un par de minutos, para descubrir los mecanismos del comportamiento de Idaho. Como detective, Jericho estaba acostumbrado a la observación atenta de las personas y sus conductas, las reacciones a su entorno cuando no se sabían observados y las verdades ocultas que esto revelaba sobre sus personalidades. Pero en este primer vistazo Idaho se le antojó indescifrable.

Ya Jericho estaba a punto de ponerse de pie para saludarlo, cuando vio que Idaho se levantaba de su asiento y caminaba en dirección a él, pero con una mirada distraída, como si llegara hasta allá por pura casualidad. Jericho notó que casi al lado se encontraba la puerta de acceso a los baños y supuso que Idaho dirigía sus pasos hasta ese punto. Pero al llegar casi a la altura en que Jericho se encontraba, Idaho sonreía a medias deteniéndose. Entonces volteó su rostro y lo observó directamente a los ojos. Jericho descubrió no solo a un hombre inteligente, sino un oponente a su altura. Con ese gesto le demostraba que siempre estuvo al tanto de su presencia.

Ya que el reconocimiento se hizo mutuo, Idaho no perdió más tiempo y se sentó frente a Jericho:

—Es tal como esperaba que fuese —dijo Idaho rompiendo el silencio—. Me andaré sin rodeos porque el tiempo apremia y no es conveniente que estemos demasiado tiempo juntos ante cualquier posible mirada intrusa. ¿Trajo el hallazgo?

—Lo he traído —afirmó Jericho haciendo un gesto indicando que se encontraba a salvo bajo su abrigo—. Pero antes necesito comprender en qué me estoy metiendo, contra quién me estoy enfrentando. Tengo muchas preguntas. No espero que las responda todas hoy, pero necesito que usted me convenza de que debo continuar con esta misión. Ando a ciegas por un camino oscuro y ha sido un pésimo guía.

—Comprendo sus inquietudes —aseguró Idaho—. Pero hay un tiempo para cada cosa y hoy no es el momento de conseguir respuestas. Primero debemos descubrir las preguntas. Hasta cierto punto sé casi tanto como usted. Por eso he acudido a usted, para contratar sus servicios: para comprender mejor y hallar la verdad.

Jericho se sentía intranquilo al lado de Idaho. En su rostro adivinaba muchos secretos capaces de albergar peligros para cualquiera que intentase acceder a ellos. Su cabello blanco denotaba los años de experiencia complementados por una mirada aguda y una lengua incisiva a la hora de expresarse, sin demostrar las emociones que lo embargaban. Jericho procuró no darle importancia a esta perturbación que le inspiraba tal hombre. Era fundamental afincar su resistencia y obligarlo a que ofreciese una respuesta satisfactoria.

—Casi me ha costado la vida este hallazgo —aseveró Jericho—. El documento que conseguí en esa biblioteca despertó el interés de otros. Apenas pude escapar. No comprendo nada, posee un lenguaje cifrado. ¿Por qué es tan importante? ¿Por qué yo?

—Le pido prudencia, Jericho —dijo Idaho bajando su voz—. ¿Ha dicho que consiguió un documento cifrado? Lamento mucho si se expuso a algún peligro por mi culpa. No sabía hasta qué punto otros estaban enterados. Pero necesito que me dé ese documento.

—Me rehúso —negó Jericho—. Hasta no obtener una información convincente de porqué estoy aquí hablando con un extraño que parece conocerme. ¿Por qué mencionó esa fecha? ¿Acaso se trata de una manipulación de su parte?

—No tengo esas respuestas —replicó Idaho—. Pero si me da ese documento será el primer paso para ir resolviendo los misterios que tanto le agobian. Si ha llegado hasta acá es porque su instinto le ha convencido de que conseguirá lo que busca. No debería confiar en mí, pero hágalo en su experiencia. ¿Le han fallado alguna vez los instintos?

Jericho comienza a ceder, bien sea por el verbo convincente de Idaho o porque realmente no le queda otra opción. Saca el documento de su abrigo y se lo extiende.

—¿A qué intereses responde ese documento? —interrogó Jericho—. Es evidente que no somos los únicos interesados en obtenerlo.

—Necesito tiempo para evaluarlo —respondió Idaho—. Se trata de datos sensibles en torno a un proyecto secreto a principios de los años 20. En cuanto lo descifre comprenderé mejor qué es y le haré saber mis descubrimientos. Lo prometo. Pero seguiré necesitando de sus servicios como detective.

Jericho no necesitaba una confirmación para saber que su cliente le estaba ocultado todo lo que sabía, pero era incapaz de contradecir la seguridad que irradiaba Idaho con cada palabra sin inmutarse. Evaluó que cada uno de sus movimientos era calculado y preciso, para generar una reacción. Su mirada persuasiva era la de alguien que había sobrevivido incontables batallas y que, sin importar su edad, estaba dispuesto a dar pelea sin rendirse cuando la ocasión lo ameritase. En este caso, Idaho necesitaba que Jericho se doblegara a su voluntad y desistiera de sus preguntas, al menos momentáneamente. Jericho era plenamente consciente de ello, pero por otro lado no le quedaban otras alternativas. Debía limitarse a aceptar las palabras que le ofrecían con la esperanza de satisfacer su curiosidad en un futuro cercano. Estaba demasiado intrigado para retirarse. Abandonar el caso ya no era una opción.

—De acuerdo —respondió Jericho aplacando su insistencia, lo cual incluso resultó extraño para él—. ¿Cuál es el siguiente paso?

A Idaho le complació comprobar que Jericho finalmente desistía de sus preguntas comprometedoras, en tanto su curiosidad era aún mayor que sus dudas. Ante la nueva pregunta, extrajo de su bolsillo una fotografía, extendiéndosela a Jericho. En el dorso de la misma se encontraba escrito un nombre. Jericho la sostuvo con sus manos notando que se trataba de una foto muy vieja en la cual apenas se distinguía el sujeto retratado.

—¿De quién es la imagen? —preguntó Jericho—. ¿Qué hago con esto?

—Debe averiguar el paradero actual de esa persona —explicó Idaho—. Anoté su nombre en la parte posterior. La foto es vieja así que probablemente se vea muy distinto a como luce allí.

Jericho se enfadó al percibir que se trataba de otra tarea inexplicable con más complicaciones de las que su exposición sugería.

—Es muy poca la información —observó Jericho, sin ocultar su molestia—. Es como conseguir una aguja en un pajar. Ni siquiera sabría por dónde comenzar. ¿Existe alguna otra pista? ¿A qué puede conducirnos descubrir al hombre de la foto?

—No tengo mucha información más que la que le ofrezco —aclaró Idaho—. Precisamente porque desconozco donde vive es que dejo tal tarea en sus manos. Sin embargo, cabe la posibilidad de que al encontrarlo no nos sirva de mucho. Quizá sabe menos o nada.

Jericho estaba dispuesto a entonar nuevas objeciones, pero Idaho se puso de pie preparado para irse.

—¿Eso es todo? —apuntó Jericho sorprendido—. Aún quedan muchas cosas por discutir.

—Suficiente por hoy —sentenció Idaho—. Nos estamos exponiendo en exceso conversando de esta manera. Haga lo que le pido y yo hallaré la forma de retomar el contacto solo cuando sea pertinente.

Idaho impuso su autoridad con el tono tajante de sus palabras y abandonó el recinto sin mirar atrás, sujetando el documento cifrado entre sus manos con la satisfacción propia de quien ha ganado un trofeo con el mínimo esfuerzo, dejando a Jericho sentado en su esquina sombría también envuelta su mente en las tinieblas de la incertidumbre. Observó la foto que llevaba en sus manos y maldijo por lo bajo:

—¿Qué demonios estoy haciendo?

***

Muchas emociones concentradas en su cuerpo furibundo incitaban a Jericho a buscar un desahogo fácil, que no tomase trabajo y con disposición a complacerle sin poner reparos. Por lo tanto, se vio

pensando en Lilian y decidió ir a su apartamento, sin previo aviso. Generalmente era ella quien lo llamaba para avisarle cuando su esposo viajaba o estaría ausente durante varias horas. Cuando Jericho tomaba la iniciativa de verla, lo cual no era muy frecuente, se aseguraba de llamarle antes para verificar su disponibilidad. Pero esta vez, Jericho, perturbado como estaba tras el insatisfactorio encuentro con Idaho, acabó conduciendo hasta su apartamento.

Jericho se apostó en la puerta del edificio donde vivía Lilian junto a su esposo, esperando que alguien saliera y así aprovechar la ocasión de entrar. Una pareja de ancianos fue su pase de entrada, los cuales abandonaban el edificio para pasear tomados del brazo. Estos no se percataron de que Jericho al sostenerles la puerta para que terminaran de salir, se introdujo luego en el edificio en dirección a las escaleras para recorrer los escalones necesarios hasta el quinto piso. Al llegar a la puerta del apartamento correcto tocó la puerta con tres golpes suaves. Pasaron unos segundos antes que Lilian abriera la puerta y con un gesto sorprendido descubriese a Jericho frente a ella. Su aspecto en aquel momento reflejaba sus horas de insomnio y desesperación, lo cual resultaba hasta cierto punto conmovedor:

—¡Por Dios, Jericho! —saludó Lilian—. ¿Qué te ha ocurrido?

—No es nada —desestimó Jericho—. No he dormido y me siento desorientado respecto a un nuevo caso. No quiero encerrarme en mi apartamento. Estaba cerca y no tuve tiempo de avisar antes. ¿Puedo pasar?

—No hay problema —dijo Lilian emocionada al reparar en que Jericho pensaba en ella al enfrentar un momento de indefensión—. Mi esposo no viene hasta la noche y no hace mucho que acaba de partir. ¡Entra! No me gusta verte en ese estado. ¿Quieres algo de beber?

Jericho negó con la cabeza quitándose el abrigo y el sombrero mientras cruzaba el umbral y, sin tener tiempo para reaccionar, Lilian se lanzó contra él, para besarlo apasionadamente.

—¡Oh, Jericho! —suspiró Lilian—. Me complace que estés aquí, que sepas que puedes contar conmigo en momentos difíciles. Yo solo quiero hacerte feliz.

Tras decirle estas palabras volvió a lanzarse en sus brazos y Jericho le besó con mayor rudeza, la rodeó con sus brazos para cargarla y así llevarla hasta su cuarto.

—¿Esto es lo que quieres, preciosa? —insinuó Jericho apretándola con fuerza—. Tú sí que sabes complacer a un hombre desgraciado como yo.

—A mi lado no te sientas desgraciado —replicó Lilian acercando sus labios al oído de Jericho y mordiendo con delicadeza su lóbulo—. Nunca antes habías venido de improviso. Me agrada que lo hayas hecho.

Como nunca antes, se sintieron presas de una avidez incontrolable y procedieron a desnudarse. Justo entonces, a medida que se prodigaban besos furiosos, tamaña euforia fue interrumpida cuando escucharon los goznes de la puerta sonando como indicativo de alguien entrando. Se miraron a los ojos, impotentes a la hora de ejecutar una reacción eficaz. Lilian reconoció la voz de su esposo llamándola y en sus ojos hubo un relumbre de terror:

—¡Lilian! ¿Estás en casa? Olvidé mi billetera.

Todo sucede tan rápido que apenas alcanzan a reaccionar para levantarse de la cama y arreglar sus ropas, en el preciso instante en que el señor Watkins cruza la puerta de la habitación. Se detiene sorprendido ante la escena que ven sus ojos. No necesita ninguna explicación para comprender lo que ha ocurrido. Lilian es incapaz de moverse o decir cualquier excusa tonta. El rostro del hombre enrojece y prorrumpe en un grito directo hacia su esposa:

—¡Esto no puede ser verdad! ¿Qué has hecho?

Jericho tomó la delantera, abrochándose los pantalones con rapidez y saliéndole al encuentro para evitar que se lance contra Lilian:

—Esto es un malentendido —intervino Jericho como si realmente creyera en las palabras que dijera—. Ha sido una confusión de mi parte porque desconocía que la señora se encontraba casada. Ella

no tiene la culpa, tan solo bebió unos tragos y yo me aproveché de ella. Hice mal, lo sé. Pero llegó a tiempo antes de que ocurriera algo de lo que debamos arrepentirnos.

El señor Watkins comprendió a medias la sarta de mentiras que Jericho exponía con desvergüenza, pero al escucharlo hablar su ira le hizo ver en él un blanco al cual atacar por la humillación dolorosa a la que lo estaban sometiendo. No dejó que Jericho continuara su absurda exposición y se lanzó contra él alzando sus puños. Los reflejos de Jericho reaccionaron con rapidez y neutralizó el golpe doblando su brazo para seguidamente propinarle un derechazo que lo noqueó en el suelo.

—Me las vas a pagar, malnacido —resopló el señor Watkins, incorporándose a duras penas—. No saldrás vivo de mi casa.

Lilian no pudo evitar romper en llanto, alterada por la escena que desfilaba ante sus ojos. Su vida se desmoronaba y ya no había vuelta atrás. Sin embargo, Jericho veía todo aquel espectáculo con profunda indiferencia, a pesar de sus implicaciones directas en el mismo. Cuando el señor Watkins hizo acopio de sus fuerzas para reincorporarse y reanudar sus ataques contra Jericho, este volvió a derribarlo con un golpe leve y poniéndolo luego contra el suelo mediante una llave. No le agradaba la idea de hacerle daño, ya que después de todo consideraba que su rabia era plenamente legítima, pero debía asegurarse de darle una probada de lo que ocurriría si ejecutaba alguna acción en contra de Lilian durante su ausencia. Sus golpes funcionaban como una advertencia velada de alguien capaz de derrotarlo, con la finalidad de inspirarle miedo.

Jericho poseía una fuerza física considerable sustentada por rutinas de ejercicio y deportes practicados durante su juventud, así como un entrenamiento en técnicas de boxeo y otras prácticas similares que cumplían una función útil para el trabajo que desempeñaba como detective. El señor Watkins, gordo y con poco contacto con la violencia humana a lo largo de su mediocre existencia, no era ni remotamente un rival a su altura. Doblegado bajo sus portentosas piernas, Jericho presionó su garganta haciendo uso del brazo y con una mirada ardiente que no dejaba concesiones a la duda sobre los peligros que representaba contradecirla le advirtió:

—Ni te atrevas a ponerle una mano encima. Será mejor para todos que pretendamos que nada de esto ha ocurrido. ¿Me entiendes? O abriré tu garganta en dos si ella resulta lastimada.

Jericho sujeta la cabeza del señor Watkins y la estrella contra el piso, lo cual genera que su cuerpo se desparrame por el suelo en estado semi-inconsciente, Lilian continúa demasiado conmocionada para decir nada y Jericho le concede una última mirada antes de irse. Ambos interpretan tal reconocimiento como una despedida final y un escalofrío recorre sus espaldas. Prefieren no arruinar el silencio ya que ninguno se siente capaz de realizar juramentos y afirmaciones que luego serán contradichas por la realidad. Jericho le da la espalda y la deja en su habitación junto a su esposo desmayado en el suelo.

En la sala, Jericho recoge su sombrero y su abrigo. Mete una mano en los bolsillos y mientras sale del apartamento siente la textura de la foto vieja y corroída que representa el siguiente misterio de su calvario. Trata de no preocuparse por Lilian y por el problema que le ha dejado. Después de todo, siempre fueron conscientes de que algo así era susceptible de ocurrir. Lo mejor que podía hacer era apartarse de su vida. Quizá con ello le concedía una segunda oportunidad para su matrimonio, ahora que quedaba manifiesta la infelicidad que lo sustentaba.

Pero Jericho no podía engañar a su mente. Ya no solo el encargo relacionado con la foto era el causante de su ansiedad. Pensaba en Lilian, en su silencio, en sus ojos enrojecidos por el llanto y en la vida desgraciada que quizá le deparaba donde él representaba su único escape hacia la seductora fantasía, un adormecimiento momentáneo para olvidar sus penas. Ahora quedaba desamparada y a merced de sus circunstancias adversas. En cualquier otro escenario, Jericho se encogería de hombros argumentando que se trataba de una conclusión perfectamente natural. Pero a medida que se alejaba de Lilian, trecho a trecho, nada constituía una razón suficiente para justificar un alivio. Aunque no haría nada al respecto, era innegable que le dolía la culpa.

Capítulo 4

Hay percepciones privilegiadas, como si participaran del cumplimiento de un don del mismo modo en que los artistas ejecutan sus obras conforme a las gracias de sus talentos individuales o un albañil levanta un muro sólido con la disciplina de su longeva experiencia. Un detective puede recolectar todas las pistas a su alcance y con ello llegar a un resultado final producto de sus brillantes deducciones. No obstante, eso solo es rascar la superficie para aquellos detectives expertos que comprenden que la respuesta final es tan solo una consecuencia lógica y natural de un proceso de búsqueda. Lo fundamental es comprender las motivaciones propias y ajenas que permiten descubrir los porqués.

La prueba de fuego para un detective es resolver el caso sin siquiera contar con las preguntas iniciales. Algunos argumentan que es imposible iniciar una investigación sin pistas o, peor aún, sin objetivo de búsqueda claros. Pero los mejores detectives, tal como lo era Jericho, comprenden que cuando se camina a oscuras en medio de la noche es cuando los sentidos perciben mejor el mundo que les rodea. Lo mismo ocurre con las investigaciones: cuando nada se sabe de ellas, el instinto es obligado a redoblar sus esfuerzos y entonces la deducción adquiere un carácter casi profético.

Jericho se embarcó en la búsqueda del hombre retratado en la foto proporcionada por Idaho sin ningún punto de partida excepto su apariencia física cuando era joven y su nombre completo. Se trataba de buscar a alguien que podría estar muerto, podría haber cambiado su nombre o podría no estar debidamente registrado en el país, en el caso de que no contara con una ciudadanía aprobada. En cuanto a su aspecto físico, era prácticamente imposible predecir los cambios sufridos a lo largo de los años o incluso la posibilidad de que hubiera sufrido accidentes o enfermedades que modificaran por completo la forma en que alguien luce actualmente comparada con una foto suya del pasado. Por lo tanto, realizar la pesquisa a través del nombre y su respectivo apellido debía ocupar los primeros intentos.

“Bernard Whitmore”, podía leerse en la foto proporcionada por Idaho, y a Jericho se le antojó un nombre no excesivamente común pero tampoco radicalmente peculiar como para anticipar resultados exclusivos. Evaluó sus opciones, considerando si era conveniente buscar las partidas de nacimiento en archivos de registros públicos o en cambio comenzar por actas de defunción para descartar la posibilidad de que el sujeto en cuestión no se contara entre los vivos. Consideró que Idaho no le mandaría a buscar información sobre alguien que se encontrara muerto y en cambio resultaba plausible que este hombre fuera una pieza útil en tanto estuviera vivo. Jericho luego recordaba que esta “utilidad” también era cuestionable, si se apegaba a lo dicho por Idaho. No obstante, optó por no desenvolver su investigación partiendo del supuesto negado de que nada de ello condujera a ninguna parte. Prefería creer que Idaho decía estas cosas para que él no alimentara más su curiosidad y, con ello, su insistencia a atacarlo con preguntas.

Por lo tanto, Jericho decidió visitar un registro público para localizar partidas de nacimiento de personas que se correspondiesen con el nombre de la foto y acordes con la fecha estimada en que esta fue tomada. Se trataba de una tarea tediosa, estimó que le tomaría todo el día y, dependiendo de cuantos documentos existieran sobre personas que ostentasen ese mismo nombre, tendría que dividir el resto del trabajo para el día siguiente.

Al entrar al registro público solicitó información sobre donde conseguir documentos dentro de un rango de fechas y fue guiado hasta un gran archivo. Le indicaron qué carpetas eran de su interés, advirtiéndole:

—En aquellos tiempos no se ponían de acuerdo sobre si ordenarlos por el nombre en cuestión o según la fecha de emisión, por lo tanto han sido clasificados por seriales que comprenden cifras y letras. Disculpe el desorden. Nadie se ha tomado la molestia de reorganizarlos.

Jericho aceptó tal explicación y no le quedó más remedio que revisar una por una las carpetas. La revisión de la primera mitad la completó en unas 4 horas, y pudo haber continuado allí de no ser porque

le notificaron el cierre del registro. Al día siguiente volvió a repetir la mecánica y, cuando habían transcurrido diez horas, dio con un registro de nacimiento que se correspondía al nombre que buscaba dentro de las fechas permitidas. ¡Ese era el hombre!

Para su sorpresa había sido menos difícil de lo que esperaba. Con ese documento solicitó luego información para buscar registros de vivienda a nombre de personas concretas. Esta parte le tomó tan solo media hora y, en lo que resultó ser una tarde provechosa, consiguió un documento que comprobaba que ese mismo Bernard Whitmore vivía actualmente en Charlottesville, un poblado ubicado en el estado de Virginia. Esto representaba una nueva dificultad, aunque no insalvable: debía emprender un viaje hasta otro estado para contactar a este hombre, en el caso de que siguiera vivo. Para su fortuna, nada indicaba lo contrario. Si bien Idaho no le dijo expresamente que se embarcara en tal empresa una vez que consiguiera el paradero actual del hombre, Jericho tomó la iniciativa de llegar hasta él. Idaho podría tardar mucho en aparecer y cabía la posibilidad de que este hombre se encontrara bajo un peligro inminente. Nada perdía con intentarlo, y, si tenía suerte, conseguiría extraerle mayor información de la que Idaho reservaba para sí mismo.

Para culminar un día perfecto, Jericho decide conducir su coche en busca de un bar para emborracharse. Ya mañana sería otro día y haría los preparativos pertinentes para su viaje rumbo a Virginia, a menos que Idaho reapareciera con órdenes distintas, lo cual suponía una alternativa improbable. Para Jericho era conveniente llevarle la delantera. Si bien oficialmente era su cliente, Idaho incitaba su espíritu de competencia como un luchador que se siente dichoso por haberse topado con un adversario a su medida.

La noche ha caído oficialmente y la oscuridad se prestaba para honrarla con diversiones no aptas bajo la mirada del sol. Mientras conducía, Jericho decidió que ir a un bar no será suficiente ya que deseaba gratificar al resto de su cuerpo además de a su hígado. De esta forma cambió de dirección en busca de uno de sus atajos favoritos que lo llevaba directamente a un callejón oculto donde trabajan las prostitutas. La noche era lo suficientemente joven para que la calle no luciese abarrotada por una cola de coches con clientes ansiosos de invitar a alguna de ellas para que se convirtiese en copilota atenta. A un giro de pocos kilómetros se encontraba cercano un motel de carretera. Cualquiera podría asegurar que las prostitutas eran promovidas por dicho motel, pero no existían pruebas concluyentes para asegurarlo.

Jericho fijó su atención en una chica con curvas pronunciadas y de cabello castaño alborotado en rizos naturales que le resultó atractiva. Bajó la ventanilla y la llamó pidiéndole que abordase el coche. Ella aceptó gustosa incluso sin decirle antes cuanto sería la tarifa porque eran raras las ocasiones en que este tipo de solicitudes provenían de un hombre atractivo. Jericho la observó y esta le sonrió cuando puso una mano sobre uno de sus muslos acariciándolos:

—Vayamos al motel —recomendó Jericho—. ¿Cómo quieres que te llame?

—Amber —respondió la prostituta—. Pero no me opongo a que me llames con otro nombre de tu preferencia.

Jericho le dedicó su característica media sonrisa a la vez que viraba el coche hacia el destino indicado. La prostituta lo observaba con ese brillo exagerado de falso interés que distingue su oficio, el cual aumentaba cuando estaban frente a un cliente despilfarrador. No todos los clientes las llevaban al motel y se limitaban a buscar ser complacidos en sus coches, ya que preferían ahorrarse ese dinero. Pero cuando aparecían hombres dispuestos a invertir más dinero del acostumbrado en unas pocas horas de pasión era indicio de una mejor propina, así como de atenciones extras. Pese a esto, Jericho no albergaba deseo alguno de colmar a esta prostituta con atenciones extras. Tan solo deseaba un lugar donde descansar unas pocas horas después de tener sexo, ya que le esperaba un largo viaje para la mañana del día siguiente. Pero ardía de deseos por estar con el cuerpo cálido de una mujer, tras dos días dedicados enteramente a la pesquisa del hombre de la fotografía.

Ya en la habitación, Jericho procedió a desnudarla con calma y la rodeó con sus brazos para llevarla poco a poco hasta la cama. Quería una noche relajada, disfrutando del momento junto a aquella

mujer que luego no volvería a ver. Al culminar el sexo, ambos se separaron y ella quedó tan exhausta como satisfecha. Compartieron un cigarro mientras mantenían una charla insustancial, acostados en la cama completamente desnudos y sin pudor alguno. Las ventajas de estar con una mujer como aquella, pensó Jericho, es que se ahorran la vergüenza teatralizada de la cual hacen gala el resto de las mujeres; al menos la mayoría de ellas.

—Un hombre como tú no debe tener problemas en conseguir mujer —apuntó Amber y le dio una calada al cigarrillo antes de pasárselo a Jericho—. ¿O acaso te han roto el corazón?

—En este pecho no queda nada capaz de romperse —bromeó Jericho, procediendo a fumar el cigarro que le pasaban—. No tengo tiempo para dedicarme a alguien. No estoy hecho para ello. Simplemente no resultaría.

—Tanto mejor para nosotras —sonrió Amber. Le quitó el cigarro a Jericho de sus manos—. Eres un excelente semental.

Continuaron hablando de este modo un buen rato. Cuando pasaba la noche con una prostituta, Jericho se sentía animado a hablar con mayor fluidez de la acostumbrada porque sabía que luego no tendría contacto con ella y esta olvidaría cualquier cosa que le dijera. Después de todo, ¿cuántas palabras de extraños no estaban obligadas a escuchar a lo largo de sus vidas? Ni la mejor memoria era capaz de almacenar tanta estupidez ajena.

Rato después, Jericho se encerró en su mutismo usual y Amber comprendió que había llegado la hora de partir. Sobre la mesa de noche se encontraba el dinero que Jericho puso sobre ella al entrar en la habitación. Amber no lo contó en su presencia, pero con una ojeada experta precisó que se trataba de una cifra satisfactoria que superaba su acostumbrada tarifa. Mientras ella se vestía tratando de hacer el menor ruido posible, Jericho mantenía la vista fija en un punto lejano, como si su mente se hubiera sumergido en un océano insondable.

La vida en el orfanato estaba llena de pesares, pero no todo era terrible. Quizá sea porque al momento de recordar tiempos muy lejanos la nostalgia embellece el horror, pero hubo instantes que atesoraba con especial cariño como restos de una inocencia perdida. Los niños juegan y a ratos consiguen olvidar su soledad porque se acompañan entre ellos. Crean un mundo propio, una fantasía donde son los reyes de un mundo sin adultos, hasta que aparece alguna de las hermanas para recordarles la existencia del orden. Incluso cuando pelean entre ellos mantienen un código secreto en el cual ninguno quiere ser reconocido como delator. Resuenan los regaños de las monjas, cada vez más constantes a medida que su comportamiento presenta mayores signos de desobediencia y rebeldía. Es difícil adaptarse y limitarse a callar. Los juegos se hacen insuficientes.

Amber terminó de fumarse otro cigarrillo al borde de la cama, ya completamente vestida. Intentó pasarle el cigarrillo a Jericho para compartirlo, pero este permaneció inmóvil. Sus ojos pestañearon y leves gestos en su rostro representaron indicios claros de no estar sumido en un sueño profundo. Pero tampoco era posible afirmar que se hallase completamente despierto. Amber permaneció un rato allí y lo observó. Ya no tenía nada que hacer y ciertamente no le debían dinero, pero la superaba la intriga por descubrir algo más sobre ese hombre. El dinero recolectado gracias a ese encuentro le garantizaba no tener que trabajar durante el tiempo restante antes del amanecer. Podía irse a su casa sin problemas. Jericho carraspeó, indiferente a la presencia de ella, y volvió a concentrar su total atención a ese mundo inaccesible capaz de despertar incluso la curiosidad de una mujer anónima y desconocida que no sabe cómo irse sin recibir antes una despedida formal.

Los niños juegan a las escondidas. Jericho ha forjado un vínculo de amistad mucho más fuerte con Ronnie y Shirley que con el resto de los niños.

—Contaré hasta 20 y comenzaré a buscaros —propone Jericho—. 1, 2, 3, 4...

Sigue contando en silencio escuchando los pasos apresurados de Ronnie y Shirley alejándose de él para buscar un escondrijo. Al terminar su conteo procede a buscarlos. Trata de no hacer ruido para no atraer la atención de ninguna de las monjas. Son juegos ejecutados en secreto, bajo el más absoluto

silencio. Jericho se agacha bajo las camas, pero no consigue allí a ninguno de sus amigos. Han sido astutos. Han elegido mejores lugares. Debe continuar su búsqueda.

—¿Qué haces, mocoso?

Spencer se le planta al frente impidiéndole avanzar. Sus puños se crispan y no tiene miedo alguno, aunque le doble en tamaño.

—¿Están peleando otra vez?

Son interrumpidos en un momento crucial. Para fortuna de ambos niños esta vez le ha tocado a la hermana Geraldine realizar la acostumbrada ronda de la tarde para verificar que ninguno de los niños se embarca en molestas travesuras. Camina hasta ellos y se pone en medio de ambos repitiendo su pregunta. Ninguno de los dos responde. Cualquiera de las otras hermanas o la madre superiora los reprendería de inmediato por no responder para administrarles luego un doloroso castigo, los cuales varían según el estado de ánimo de las monjas. Pero Geraldine es distinta. Ella se detiene a escucharlos compasivamente, a demostrar que se preocupa por ellos. Y tiene una especial afinidad con Jericho. Así lo siente él y gracias a su amorosa presencia la vida en el orfanato es menos terrible.

—Si no hablan ahora me veré obligada a reportarlos con la madre superiora.

Amber había abandonado la habitación de hotel, no sin antes apagar la luz de la habitación dejando a Jericho con mayores motivaciones para dormirse. Pero no conseguía hacerlo. O quizá ya lo estaba. Ese estado de trance sostenido era casi tan brumoso como sus sueños. De cierto modo las imágenes que su memoria hacía desfilar por su consciencia constituían el origen de sus pesadillas, pero también la semilla de sus esperanzas. La respiración de Jericho comenzaba a agitarse, pero el sueño no se apiadaba de él para rendirlo.

Jericho ha cumplido doce años. Lo celebran marcando el día que llegó a la institución y no la fecha real de su nacimiento, la cual permanece desconocida. En aquel lugar a gran parte de los niños se les ha privado este conocimiento. Su vida se cuenta a partir del momento en que descubrieron la infelicidad. No es descabellado. Todos ellos volvieron a nacer después del abandono.

A la hermana Geraldine no se le escapa el abatimiento que pesa sobre el rostro de Jericho. Al paso de los años poco a poco ha dejado de sonreír. Pero en este día particular su seriedad parece teñida de tristeza. Con dulzura lo interpela:

—¿Te sientes mal, querido? Hoy es motivo de alegría. Has cumplido un año más de vida.

—Me gustaría saber el verdadero día de mi nacimiento —confiesa Jericho—. No es alegre celebrarlo con motivo de un día tan triste, el día que tus padres te abandonaron.

—¡Oh, mi niño! —expresa Geraldine—. No te lamentes. Eso no es lo que celebramos. Lo que conmemoramos es que ha pasado un nuevo año en el que te encuentras vivo gracias a Dios. Un nuevo año para convertirte en hombre. Un nuevo año para descubrir nuevas oportunidades. Y yo lo celebro porque fue el día en que te conocí.

A la hermana Geraldine se le aguan los ojos tras decir esto y Jericho aprieta una de sus manos para inspirarle seguridad. Geraldine le ríe la gracia. Incluso en un lugar como aquel, donde te ves obligado a crecer prematuramente, los niños conservan un halo de ingenuidad.

—¿Recuerda el día? —pregunta Jericho—. ¿Conoció a mis padres? ¿Cómo lucían? ¿Qué es lo que recuerda de mí al verme?

A Geraldine le entristece no tener respuestas satisfactorias para su hambrienta curiosidad, pero le contesta cuanto puede y debe para reconfortarlo, procurando conducirse con honestidad en sus palabras:

—Ya ha pasado mucho tiempo y la memoria me juega malas pasadas. Pero no, no llegué a ver a tus padres. Nunca supe quién te trajo y no guardamos registro de ello porque así es como funcionan las cosas en este lugar. Pero sí recuerdo tus inmensos ojos observando todo a tu alrededor. Me dijeron que me asegurara de mostrarte el lugar y eso hice. Me tomaste de la mano por iniciativa propia y no la soltaste durante todo el recorrido. Tampoco hablabas. Te gustaba mucho el silencio. Aún sigue

gustándote. Desde el primer momento reconocí en ti una luz especial. Posees una gracia reservada para pocos.

Jericho la escucha con respeto y conmovido por el afecto que le prodiga. Pero es incapaz de no sentirse decepcionado. No hay nada en sus palabras que revele una nueva información respecto a quien es y de donde proviene.

Un calambre en la pierna lo obligó a cambiar de posición. A solas consigo mismo la habitación de hotel le resultaba excesivamente grande. Pero Jericho no deseaba ninguna compañía a su lado. Se conformaba con la soledad tanto como apreciaba el silencio. Habían sido dos constantes en su vida y ya nunca podría escapar de ellas. Sacudió su pierna repetidas veces, obligándola a despertar de su sopor. El hormigueo que se extendía de sus muslos hasta la rodilla resultaba incómodo. Había encontrado una posición agradable para permanecer el resto de las horas faltantes para la llegada del amanecer.

Personas entran y salen del orfanato. Caras desconocidas que con aplomo se distribuyen, como si vivieran allí desde siempre. Tanto revuelo confunde a Jericho y, para satisfacer su curiosidad, corre para buscar a la hermana Geraldine con el objetivo de abordarla con preguntas que consigan explicar el caos circundante.

Pero no la encuentra. Recorre las habitaciones, el patio y demás espacios del recinto sin éxito alguno. En cada lugar se encuentra con personas nuevas. Hace preguntas, pero obtiene pocas respuestas.

—Lo siento, no la conozco. Somos nuevos aquí.

Jericho consigue descubrir que han removido parte del personal, pero nadie le explica por qué de forma tan repentina. La hermana Geraldine se ha ido y no ha tenido ocasión de despedirse. Al igual que muchos miembros del personal que trabajaba en el orfanato, ella también ha sido reemplazada.

—Me temo que no contamos con su información de contacto. Tampoco podríamos proporcionártela tan a la ligera. Lo sentimos mucho. Pero si ella vuelve y desea visitarte con gusto la recibiremos. Te mantendremos al tanto.

Todas las respuestas eran semejantes y ninguna llegaba al fondo de la verdad. Jericho no podía creerlo. No quería aceptarlo. La hermana Geraldine no se iría sin antes despedirse de todos los niños a los que apreciaba, con los que convivía, a los cuales había visto crecer y había sido para ellos lo más cercano posible a una madre. Era la única de todas las hermanas que demostraba compasión y ternura en su trato, incluso cuando la ocasión ameritaba mantenerse estricta y que los regañara severamente. Y lo hacía con fuerza, pero los niños sabían que ser castigados por ella era mucho mejor que quedar a merced de las otras monjas o incluso de las crueldades de la madre superiora.

Un gran vacío se instala en su estómago, pero un dolor indescriptible recorre el resto de su cuerpo. Se siente solo y abandonado por segunda vez en su vida. Jericho corre hasta el patio y se oculta en un rincón. Su respiración es entrecortada. Ansioso se abraza las piernas y coloca su rostro sobre estas, conformando una concha humana. Si tan solo pudiera llorar... Pero hace tanto tiempo que olvidó como hacerlo. No por eso su tristeza es menos honda. Es incluso mucho peor.

En una decente habitación de motel Jericho se desperezaba. Había dormido muy poco, si es que acaso podía decirse que lo había hecho. Simplemente se mantuvo acostado, con los ojos abiertos, desconectado del presente hasta que pudo conseguir el camino de regreso justo a tiempo con los primeros rayos del sol anunciando el nuevo día. Jericho no dejaría que el cansancio le ganara la partida en ningún momento. Se vistió apresuradamente, trazando mentalmente la ruta que escogería para conducir hasta Virginia. Un largo viaje de casi 12 horas, siempre y cuando evitara las paradas extensas e innecesarias. Un hombre llamado Bernard Whitmore, que rondaba los 70 años, era incapaz de adivinar la visita que le harían. Pero Jericho estaba decidido a ello, aunque no supiera que decirle exactamente. Confiaba en su instinto. A veces solo hay que dejar que un hombre hable sin hacerle preguntas, hacerlo sentir en confianza como un oyente que no interrumpe, y entonces es probable que diga exactamente lo que esperas escuchar.

Capítulo 5

Charlotesville, 1968.

Jericho se desenvolvía en la pista haciendo poco uso de los frenos en los instantes en que se encontraba despejada. Quería llegar cuanto antes a Virginia. Estimaba que llegaría a las 11 de la noche, debido al tráfico de algunas partes de la carretera en la cual había terminado atrapado. Usó tantos atajos como halló disponibles, sin detenerse en ningún momento más que para orinar en zonas solitarias. Su única comida del día había sido el desayuno que compró antes de abordar el coche, que consistió en dos emparedados de jamón y queso que se comió torpemente mientras manejaba. Habían pasado 7 horas desde entonces y su estómago resonaba.

Jericho supuso que llegaría a Charlotesville al caer la noche. Por lo tanto, tendría que descansar en su coche hasta que amaneciese y poder, así, presentarse a la casa de Bernard Whitmore, según la dirección hallada en el registro. Con la mirada fija, ocasionalmente volteaba para observar el paisaje tragado por el reflejo del espejo retrovisor. Algunas veces había otros coches detrás, y otras, una soledad que se extendía hasta el infinito. Esto le reconfortaba, ya que no suscitaba su paranoia al imaginar que alguien lo vigilaba de cerca y se dedicaba a perseguirlo. Cada vez que iniciaba un caso era muy cuidadoso al respecto, y desde el incidente con aquellos misteriosos sujetos en la biblioteca de Cortland había extremado sus precauciones.

Sin embargo, no existían indicios de que alguien lo persiguiese en este recorrido, del mismo modo en que no halló ningún sospechoso vigilando sus movimientos durante sus visitas al registro; como si se tratara de otro caso aburrido y de fácil resolución. Pero Jericho no bajaba la guardia ni se dejaba engañar. Este no era cualquier caso y su solución tardaría en llegar, si es que el asunto conducía a una verdadera resolución. Sabía tan poco sobre lo que buscaba que no se atrevía a pensar en el futuro de tal investigación.

Como una costumbre adquirida, maldecía el nombre de Idaho cada vez que podía y trataba de imaginar qué estaría haciendo. Probablemente lo habría estado llamando para verificar si dio con el paradero del hombre de la foto o simplemente se limitaba a dejar que Jericho hiciera lo que le diera la gana con esa información. Debido a lo fácil que fue conseguir el paradero actual de Bernard Whitmore, Jericho no creía que Idaho desconociera realmente tal ubicación. Probablemente trataba de poner a prueba sus habilidades, y su manera de aceptar el reto fue tomar la iniciativa de ir al encuentro de ese hombre por sí solo. Si no se trataba de una prueba y realmente ese hombre era de interés para el caso, entonces obtendría la información útil de primera mano. De cualquier manera, salía ganando. O al menos eso era lo que deseaba creer, no muy convencido de ello.

Sus cálculos fueron acertados. Jericho llegó a Charlotesville a la medianoche. No le quedaba otra solución que aparcar su coche en una calle solitaria y tratar de dormir hasta la llegada del amanecer. Tenía muy poca fe en salvarse de otro insomnio, por mucho que deseara hacer el esfuerzo de reposar su cabeza en el asiento del conductor y cerrar los ojos. Su estómago volvió a sonar para así recordarle la falta de comida a la cual lo mantuvo sometido durante todas esas horas:

—Descuida. Mañana prometo no dejarte vacío.

***

Jericho despertó encandilado por los efectos del sol repercutiendo a través de la ventana. Sorprendido descubría que sí había conseguido dormirse en algún punto indeterminado de la noche. No había más tiempo que perder. Llegaba el momento de aprovechar la luz del día para buscar la dirección donde vivía Bernard Whitmore. Puso en marcha su coche y se dispuso a recorrer las calles de Charlottesville hasta conseguir la marcada por el registro. Tal operación duró casi veinte minutos, pero finalmente supo que se hallaba frente a la casa correcta al cotejar su ubicación con las coordenadas proporcionadas por el registro.

Jericho se detuvo en la casa en cuestión y estuvo a punto de bajarse del coche, pero un presentimiento le hizo reconsiderarlo. Era preferible estacionar su coche en otra calle y realizar el recorrido a pie hasta el lugar correcto. En el caso de que alguien lo estuviera persiguiendo y descubriera la presencia del coche, primero buscaría entre las casas cercanas a esa calle antes de descubrirse burlado. Jericho se sonrió a sí mismo por su gracia. Comprendía que, en el caso de que alguien lo estuviera persiguiendo, verdaderamente tantas medidas preventivas se harían insuficientes y el único escape efectivo sería correr para no ser alcanzado o enfrentarse cara a cara con una amenaza letal.

Dejó estacionado el coche aproximadamente a dos cuadras de distancia, pero en el cruce de una calle paralela. Luego condujo sus pasos con calma tras haber actuado conforme a su resolución y, cuando finalmente se detuvo frente a la casa correcta, Jericho lanzó un suspiro antes de disponerse a tocar la puerta:

—Aquí vamos. Espero que no sean intolerantes con las visitas inesperadas.

Jericho subió una escalera corta que conducía a la puerta, representado por un portón de madera, y dio dos golpes fuertes, pero no excesivamente escandalosos. Esperó en silencio un minuto antes de dar un tercer golpe, pero alguien abrió la puerta antes de que lo llevase a cabo. Se trataba de una mujer contemporánea a su edad, de apariencia hombruna y rasgos toscos, la cual lo recibió sin moverse del umbral, y sin ningún asomo de extrañeza en su rostro, como si su presencia fuera lo más natural del mundo, saludó:

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Estoy buscando al señor Bernard Whitmore —anunció Jericho sin rodeos—. Me han dicho que vive aquí.

—No se equivoca, aquí vive —confirmó la mujer—. ¿A qué se debe su visita?

—Vengo a traerle un mensaje por parte de un amigo suyo —respondió Jericho con convencimiento—. Hace mucho tiempo que no se ven y quería comprobar que su amigo se hallaba bien de salud. ¿Se encuentra en casa? ¿Puedo hablar con él?

—El señor Whitmore está durmiendo en este momento —explicó la mujer—. Probablemente no tarde en despertar. No hay problema en que lo espere en la sala si usted está de acuerdo y cuenta con tiempo suficiente.

—Por supuesto —accedió Jericho—. Tengo tiempo de sobra y he venido especialmente hasta acá para verlo.

—De acuerdo, entre —dijo la mujer apartándose del umbral y lo invitó a pasar con un gesto—. Le pido disculpas si lo hace esperar mucho. Ya sabe cómo se ponen los hombres cuando entran a cierta edad. Les cuesta abandonar el lecho mientras son mecidos por un dulce sueño.

Jericho se introdujo en la casa y se dejó guiar hasta la sala, donde se sentó en una silla luego de que la mujer se la señalara como una clara indicación de que ese era el lugar preparado para las visitas mientras esperaban al anfitrión. No conseguía explicárselo, pero a Jericho no le parecía natural el comportamiento de la mujer, como si sus palabras no se correspondieran con sus gestos, como si diera sus respuestas de manera mecánica, como una mala actriz recitando las líneas de un guion torpe. Sobre todo le intrigaba conocer su identidad y cuál era su parentesco con el señor Whitmore, ya que se refería a él con tanta formalidad.

—¿Es usted pariente del señor Whitmore? —preguntó Jericho a quemarropa, pero con un tono amable, aparentando un ingenuo interés—. Disculpe mi pregunta. Es mera curiosidad.

—Descuide —replicó la mujer sin mostrarse contrariada por la pregunta—. Pero no, no somos parientes. Sus familiares me han encargado visitarlo dos o tres veces a la semana y procurar que no le falte nada. Ellos viven lejos y no pueden visitarlo. Ha tenido suerte de venir uno de esos días en que me ha tocado estar aquí. ¿Quiere algo de beber? Hace mucho calor. Yo me serviré un té helado, pero también hay café recién hecho si gusta.

—Vale, no me opongo al café —aceptó Jericho—. Sin azúcar, preferiblemente.

La mujer asintió concediéndole una sonrisa y se perdió de su vista. Jericho miró a su alrededor y la sensación de extrañeza se acrecentó. Las paredes estaban vacías, sin la presencia de algún cuadro, mientras que los muebles no contaban con rastros de fotografías puestas en portarretratos como era normal descubrir en la mayoría de las casas, especialmente si se trataban de ancianos. Su metódica evaluación fue interrumpida por la vuelta de la mujer con el café en su mano. A pesar de lo dicho, no portaba un vaso de té helado en la otra mano.

—Caliente y sin azúcar —precisó la mujer extendiéndole la taza humeante—. Espero que le guste. Si me disculpa un momento, debo recoger una ropa que he dejado en la lavadora. Cuando termine eso comprobaré si el señor Whitmore ha despertado y le anunciaré su visita. Espéreme aquí. Prometo no tardar demasiado.

Tal como anunció, ella se ausentó y lo dejó en la sala a sus expensas. Nuevamente le resultaban desconcertantes sus andares meticulosos acompasados con una excesiva amabilidad para alguien que simplemente era un extraño con intenciones tan poco claras como las que él hubiera expresado para entrar en aquella casa. Por un momento daba la rara impresión de que lo estaban esperando. Quiso apartar ese pensamiento de su cabeza, pero al paso de los minutos la mujer no llegaba y con ello incrementaban sus inquietudes.

El café ya no humeaba en sus manos y se dispuso a darle un primer sorbo, pero sus sospechas de que algo disonante empañaba toda la situación le hizo retirar sus labios de la taza. Procedió a olerla y prefirió no bebérsela. La colocó sobre una mesita y se puso de pie con el objetivo de buscar la habitación en la que supuestamente reposaba el anciano. En el caso de que la mujer le saliese al encuentro alegaría que buscaba un baño y que, en vista de su ausencia, se había tomado el atrevimiento de hacerlo por sí mismo. De este modo caminó con cautela hacia las escaleras que encontró en un recodo inmediato después de la sala y supuso que allí arriba se encontraría la habitación donde descansa Bernard Whitmore.

Imaginando que la mujer se encontraba aún abajo, Jericho aprovechó para recorrer el piso superior y entrar a las habitaciones hasta dar con aquella en la cual descansaba su objetivo. No le costó mucho tiempo, ya que al abrir una de las puertas descubrió el acceso a una habitación espaciosa en cuya cama dormía un anciano. Jericho entró lentamente, acercándose. Al detallar sus rasgos algo no le cuadró. Una de sus cualidades mejor apreciadas como detective era su prodigiosa memoria fotográfica, experta en distinguir engaños y falsificaciones cuando comparaba dos objetos aparentemente similares. En este caso se trataba de dos personas: el hombre de la foto tomada décadas atrás y el anciano que hoy reposaba en aquella cama. A pesar del paso del tiempo, los rasgos de una persona se mantienen y existen numerosos elementos que permiten identificarlos como la misma persona. Esto no ocurría en este caso. Jericho le aseguraría a quien fuera que el hombre de la foto no era el mismo que observaba en ese momento. ¿Cuál de los dos era Bernard Whitmore? ¿O acaso ninguno?

Ante tan chocante hallazgo, se dispararon los mecanismos de alerta y supervivencia que definían a Jericho en una situación tensa. Retrocedió despacio para no despertar a ese hombre que dormía en la habitación y se dispuso bajar las escaleras para localizar a la mujer, excusándose para salir cuanto antes de aquel lugar. Sin embargo, a mitad de la misma escuchó su voz cerca del salón, manteniendo una conversación. Jericho se anduvo con calma para escuchar lo que decía sin que esta notase su presencia. La observaba de espaldas, en una habitación circundante al salón, hablando por teléfono:

—Aquí se encuentra. Espera ser recibido cuando despierte. Lo retendré tanto como sea posible. No tarden.

No necesitaba mayores pruebas que esa conversación para comprender que le habían tendido una trampa. Debía actuar con rapidez para obtener respuestas y su única fuente de información era aquella mujer. Se acercó a ella por detrás y esperó a que esta colgase la llamada para acorralarla. Se abalanzó contra ella y la sujetó de los brazos. Para su desconcierto, ella reaccionó de inmediato zafándose gracias a un movimiento limpiamente ejecutado, como una prueba innegable de que había recibido

entrenamiento especializado. Lo empujó a un lado y se apartó. Ambos se miraron, incapaces de adivinar cuál sería el siguiente movimiento de su oponente.

—¿Quién eres? —pregunta Jericho—. ¿Para quién trabajas?

En vez de dar una respuesta, la mujer extrajo un cuchillo militar de algún bolsillo oculto en su vestido y lo empuñó al frente con una mirada amenazante. Jericho dio un paso hacia atrás, pero esta corrió enseguida hacia él para clavárselo antes de que se le escapase. Su actitud temeraria demostraba que estaba dispuesta a matarlo antes que dejarlo ir. Jericho consiguió sostener la mano que empuñaba el cuchillo y apretó su muñeca con fuerza hasta que consiguió quo lo dejase caer, pero ella lo pateó en la rodilla y lo obligó a soltarla el tiempo suficiente para agacharse a recoger el cuchillo. Sin embargo, antes de que lo lograse, Jericho se lanzó contra ella sujetando su cuello entre sus manos y luego sujetó su cabeza para golpearla contra la pared con un impacto contundente que la dejó noqueada en un estado de inconsciencia momentáneo. Jericho aprovechó esto para sujetar sus manos con las suyas y poner su cuerpo sobre sus piernas, neutralizando así cualquiera de sus movimientos:

—Responde: ¿quién te ha ordenado matarme? ¿Quiénes te han contratado para esperarme? ¿Cómo sabían que yo llegaría a Charlotesville? ¡Habla o juro que el próximo golpe te dejará más que inconsciente!

La mujer no intentó forcejar, pero tampoco respondió sus preguntas. En cambio, sonrió burlonamente. Esto enfureció a Jericho, que le propinó una bofetada para repetirle las mismas preguntas. Ella le escupió en el rostro y respondió:

—No hay escape. Estamos un paso delante de ti y de los otros que intentan detenernos. Pero si has conseguido atrapar la atención de ellos ya nada podrá salvarte. Importa poco lo que hagas, eres hombre muerto.

Jericho recordó la conversación que ella mantuvo por teléfono, donde afirmaba que lo retendría tanto tiempo como fuera posible. ¡Qué estúpido había sido! Pronto vendrían a buscarlo, si es que no se hallaban ya cerca. Jericho volvió a sujetar su cabeza y la golpeó nuevamente contra la pared, asegurándose esta vez que quedase completamente inconsciente. Sabía que debía huir cuanto antes, pero le ganaba la curiosidad, por lo cual decidió subir nuevamente a las habitaciones para despertar al anciano e interrogarlo. Pero su voluntad fue detenida al escuchar los sonidos de varios coches estacionándose fuera de la casa. Eran vehículos llamativos, ya que se trataban de unos Alfa Romeo 1750, con un color negro lustroso. Presuroso, corrió a asomarse en una ventana, mirando disimuladamente entre las cortinas, observando como rodeaban la casa como si se tratara de una redada.

Era imposible no interpretar todo aquello como una mala señal, la cual se vio confirmada cuando unos hombres similares a sus perseguidores de Cortland, vestidos con traje y caras de matones despiadados, se bajaron de los coches haciéndose señales indescifrables entre ellos. Le quedaban pocos segundos y estos eran esenciales para conseguir un escape exitoso. Optó por correr hacia el otro extremo de ese piso, en dirección a la cocina, con la esperanza de hallar una puerta trasera como es usual en todas las casas y ¡la consiguió! La empujó con fuerza y salió disparado, encontrando con alivio la calle despejada.

Jericho corrió sin detenerse hasta llegar a la otra acera, pero por instinto decidió dar un último vistazo a sus espaldas. A lo lejos vio un hombre apostado a cierta distancia de la casa. No parecía formar parte de los trajeados, pero su aspecto era misterioso: gabardina, sombrero panamá, gafas de sol y una bufanda. Parecía un testigo silencioso de tan inexplicables acontecimientos. Pero no era tiempo de resolver misterios, sino de seguir huyendo hasta perder de vista a sus perseguidores. ¡Nuevamente su vida peligraba por un caso que todavía no alcanzaba a comprender!

Tras correr varias cuadras de distancia, se concedió un instante para detenerse y agarrar aliento, poniendo sus manos sobre las rodillas e inclinándose levemente. Recordaba que había estacionado su coche ahí cerca, pero pensó que no era pertinente ir en esa dirección. Quizá sus perseguidores lo hubiesen identificado antes de llegar a la casa. Prefirió abandonarlo y luego ir a buscarlo si se daba la

oportunidad. Sospechaba que quienes quiera que fuesen esos misteriosos hombres ya conocían su identidad, y si no era así, pronto la identificarían. Se sentía peor que un prófugo, porque no escapaba de la ley sino de un enemigo mucho más grande, uno cuyo rostro aún no se dejaba reconocer.

Corrió a pesar del cansancio y la confusión hasta que consiguió alcanzar la estación de tren. Deseaba abandonar ese lugar cuanto antes en el próximo tren, sin importar a dónde lo llevará. Ningún lugar era ya seguro y en todas partes se ocultaba una amenaza que operaba con mayores recursos e inteligencia. Solo Idaho podría darle una explicación a todo esto. Y si no lo hacía, debería atenerse a las consecuencias.

Capítulo 6

Los peligros abundaban y daba la impresión de que en cualquier parte donde se hallara se alzaría luego un ojo vigilante cuya mirada se cernía sobre el mundo para señalar a un hombre que intentaba permanecer oculto sin éxito. Cuando se tambalea la sensación de seguridad es como si caminaras por un desierto extenso donde no hay nada a tu alrededor capaz de servirte como refugio. Te encuentras a merced de cualquiera que vaya en tu contra. Nadie será capaz de salvarte excepto tu propia fortaleza e ingenio, en una carrera sin fin que solo termina cuando se agota la resistencia del que huye.

Así se sentía Jericho al regresar a su oficina-apartamento, cuidándose de entrar con cautela, sospechando que podría encontrar a algún visitante indeseado. Para su fortuna, halló el apartamento tal como lo dejó, sin que este presentara rastros de que la cerradura hubiese sido forzada ni señal alguna que denunciara los efectos de una irrupción violenta. Jericho suspiró aliviado y, por pura inercia, su primera acción fue comprobar el tono del teléfono. Se escuchaba sin problemas. Cabía la posibilidad de que Idaho hubiera llamado durante su viaje, pero no habría forma de descubrirlo hasta que volviera a hacerlo. Jericho fue a sentarse por un momento detrás de la mesa que le servía de escritorio para dejar que su cuerpo descansara de toda la tensión acumulada hasta el momento. Estaba muy confundido y, al mismo tiempo, temía no estar seguro en su propio apartamento.

Jericho supo que no era prudente dormir en las noches allí, incluso si los insomnios estaban de su parte y no conseguía caer presa del sueño. Mientras Idaho no apareciera para darle una explicación debía evitar exponerse, sobre todo si era buscado con tanta saña por parte de esos matones. También recordaba al hombre del panamá cuya presencia allí despertó su intriga:

—¿Quién será ese bastardo? —se preguntó a sí mismo—. Parecía ir por su cuenta.

A pesar de esta hipótesis, no le pareció menos temible que los otros matones. Incluso consideró su presencia más amenazante, aunque no supiera explicarse las razones por las cuales así lo percibía. La situación se estaba descontrolando al mismo tiempo que adquiría visos de fatalidad, ya que su vida había estado en juego durante dos ocasiones en las cuales logró escapar por poco. ¿Qué le harían esos hombres si lo atrapaban? ¿Acaso intentarían matarlo como pretendía aquella mujer? Jericho lamentó no haber tenido suficiente tiempo para despertar al anciano y hacerle preguntas. Pero luego se convenció a sí mismo que de nada habría servido tener un tiempo a solas con el anciano porque desconocía las preguntas necesarias para conseguir las respuestas que explicaran lo que estaba ocurriendo. Y, por otro lado, estaba el hecho de que el anciano de aquella casa no era el mismo hombre de la fotografía.

Después de mucho meditarlo, Jericho resolvió que pasaría las noches en una habitación barata de un hotel cercano y solo permanecería en su apartamento durante la luz del día. Lamentaba mucho no poder permanecer allí durante ese tiempo, considerando que Idaho lo llamaría de un momento a otro, pero confiaba en que finalmente este acertaría a llamarlo cuando estuviese en el lugar.

Convencido de su decisión, hizo una maleta para llenarla de ropa y algunos otros objetos de gran utilidad, incluyendo una pistola de alto calibre. Luego hizo unas llamadas para comprobar precios de habitaciones en los hoteles circundantes y finalmente optó por reservar una bastante barata. El hotel en cuestión se ubicaba a dos cuadras de su apartamento.

Antes de irse, maleta en mano, se detuvo a pensar: ¡Cuán rápido puede cambiar la vida de un hombre! ¿Alguna vez podría recuperar la seguridad de que nada malo le ocurriría?

***

Después de un par de noches durmiendo en una habitación de hotel, Jericho decidió rentar un apartamento más barato disponible en un edificio frente al suyo con el objetivo de vigilar en la noche las posibles irrupciones de alguien. Si bien no había encontrado rastro alguno de que esto sucediera cuando en las mañanas iba a su oficina, no se confiaba aún de pasar las noches allí. De este modo, al

caer la noche, se plantaba frente a la ventana del apartamento rentado y con unos binoculares vigilaba que no hubiera ningún intruso.

Habían pasado varios días y no había señal de que algo malo fuese a suceder. Sin embargo, una noche, cuando apenas el reloj marcaba las 10:00 p.m., vio una sombra introducirse en su apartamento. No encendió las luces, por lo cual solo alcanzaba a ver su silueta a través de los binoculares, pero debido a su contextura supo que se trataba de un hombre. No obstante, no se veía tan amenazante como los hombres trajeados que lo persiguieron en otras ocasiones. ¿De quién se trataba?

Jericho no perdió tiempo haciendo suposiciones y salió presuroso del apartamento rentado para agarrar por sorpresa al hombre que se introdujo a su propiedad. Cuando ya estaba cruzando la acera reparó en que olvidó agarrar el arma que traía consigo, pero si se devolvía probablemente habría sido tarde para descubrir de quien se trataba. Por lo tanto, entró al edificio y subió las escaleras, aminorando sus pasos cuando ya se encontraba llegando a su piso. La puerta que daba acceso al apartamento había sido forzada. Jericho se mantuvo a distancia, esperando que el hombre en cuestión saliera, pero aparentemente estaba dispuesto a quedarse porque no llegó a salir. Escuchó ruidos provenientes del interior. Era un hombre ruidoso y poco sutil en su acto de vandalismo. Jericho se sintió desconcertado en este punto: la forma torpe en que fue forzada la puerta, los movimientos escandalosos y su lentitud al no resolver irse antes de ser atrapado... No parecía profesional comparado con las amenazas que enfrentara días antes.

En vista de estas suposiciones, Jericho se animó a entrar al apartamento y confrontarlo. Probablemente se trataba de un mercenario novato al cual habían mandado para dejarle un mensaje. Por lo tanto, lo atraparía, sorprendiéndolo antes de que se diera cuenta y neutralizándolo enseguida. Fue empujando la puerta con suavidad, como si fuera a efectos del viento que se abriera. Una luz proveniente de su habitación le permitía tener una visión parcial medianamente nítida del interior del apartamento desde el umbral.

Aquel hombre estaba en su habitación y era el momento perfecto para aprovechar su descuido. Jericho caminó lentamente, manteniéndose pegado a las paredes, rumbo a su habitación, pero se detuvo al escuchar unos pasos ruidosos detrás de él y, cuando volteó, una voz le salió al encuentro para revelar luego una presencia familiar:

—¡Jericho! Siento tanto aparecerme de este modo...

Era Lilian quien caminaba hasta él, pero Jericho alzó su mano pidiéndole que se callara para no alertar al intruso. Luego todo sucedió con demasiada rapidez. Sin éxito en la tentativa para callarla a tiempo, el hombre escuchó la voz de Lilian y salió de la habitación pistola en mano apuntándolos a ambos, que quedaron inmóviles. Lilian temblaba sin comprender lo que ocurría, pero gracias a ese mismo miedo se le paralizaron los músculos. Jericho solo alcanzó a ponerse frente a ella para protegerla con su cuerpo y alzó sus manos como dando a entender que no lleva arma alguna ni pensaba atacar al intruso que lo apuntaba. Jericho lo observaba atentamente y, para su sorpresa, lo reconoció. No se trataba de uno de los matones que andaban tras el caso de Idaho, sino del esposo de una antigua cliente suya a la cual había ayudado a obtener pruebas de la infidelidad de su marido para agilizar su divorcio, así como la costosa división de bienes. Jericho respiró aliviado, aunque un arma apuntase directamente sobre su pecho. Pero Jericho comprendía que no se enfrentaba a un asesino, sino a un hombre herido intentando buscar torpemente un poco de venganza.

—Le conozco —le dijo Jericho—. No hace falta que me apunte con esa arma. Alguien podría salir herido o muerto. Y usted no quieres eso. Le costaría años de cárcel y perdería toda su vida en una celda mugrienta. ¿Cree que merece la pena?

—Usted arruinó mi vida —vociferó el hombre sacudiendo el arma peligrosamente—. Acabó con mi matrimonio y esa zorra ha conseguido quitármelo todo. No tengo nada que perder. Al menos puedo hacerle daño al culpable de todo esto.

Jericho dio un paso al frente y el hombre retrocedió. Intuyó que era inexperto en el uso de las armas, por lo cual quiso tomar ventaja y distraer su atención de Lilian. Para ello caminó lentamente en círculo mientras le hablaba:

—Seamos razonables, amigo —pidió Jericho sin dejar de alzar las manos. Este siguió sus movimientos a medida que se movía, ya no concentrando su atención en Lilian—. Su exesposa será la primera en sentirse triunfadora si usted termina preso. No le conceda ese gusto.

El hombre tenía los ojos enrojecidos y le temblaba la mano. Jericho hizo un gesto violento con sus manos y se agachó lo cual provocó que el hombre disparase, confundido por ese movimiento. Erró el tiro, tal como Jericho había estimado, y disparar el arma le obligó a retroceder, desestabilizando la coordinación de sus movimientos. Jericho aprovechó la ocasión para lanzarse contra él y derribarlo contra el suelo. Lilian sollozaba, incapaz de correr o gritar pidiendo ayuda. El arma había salido rodando lejos de ambos hombres y el intruso le propinó un puñetazo a Jericho que impactó contra sus labios. Furioso por este golpe, Jericho no le concedió tregua y lo noqueó con sus puños, dejándolo postrado en el suelo incapaz de defenderse.

Con la respiración agitada, Jericho se puso de pie y recogió el revólver. Observó al hombre inconsciente y luego a Lilian, quien no dejaba de llorar. Luego caminó hasta la puerta del apartamento para cerrarla y así evitar que algún vecino curioso intentase averiguar lo que había ocurrido.

—Deberíamos llamar a una ambulancia —alcanzó a decir Lilian, saliendo de su mutismo—. Podría estar muerto.

—No lo está —aseguró Jericho—. Su respiración es estable. Recuperará la consciencia en breve. Ya no posee el arma y querrá irse cuanto antes.

Jericho apenas le había concedido una mirada al hombre desde que lo dejara inconsciente y Lilian no conseguía explicarse porque afirmaba eso con tanta seguridad. Por su parte, Jericho no comprendía esta confusión. Le parecía lo más normal del mundo poder escuchar la débil respiración de ese hombre desde la distancia en que se encontraban; algo que ninguna otra persona sería capaz de percibir con las limitaciones corrientes de sus sentidos.

***

Tal como anticipara, este recuperó la consciencia y salió corriendo como alma llevada por el diablo, probablemente temiendo que Jericho acabara con su vida valiéndose de su misma arma. Jericho revisó su habitación seguido por Lilian, quien no había dejado de llorar. A pesar de que el intruso se tratara de alguien completamente distinto y no relacionado con el caso de Idaho, los temores de Jericho no cesaron respecto a una futura irrupción de los hombres trajeados. A pesar de esto, optó por quedarse en su apartamento el resto de la noche. Al comprobar que todo estaba en orden, regresó de nuevo al espacio acondicionado para su oficina. Se recostó en un sillón tras prepararse un trago de whisky, procesando en su mente tantos acontecimientos violentos vividos en poco tiempo.

Lilian seguía allí de pie y Jericho comprendió que pasaría la noche en su casa, aunque no hubiese recibido su invitación. Ahora que estaban a solas y más relajados se animó a hablarle:

—Ha sido muy peligroso que llegarás de esta manera sin avisar. Además, es muy tarde para andar sola por estas calles.

—Lo siento mucho —lamentó Lilian sin hacer preguntas sobre lo ocurrido—. Pero sí llamé antes de venir para acá, solo que nunca atendiste el teléfono. Estaba desesperada. No sabía adónde ir. Mi marido me ha echado de casa. Yo sé que no te gusta que nadie pase la noche contigo. Pero estoy de manos atadas y no tengo otro lugar al cual ir a esta hora. ¿Puedo quedarme?

Lilian explicaba todo esto entre gemidos. Jericho la vio desprotegida, pero consideraba inapropiado y peligroso para ella estar en una posición comprometedora capaz de costarle la vida. Jericho no dejaba de pensar en el hecho de que su vida se encontraba amenazada y cualquiera que estuviera a su alrededor no sería inmune a estos riesgos.

—No es un buen momento para estar conmigo, Lilian —refirió Jericho, queriendo quitársela de encima al mismo tiempo que protegerla—. Y esto no se trata de mi manía a dormir solo, sino de un asunto de gravedad. No quiero exponer tu vida. ¿Por qué no llamas a tu esposo? Quizá se arrepiente de haberte echado. Hazlo entrar en razón.

—No quiere verme a la cara —explicó Lilian—. Dice que se contiene de hacerme daño porque tú lo amenazaste, pero no por ello me mantendrá en su casa. No tenemos hijos, así que no está obligado a mantenerme si nos divorciamos, y firmamos separación de bienes cuando nos casamos. Estoy perdida.

—De acuerdo, puedes quedarte —aceptó Jericho—. Me alegra saber que ese infeliz hizo caso de mis amenazas y no te ha puesto una mano encima.

—Gracias —dijo Lilian corriendo hacia donde Jericho estaba sentado y arrodillándose se abrazó a sus piernas—. Prometo no ser una molestia.

—No hay problema —dijo Jericho tras apartarla con suavidad y la miró a los ojos—. No llores más. Ve a darte una ducha para secarte esas lágrimas. Yo debo asegurarme de tomar medidas con esa cerradura forzada. Estamos expuestos.

Lilian se secó las lágrimas y accedió, sonriendo. Eran muy pocas las veces en que Jericho le demostraba un gesto de ternura y esto la animó a sentirse mejor a pesar de lo derrotada y extraviada que se hallaba. Se puso de pie y fue hacia el baño dentro de la habitación de Jericho para seguir su recomendación. Mientras tanto, Jericho se propuso crear un dispositivo de alerta por si acaso alguien intentaba entrar por la puerta de su apartamento al descubrir la cerradura rota.

A partir de madera, clavos y un objeto tintineante, cuyo sonido pasaría desapercibido por cualquiera que pasase junto a la puerta, pero no para él, construyó una trampa rudimentaria y la colocó en la cerradura. No era la alternativa más efectiva, pero cumpliría su función inmediata para un momento apremiante en el cual no existían otras opciones a mano para arreglar la cerradura. Ya habría tiempo mañana para preocuparse por esa reparación. Al culminar su tarea, Lilian, ya bañada y con un aspecto radiante, le salió al encuentro:

—¿Dónde puedo acostarme? —preguntó, no queriendo abusar con su presencia reclamando la cama—. Cualquier lugar para mí está bien.

—Duerme en mi cama —respondió Jericho—. Sospecho que me mantendré despierto en la butaca de mi oficina el resto de la noche, vigilando que nadie intente entrar.

—¿No quieres acompañarme? —se atrevió a preguntar Lilian—. Hay suficiente espacio para ambos. Pero si lo que quieres es no dormir conmigo, yo puedo quedarme afuera.

—Ese no es el problema, Lilian, te lo aseguro —replicó Jericho—. Me sentiré mejor si tu duermes en la habitación y yo permanezco aquí vigilando. En el caso de que algo ocurra, tú podrás encerrarte allí dentro. No tienes porqué entenderlo, pero confía en mí.

Lilian asintió, sabiendo que Jericho no hablaba en vano. Comprendió que algo le preocupaba profundamente y por primera vez veía el miedo brillando en su mirada. Le convenía hacerle caso y no contradecir su petición.

—Comprendo —afirmó Lilian—. Nuevamente gracias por dejar que me quede. Que tengas una buena noche.

Tras despedirse, se introdujo en la habitación y Jericho la imaginó acostándose entre sus sábanas. Una punzada de deseo se agitó en su cuerpo, pero su mente la aplacó con sus preocupaciones. No era momento para andarse con ligerezas. Ya preparada la trampa, volvió a arrellanarse en la butaca con un ojo sobre la puerta y el vaso de whisky en la mano, bebiendo sorbos lentos y graduales hasta que fue invadido por un dulce sopor producto de la ingesta de alcohol.

Son tantos los cambios vividos en poco tiempo. Los años adolescentes traen consigo pesares y transformaciones que moldean el carácter final, acentuando los vicios, pero también perfeccionando los talentos individuales. Para quienes crecen en un orfanato, la adolescencia oprime con mayor fuerza ya que redobla la percepción de que estás encerrado en una prisión de las cual deseas escapar. Jericho mira distraído por la ventana, deseando enfrentarse al mundo y dejar atrás aquel lugar. Debe

esperar a que cumpla 18 años, pero su cuerpo ya ha comenzado a dejar de ser el de un niño para dar paso al hombre que será en lo sucesivo. Su voz suena grave cuando habla y ha crecido considerablemente. A pesar de ser delgado le gusta la actividad física y hacer ejercicio por su cuenta, lo cual ha hecho que sus músculos se desarrollen a medida que crecen sus huesos. Del niño pálido y enclenque conserva el talante taciturno y su afición al silencio.

Observa las calles y su movimiento, avivando sus deseos por escapar, hasta que su meditación es interrumpida por la presencia de Ronnie, que lo llama a sus espaldas:

—Jericho, necesito tu ayuda —anticipa Ronnie—. Me han robado mi libro favorito y no sé quién pudo haber sido. Solo tú puedes ayudarme a encontrarlo.

—Eso no es problema mío, Ronnie —se niega Jericho con frialdad—. Tienes que aprender a ocuparte de tus propios asuntos. Todos lo hacemos y tú no serás la excepción.

Al paso de los años, Jericho se ha vuelto hosco en sus reacciones y rudo al hablar con otros. Incluso con aquellos con los que mantiene un mayor trato, mantiene cierta distancia. No es alguien dispuesto a hacer amigos, ni a involucrarse en la vida de otras personas, de la misma manera en que prefiere que nadie moleste la suya.

Ante la negativa de Jericho, Ronnie no sabe qué decir para convencerlo. Shirley se acerca a ellos porque los ha visto conversando a lo lejos, preguntando qué ocurre. Ronnie le da debida cuenta de su problema y de la petición que le hace a Jericho. Por lo tanto, Shirley intercede:

—Pero si tú lo ayudas lo encontraremos más rápido y sabremos quién es. A ti te gustan los juegos de resolver misterios. Siempre has sido muy talentoso a la hora de descubrir cosas antes de que otros se den cuenta. ¡Te necesitamos!

El entusiasmo de Shirley acaba convenciendo a Jericho, por lo cual este interroga a Ronnie sobre la última vez que ha visto su libro, donde solía guardarlo, quienes podían saber de su paradero y si sospechaba de alguien. Ronnie le da todas sus respuestas, aunque dice que prácticamente cualquiera de los niños podría haberlo visto guardando el libro bajo la almohada. Por otro lado, no tiene un sospechoso claro.

—Excepto, quizás, Spencer —apunta Ronnie—. Hoy estuvo observándome y luego esquivaba mi mirada cuando yo lo veía a él. Era una mirada suspicaz, como si algo supiera, pero no pudiera decirlo. No sé si me entiendes.

—Spencer siempre ha sido capaz de hacerle cosas reprobables a otros niños —recuerda Shirley—. Aunque últimamente ha cambiado mucho. Parece haberse vuelto menos problemático.

—Nadie cambia verdaderamente —responde Jericho misteriosamente—. Solo aprendemos a disimular mejor lo que otros desprecian de nosotros.

Shirley y Ronnie se miran confundidos para luego encogerse de hombros. Jericho suele soltar frases que a ellos se les antojan absurdas. De cierta manera, conforme pasan los años, su inteligencia le lleva ventaja al resto de los niños del orfanato, como un don natural.

—¿Qué propones entonces? —pregunta Ronnie, entusiasmado porque Jericho comienza a ocuparse de su problema—. Ya he revisado en todas partes y no lo conseguí. Sea quien sea que lo haya robado lo ha guardado muy bien.

Para Ronnie y Shirley puede tratarse de una especie de juego, pero Jericho se toma en serio su papel de detective.

—Hay que dejar de buscar al objeto —sugiere Jericho—. Debemos encontrar al ladrón. Vayamos a preguntarle a Spencer.

—¿Así directamente? —pregunta Shirley, sorprendida por la resolución—. ¿No lo estaríamos alertando? Va a responder que no lo hizo y no tenemos pruebas para acusarlo.

—Probablemente de una respuesta negativa —concede Jericho—. Pero eso no es lo importante, sino observar cuál es su reacción al ser interpelado directamente por algo que ha hecho. Luego de ellos sus acciones tomarán precauciones para no ser descubierto y eso lo delatará. O simplemente descubriremos que no ha sido él y podremos descartarlo.

Tras explicar sus mecanismos de deducción, se conduce con aplomo para ir en la búsqueda de Spencer con el objetivo de interrogarlo. Shirley y Ronnie lo siguen a cierta distancia, algo temerosos de cómo puede resultar aquella confrontación entre dos viejos enemigos. En el pasado fueron muchas las ocasiones en que ambos niños se agarraron a golpes, y si bien recientemente no ha ocurrido un episodio similar, la situación entre ellos siempre es tensa.

Finalmente encuentran a Spencer jugando solo en el patio, golpeando con un palo en el aire intentando tumbar un insecto colgado de una rama. Jericho interrumpe su actividad poniéndose frente a él:

—Necesito hacerte unas preguntas —suelta Jericho, ahorrándose los saludos—. No tomará mucho tiempo.

A pesar del desprecio mutuo, también se respetaban. A diferencia del resto de los chicos, Jericho no temblaba ante su presencia y eso le resultaba admirable, aunque no lo reconociera abiertamente.

—Habla entonces —acepta Spencer, bajando el palo de madera que empuña—. Y yo decidiré si quiero responderlas o no.

—Por supuesto, no estás obligado a ello —apoya Jericho—. Pero podrías ayudarnos a resolver un misterio.

—Me gusta los misterios —dice Spencer desdeñoso, alzando luego sus manos para señalar a Ronnie y Shirley—. Pero no me agradan esos mocosos. Tampoco es que me guste hablar contigo, pero al menos no eres un cobarde.

—No hemos venido a pelear —asegura Jericho con una mirada desafiante—. Tan solo queremos aclarar nuestras dudas.

—No me hagas perder más tiempo —se queja Spencer exasperado—. Haz tus preguntas y vete.

—De acuerdo, es muy simple —explica Jericho—. Mi amigo Ronnie acá presente ha perdido su libro favorito. Como lo guarda siempre en un mismo lugar y ha desaparecido sabemos que no se trata de un simple extravío. Es innegable que alguien lo ha robado. ¿Has sido tú?

Spencer sonríe y le dedica una mirada a Ronnie, luego le responde a Jericho sin mirarlo a los ojos:

—Sí, he sido yo. Pero no volveréis a verlo.

Spencer levanta nuevamente el palo de madera para volver a pegarle a la rama sobre su cabeza. Por su afirmación inmediata al mismo tiempo que esquiva su mirada, Jericho infiere que él no lo ha robado, pero sí sabe quién ha sido. Esta encubriendo al verdadero ladrón y se toma el atrevimiento de reclamar la culpa para alejar la mirada del verdadero sospechoso.

—No has sido tú, ¿cierto? —acusa Jericho, lo cual hace que Ronnie y Shirley se miren con gestos de asombro y que Spencer vuelva a prestarle atención—. ¿Quién ha sido? ¿Marcos? ¿Daniel? ¿Corina? ¿Morris?

Al mencionar el nombre de Morris un gesto casi imperceptible en su rostro lo delata. Algo que Jericho puede notar, por lo cual decide dejarlo en paz y darle la espalda para ir en busca de Morris. Entretanto, Ronnie y Shirley no comprenden hacia dónde se dirige Jericho, pero lo siguen.

Jericho sube hasta las habitaciones y encuentra allí a Morris. Justo cuando va a hablarle, Spencer lo ataca de sorpresa, porque ha dado un rodeo por el patio y lo ha seguido después de la conversación que mantuvieron. Sin embargo, Jericho está preparado para ello y lo esquiva, causando que este caiga de bruces. Morris los observa sin comprender lo que ha ocurrido. Ronnie y Shirley tardan en llegar para hallar lo que promete convertirse en una violenta confrontación.

—Deja de meterte en los asuntos que no te incumben —acusa Spencer incorporándose torpemente—. Te voy a hacer trizas.

—Ven y dame tu mejor golpe —replica Jericho en un tono amenazante—. Será mejor que no falles.

Ambos alzan sus puños y se lanzan a golpearse el uno contra el otro, ante el asombro del resto de los niños.

El vaso había caído al piso, quebrándose. El contenido del whisky se derramaba lentamente. Jericho tenía los ojos cerrados, indiferente a este accidente. Sus recuerdos se confundían con sus pesadillas y no le era posible apartarse de ellos. Necesitaba recordar y sufrirlos como si los viviera por primera vez.

En el despacho de la madre superiora Darla siente su característico olor mohoso que tanto repugna. Jericho se encuentra de rodillas, tal como le ha ordenado la severa mujer, quien se ha despojado de la cofia para mostrar su cabello gris apretado en un moño como una demostración de que se pone cómoda para llevar a cabo uno de sus célebres castigos físicos, que la hacen sudar a ella tanto como a su víctima.

—Tu problema no es la desobediencia —asegura la madre superiora a sus espaldas—. Si alguien te ordena algo lo haces sin problemas porque comprendes que oponerte solo te traerá peores consecuencias. Justo ahora estás arrodillado porque yo lo he pedido. Has sido obediente, sí. Pero no es suficiente ser obediente para tener un buen comportamiento. Hay que aprender a sentirse culpable y buscar arrepentimiento. Y ese es precisamente tu problema: nunca te arrepientes. Y esto se debe a tu infinita soberbia. Te crees mejor que todos.

Jericho no responde, pero en su interior reverbera el profundo odio que siente contra ella. Tras la partida de la hermana Geraldine y gran parte del personal, el recambio trajo consigo el reino de horror instaurado por la madre superiora Darla sin que nadie le hiciera frente. El resto de las novicias a su cargo obedecían todas sus órdenes y le daban a los niños y adolescentes que allí residían un trato excesivamente despreciativo y cruel, con el fin de ganarse los favores de la madre superiora.

—No era mi intención crear un alboroto —se defiende Jericho—, pero si me atacan me defiendo.

La madre superiora da un rodeo hasta ponerse frente a él. Se inclina levemente y lo mira a la cara con sus ojos de lechuza. Jericho mantiene su mirada fija en un punto distante, en la pared, donde cuelga un crucifijo de madera.

—Por mucho que lo mires, no te volverás devoto —observa la madre superiora al percatarse de la dirección de su mirada—. A eso me refiero, justamente. ¿Te crees tan por encima de todos que no puedes mirarme cuando te hablo? ¿Te gusta la cruz? ¡Muy bien! ¡Alza tus manos!

El grito de la madre superiora no deja lugar para meditaciones. Jericho hace lo que le pide y esta acomoda sus brazos de tal manera que queden extendidos como en gesto de penitencia.

—Si las bajas tanto peor para ti —anuncia la madre superiora—. Si no las mantienes extendidas, te prohibiré las salidas de domingo durante dos meses.

Todas las semanas gran parte de los niños y jóvenes del orfanato salen camino a la iglesia para recibir la misa. Es el único contacto que tienen con el mundo exterior y, si bien le aburre la liturgia, el recorrido de ida y vuelta es razón suficiente para sentirse entusiasmado. ¡No permitirá que la madre superiora gane! Entretanto, esta se aparta un momento de él para descolgar el crucifijo y lo alza. Seguidamente comienza a golpearle los brazos repetidas veces con mucha fuerza.

—Ya no solo puedes mirarlo —destaca la madre superiora sin cesar sus golpes—. Es tiempo de sentirlo. Solo el dolor nos hace mejores, niño tonto. Abandona tus ridículas pretensiones. No eres mejor que nadie. No eres mejor que yo.

Lilian se revolvió dormida a su lado y lo golpeó ligeramente con una de sus manos. Jericho se sorprendió al descubrir que había dormido dentro de su habitación y era incapaz de recordar el momento en que había abandonado la butaca de su oficina para caminar hasta su habitación y recostarse en su cama. Su primer impulso fue levantarse de la cama y comprobar que nadie había aprovechado la cerradura rota para introducirse, pero a la luz del día sus miedos parecían absurdos. Ambos se hallaban acostados tras haber dormido durante quien sabe cuántas horas y nada malo les había ocurrido. Jericho respiró aliviado, pero le preocupaban estos episodios repentinos en que el sueño lo dominaba mientras otras tantas noches no conseguía dormirse por mucho que lo intentase.

Lilian volvió a moverse, pero sin despertarse. Jericho la observó atentamente y reconoció que incluso mientras dormía lucía hermosa, pero seguidamente meditó lo inapropiada que resultaba su

presencia allí. No le parecía buena idea que ella permaneciese a su lado. El incidente de la noche era una demostración clara de ello: por la naturaleza de su trabajo, estaba constantemente expuesto a innumerables peligros, así como a ajustes de cuentas por parte de montones de enemigos que había hecho a lo largo de su vida. Y ni hablar de los riesgos actuales inherentes al caso en el que se encontraba trabajando, las amenazas que ya había reconocido, pero tampoco podía desestimar la existencia de otras que aún no se hubiesen manifestado. La presencia de Lilian solo empeoraría las cosas. No tenía tiempo para protegerla, aunque así lo deseara.

Mientras iba meditando un plan para resolver su situación con Lilian, se levantó de la cama teniendo sumo cuidado de no despertarla. La muchacha había sufrido demasiadas emociones en muy poco tiempo y lo justo era que recibiese un largo descanso que la mantuviese al margen de sus problemas actuales, al menos durante unas pocas horas. Tras vestirse, Jericho salió de la habitación y se preparó un café. Aprovechó el tiempo de preparación para asegurarse de revisar el revólver que el intruso había dejado y guardarlo bajo llave en una gaveta. Notó el desastre ocasionado por el vaso de whisky que se había quebrado a un lado de su butaca. No era capaz de recordarlo y esto le enojaba profundamente, pero recogió los pedazos minuciosamente para evitar cortarse.

Una vez resueltas las demandantes tareas domésticas se asomó a la ventana de su apartamento con la taza de café humeante en su mano. Al beberla recordó aquella otra taza de café que le ofrecieron en Charlottesville e imaginó qué pudo haber ocurrido si la hubiese tomado. ¿Estaría envenenada o tan solo lo dormirían? ¿Quiénes eran esas personas y por qué deseaban hacerle daño? A medida que pasaban los días, podía reflexionar mejor sobre los más recientes acontecimientos en los que se había visto envuelto. Estaba trabajando en un caso extremadamente importante que atentaba contra los intereses de un grupo poderoso. A pesar de lo aterrador que esto sonaba, a Jericho le resultaba estimulante. Tan solo deseaba tener un mayor conocimiento con respecto a lo que enfrentaba y saber qué buscaba exactamente. En el próximo encuentro con Idaho no debía permitir que se saliese con la suya y continuase dándole encargos sin una correcta explicación.

Jericho no quería permanecer en el apartamento y además necesitaba comprar ciertas herramientas para reparar la cerradura por sí mismo. Ya había tomado una decisión respecto a Lilian, por lo cual buscó una hoja sobre la cual dejarle una nota para que la leyese en cuanto se despertase. Después de escribirla la dejó abierta y visiblemente expuesta. En una esquina sobre la misma colocó un fajo generoso de billetes. Jericho esperaba que obedeciese sus palabras cuando las leyese:

Lilian, comprendo que soy el principal culpable de tus presentes desgracias. Sin embargo, no puedo hacerme cargo de ti en este momento. Solo me traerías más problemas y estarías exponiendo tu vida. No intentes buscar explicaciones, ni culparte por mi negativa. No se trata de nosotros, sino de asuntos mucho más grandes y demandantes de los cuales actualmente no me puedo apartar.

Cuando regrese no debo encontrarte. No te arriesgues mucho tiempo permaneciendo en este apartamento, porque no es seguro. El dinero que he dejado sobre esta nota es para ti. Es suficiente para que cojas un tren hacia otro lugar y comiences una nueva vida, lejos de la infelicidad que te condujo a mis brazos. Quizá un día conozcas a alguien que pueda darte lo que verdaderamente mereces. Alguien que no se aproveche de ti y esté dispuesto a corresponderte en la justa medida. Yo no soy ese hombre.

Por favor, te pido que aceptes el dinero y que partas hoy mismo, antes de que yo regrese.

J.

Tras una rápida relectura de la nota, Jericho consideró que se trataban de las palabras adecuadas para motivarla a que se fuera, sin parecer demasiado cruel pero tampoco asomando ninguna esperanza que le hiciera creer que quedarse era una opción aceptable. Comprendía que a Lilian le costaría aceptarlo y le resultaría doloroso su manifiesto rechazo a mantenerla a su lado, pero luego entendería que era lo mejor para ambos, por donde quiera que se mirase. Agradecido de que aún no despertara, y ya dispuesto su mensaje junto al dinero, Jericho aprovechó la ocasión para salir de su apartamento.

En el camino no dejaba de pesar en su ánimo una sensación molesta que no alcanzaba a explicar. ¿Era posible que se sintiera culpable respecto a Lilian? Para reconfortarse se dijo a sí mismo algo que

no habría podido escribirle a ella en su misiva, pero que incluso los mecanismos más sólidos de su lúcida consciencia no eran capaces de ocultar bajo los acostumbrados velos del autoengaño:

—Lo siento mucho, Lilian. Ojalá mi vida fuera distinta.

Capítulo 7

Sin un rumbo predeterminado, Jericho paseaba por las calles de su ciudad. Ya que ahora no tenía coche, le tocaba hacer uso de sus piernas y se sorprendió al notar lo mucho que cambiaba el panorama cuando recorrías un lugar como transeúnte, especialmente porque hacía mucho tiempo que no se dedicaba un paseo como aquel. Poco a poco comenzó a sentirse familiarizado con las calles y se condujo por ellas casi por inercia, dejándose guiar por los efectos de una supuesta distracción, tratando de alargar el tiempo y permitir a Lilian que saliese de su apartamento.

Una hora más tarde, terminó frente a una gran casa que reconoció enseguida agitando su memoria: el orfanato donde vivió y creció durante su infancia. Se detuvo un momento a contemplar el lugar. Los recuerdos pasaban como flashes ante sus ojos: sus antiguos amigos, los juegos compartidos, las peleas decisivas, los castigos dolorosos, las horas de silencio en rincones apartados soñando con una vida distinta a esa. Y ahora que había conseguido una vida fuera de aquel lugar no se sentía menos desdichado o más libre. Jericho reflexionó por un momento si no estábamos condenados a sufrir las mismas carencias durante el resto de nuestros días bajo el cielo.

Ya que había llegado hasta allí no desperdiciaría la ocasión para revisar el lugar y comprobar mejor su historia, aunque sin esperanza alguna de descubrir alguna información que aclarase las sombras de su pasado. Durante mucho tiempo se mantuvo alejado de aquel lugar, pero imaginaba que el personal debía haber cambiado mucho a lo largo de los años y no reencontraría a la madre superiora Darla ni a nadie capaz de reconocerlo. Eso le daba una momentánea ventaja. Nada perdía con introducirse allí.

Al entrar fue recibido por un portero al cual le pidió hablar con algún encargado del orfanato, pero sin darle mayores detalles sobre su presencia allí. El hombre le pidió a una joven novicia que justo pasaba por allí que ayudara a ese visitante en busca de información, a lo cual ella accedió saludándolo directamente y preguntando la razón de su visita. Jericho observó que la joven en cuestión era una muchacha muy atractiva. "Nada mal para tratarse de una monja, lo cual es una verdadera lástima". No obstante, omitió sus pensamientos y en cambio, haciendo gala de un falso carisma para ganarse su confianza, manifestó:

—He llegado hasta acá guiado por la nostalgia —declaró Jericho, mezclando la verdad indistintamente con la mentira—. Yo fui un antiguo residente del orfanato. Aquí crecí y me crié, probablemente cuando usted también era una niña incapaz de imaginar que trabajaría aquí. Me gustaría recorrer las instalaciones para comprobar cuánto ha cambiado y quizá hablar con la madre superiora que rige el orfanato si no se encuentra muy ocupada.

—Comprendo, es adorable que venga animado por sus recuerdos —respondió la novicia con ingenuidad—. Supongo que comprende que la actual madre superiora es otra persona distinta a la que usted conoció. La que hoy rige el orfanato apenas lleva siete años trabajando aquí.

—Lo entiendo perfectamente —apoyó Jericho—. Pero probablemente conserven algunos archivos sobre antiguos residentes. Me gustaría conocer el paradero de un amigo mío.

—Muy noble por su parte —celebró la novicia—. La mayoría de los niños que crecen en sitios como este prefieren crecer creyendo que todo ha sido horrible y que no vale la pena recordar a nadie de las personas con quienes compartieron tanto. ¿Cómo dijo que se llamaba?

—No lo he dicho aún —admitió Jericho—. Mi nombre es Spencer. Y tiene razón, la mayoría se conforma con olvidar. Pero a mí me gusta recordar. Eso me mantiene despierto.

La joven no comprendió las palabras de Jericho, pero le dedicó una radiante sonrisa.

—Me gustaría guiarlo personalmente —se excusó la novicia—, sin embargo tengo mucho trabajo por hacer con los niños. Espero que me disculpe si no puedo seguir acompañándolo. Pero creo que no habrá problema en que pasee por el orfanato. Supongo que recuerda donde queda la oficina de la madre superiora. Allí la encontrará. Tan solo preséntese y expóngale las razones de su visita. No me queda

duda de que, al escucharlo, con gusto le atenderá y le proporcionará la información que tenga a su alcance.

—Descuide, no quiero quitarle más tiempo —refirió Jericho a modo de despedida—. Ha sido usted muy amable.

Una vez concedido este permiso, Jericho se introdujo en el orfanato y fue saludado por quienes trabajaban allí a medida que los encontraba. Jericho imaginaba que, para fortuna de los niños que allí se encontraban, el personal era tan amable como solía serlo durante la época en que trabajaba la hermana Geraldine. Quizá los tiempos habían cambiado y ya no había lugar para el horror en un sitio como ese. Resultaba reconfortante este pensamiento, al comprender que en cualquier época siempre habrá huérfanos necesitando un hogar donde vivir. Aprovechando que nadie se interpuso en su camino para interrogarlo de mala manera, y en cambio era correspondido con gestos corteses, Jericho se introdujo en una pequeña sala de registro para comprobar si conseguía información de su interés. Tras un breve vistazo a los documentos, según el orden cronológico en que habían sido clasificados, enseguida descubrió que no existían documentos fechados antes de 1954.

Pese a esto, Jericho no se sentía particularmente decepcionado. Se dispuso a subir al piso superior donde se hallaba la oficina de la nueva madre superiora. Al llegar, reparó en que ni ella ni nadie estaba ahí. Le resultaba providencial esta ausencia para así ejecutar una pesquisa rápida en el caso de que hubiese algún documento de su interés. Pero, tal como sucedió con la habitación del registro, no consiguió ningún documento demasiado antiguo, ni mucho menos datado durante los años de su llegada al orfanato. Cuando salió de la oficina se topó con la madre superiora, quien lo miró con extrañeza, pero sin demostrar miedo o enojo. Jericho se presentó del mismo modo que lo hizo anteriormente con la joven novicia que lo había dejado entrar e igualmente la encandiló con su encanto improvisado, con lo que logró que lo invitase a su oficina formalmente para hablar. A ella también le aseguró que su nombre era Spencer.

Sentados el uno frente al otro, la madre superiora le preguntó respecto a sus años en el orfanato y Jericho le dio respuestas cortas, sin darle detalles que revelasen demasiado sobre sus sentimientos al respecto.

—Deben revolverse muchas emociones en su interior al estar aquí —exclamó la madre superiora—. ¿Le parece muy distinto el lugar a cómo lo dejó?

—No ha cambiado mucho —observó Jericho—. En efecto son muchos recuerdos. Pero se siente mucho más cálido hoy en día y eso es una ventaja para los niños que vivan aquí.

La madre superiora no comprendió del todo este comentario, pero le resultaba curioso y hasta cierto punto le entusiasmaba hablar con un antiguo residente.

—Me agrada que tenga una buena impresión después de tanto tiempo —refirió la madre superiora, como una clara demostración de que interpretaba las palabras de Jericho según sus propios deseos—. Mejor que nadie comprendemos lo que se siente al crecer en un orfanato. No es una experiencia fácil, pero es lo más cercano que un niño huérfano tiene de experimentar lo que se siente formar parte de una familia.

Evidentemente Jericho no estaba de acuerdo con esta apreciación basándose en su propia experiencia, pero de nada serviría contradecirla. Ella no tenía la culpa de los desmanes que otros en su misma posición cometieron antes. Pero estas palabras le servirían como señuelo para formular las preguntas que deseaba hacerle.

—Es una forma de verlo —concedió Jericho—. En ese sentido, aquellos niños junto a los cuales crecemos se convierten en nuestros hermanos y el abandono de nuestros padres es semejante para todos. Nos reconocemos en la soledad y nos reconfortamos en la consciencia de que, al menos, convivimos junto a otros capaces de comprender nuestro dolor. Es una lástima que luego perdamos el contacto con esos hermanos que nos ha dado la vida.

—Es una pena —concedió la madre superiora, maravillada por las lúcidas reflexiones expuestas por Jericho—. ¿Y no ha intentado buscar a alguno de esos hermanos?

—Lo he intentado —aseguró Jericho—. De cierto modo es una forma de buscarme a mí mismo. Por ejemplo, uno de mis grandes amigos en el orfanato era un chico llamado Nathan. Hay ocasiones en que lo recuerdo y me gustaría saber qué ha sido de él. A veces pienso que quizá algunos de nosotros lograron conseguir a sus verdaderos padres o aclarar los aspectos de nuestras historias que han quedado ocultos. ¿Existe algún registro de los que vivimos aquí en ese tiempo? Si dispusiera de mayor información cabría la posibilidad de poder encontrar a ese amigo mío. Se llamaba Nathan Jericho, ¿de casualidad ha leído alguna vez un documento relacionado con él?

La madre superiora hizo un visible esfuerzo por intentar recordar, pero negó con su cabeza:

—No he leído ningún registro de ese nombre, ni nada que me lo remita. No es un apellido común y lo recordaría enseguida de haberlo escuchado con anterioridad. Lamentablemente, solo conservamos registros muy recientes. Aparentemente se perdieron gran parte de esos registros en algún momento de la historia del orfanato. Ojalá pudiera servirle de mayor ayuda.

No había razones para sospechar de sus palabras. Jericho era experto en descubrir los gestos mínimos en rostros, manos y en el resto del cuerpo para sospechar cuando alguien estaba mintiendo. En cambio, la madre superiora demostraba franqueza en su preocupación por no ser capaz de satisfacer las dudas de un antiguo huérfano en busca de respuestas.

—No se preocupe por ello —correspondió Jericho—. Agradezco mucho que me conceda parte de su tiempo para hablar y por dejarme visitar las instalaciones. Eso ha sido suficiente. En todo caso, me gustaría hacerle otra consulta. En el tiempo durante el cual viví en este lugar, el orfanato era presidido por una madre superiora que respondía al nombre de Darla. ¿Tampoco queda registro de ella? Me gustaría contactarla y agradecerle personalmente por todas sus atenciones conmigo. No la he olvidado a pesar de los años.

—Es un hombre de afectos profundos —dijo la madre superiora con cierta extrañeza al escuchar un comentario aparentemente positivo sobre la antigua rectora del orfanato, pero intentó disimular su sorpresa para no parecer descortés con su interlocutor—. En efecto, sí tengo referencias sobre ella. Puedo proporcionarle su residencia actual. Al principio tuvimos que contactarla un par de veces por mera formalidad en cuanto a detalles concretos sobre las instalaciones. Vive en el estado de Texas. Dallas, para ser exactos. Le anotaré en un papel la dirección con exactitud.

Al escuchar que Darla vivía en Dallas, Jericho sonrió para sus adentros. Le parecía muy apropiado que una mujer como aquella viviera los últimos días de su vida en el estado más derechista y fanático del país.

—Se lo agradezco mucho —dijo Jericho a la madre superiora al recibir de sus manos la hoja sobre la cual había escrito la dirección de Darla—. Cuando tenga un tiempo libre viajaré hasta allá para ayudarla. Le mandaré sus saludos.

—¡Oh, descuide! —desestimó la madre superiora, dando a entender con esto que no le simpatizaba esa mujer—. No creo que ella quiera escuchar recados de mi parte. Ya sabe cómo les pega la edad a algunas personas, especialmente cuando se sienten desplazadas. Pero es inevitable, el tiempo pasa y no podemos permanecer siempre en un mismo lugar. A algunos les cuesta aceptar los cambios. Aun así, espero que le vaya muy bien y que consiga encontrar a su amigo. Quizá Darla pueda ayudarle.

—No me queda duda de que ella me dará algunas respuestas —recalcó Jericho con un dejo de misterio en su voz, prácticamente imperceptible para la monja bonachona—. Fue un placer conocerla. Cuide mucho de los niños a su cargo. Recuerde que incluso cuando crezcan recordarán todo lo que les haya ocurrido. A veces pueden portarse muy mal, como es natural, pero tan solo necesitan un mínimo gesto de gentileza que les recuerde que alguien se preocupa por ellos.

La madre superiora correspondió su consejo con una amplia sonrisa:

—Gracias por sus palabras. Las tendré en debida cuenta.

Aunque no lo demostrase, Jericho quería abandonar aquel lugar cuanto antes. Se despidió de la madre superiora y con rapidez aceleró sus pasos para dejar atrás el recinto que le traía tan amargos recuerdos. Al menos se iba con la satisfacción de tener una dirección donde sorprender a la vieja bruja

causante de algunos de sus peores días. Leyó el papel donde le habían anotado la dirección y, tras memorizarlo, lo arrojó en una alcantarilla. Nada mejor para reconfortar un ánimo quebrado que la perspectiva de una ansiada venganza.

***

Al llegar a su apartamento suspiró aliviado por encontrarlo vacío, sin rastro de Lilian o del dinero con la respectiva nota que puso sobre la mesa. Jericho temía que al regresar Lilian siguiera allí decidida a no dejar su apartamento y a permanecer a su lado. A pesar de su carácter y autoridad, Jericho no estaba completamente seguro de si ejercería su voluntad para obligarla a obedecer sus deseos en el caso de haber tenido que confrontarla directamente. Mentalmente estaba muy agotado para lidiar con ese asunto. Por lo tanto, agradeció que Lilian entrara en razón. Sin embargo, una parte recóndita de él abrigaba el deseo de que ella continuara allí para el momento de su regreso.

Para aligerar sus tensiones y sopesar la ruda impresión que pesaba en su ánimo tras haber recorrido el orfanato después de tantos años, procedió a servirse un whisky doble con hielo y seguidamente sentarse en su butaca. Al hacerlo recordó el desperfecto de la cerradura y lanzó una maldición, acordando luego que se ocuparía de ello en las próximas horas. Mientras tanto necesitaba quedarse quieto y limitarse a no hacer nada, absorto en la contemplación de los recuerdos recientes de su visita al orfanato comparada con sus brumosas memorias pasadas en torno a ese mismo lugar.

Todo era tan distinto... y al mismo tiempo nada había cambiado para él. Jericho no soportaba aquel lugar opresivo así como el hecho de que aquellos muros fueran el primer testigo de sus pesares y tristezas. Pero nunca lo sintió como un refugio, ni fue capaz de reconocerlo como algo similar a un hogar. Su reconocimiento tan solo inspiraba terribles pensamientos que enseguida le revelaban sus peores y más grandes odios. Por un momento consideró que había sido una idea terrible visitar aquel lugar y no era ni remotamente sorprendente que no hallara información alguna relacionada con un registro que indicase cuándo había llegado al orfanato y quién lo trajo. ¿De verdad esperaba un hallazgo distinto a ese?

Pero ahora contaba con una dirección por la cual recomenzar sus pesquisas en torno a su pasado. El paradero de la madre superiora Darla podría arrojar luz sobre las dudas que explicaban su historia. Era un comienzo. En ese sentido, se veía a sí mismo en una encrucijada, en el momento más importante de su carrera como detective, enfrentándose a dos casos que exigían toda la disciplina de su entrenamiento así como las habilidades que afinaban su intelecto y astucia. Más que en ningún otro momento de su vida, debía dar lo mejor de sí como detective, pero también como hombre. Toda su vida había sido dispuesta para ponerse al frente de esa encrucijada. Un caso profesional y otro de carácter personal, aparentemente disímiles entre sí, pero que para él comenzaban a alzar las tramas entrelazadas de un laberinto que lo rodeaba. Como muchas veces había leído y otras tantas veces se repetía: solo la verdad lo haría libre.

La sombra espesa de su amarga melancolía lo rodeaba por completo, a medida que descargaba el contenido del vaso a través de su garganta. La sensación del whisky ardiendo en ella lo mantuvo atado al presente. Solo el acto mecánico de alzar el brazo para llevar el vaso hasta sus labios era la única señal de vida en su cuerpo, ya que incluso su mirada perdida había dejado de precisar los contornos de su realidad circundante para dejarse absorber por las instantáneas que desfilaban en su mente, donde pasado, presente y futuro, con el peso de sus anhelos, terrores y expectativas, se mezclaban sin pudor hasta crear un monstruo que atenazaba su fuerza de voluntad.

Justo entonces sonó el teléfono y Jericho volvió a la realidad. Superado el sobresalto inicial producto de su concentración, puso el vaso de whisky sobre la mesa y se puso de pie para atender el teléfono:

—Hola, ¿quién habla?

Debido a su agobio se había saltado las formalidades de presentarse con su nombre cuando atendía una llamada. Al otro lado de la línea solo escuchó una respiración. Jericho repitió su pregunta y finalmente obtuvo una respuesta:

—Necesitaba asegurarme que se trataba de su voz, disculpe.

¡La voz de Idaho! Jericho se quedó mudo sin saber qué decirle, ya que eran muchos los reclamos atragantados en su garganta. No obstante, se contuvo y decidió conducirse con cortesía no sin asomar parte de su enojo:

—Pensé que no volvería a llamar —confesó Jericho—. O quizá consideraba que a estas alturas ya estaría muerto.

—Es un hueso duro de roer —halagó Idaho—. Harían falta muchos más recursos de los que han puesto en su contra para acabarle. Por eso confío en usted. Es una lástima que no pueda decir lo mismo de mí. Pero comprendo si está enojado. No obstante, no tenemos tiempo para molestias, así que pasemos directamente a la reconciliación: cuénteme los avances que ha conseguido.

Nuevamente el verbo persuasivo de Idaho con su tono de voz confidente lo invitaba a calmarse, a darle la falsa impresión de que nada había sido tan grave a como lo percibía con anterioridad. Pero esta vez Jericho no daría su brazo a torcer y le exigiría a Idaho sus demandas con mayor ímpetu:

—Espere un momento, Idaho —advirtió Jericho—. No podemos continuar de este modo. Necesito una alternativa para contactar con usted: una dirección, un número fijo de contacto, lo que sea que me permita buscarle en caso de una emergencia o para prevenir que vuelvan a suceder cosas como las que he vivido desde que estoy al frente de este caso.

Jericho procedió a hacerle un recuento de los más recientes acontecimientos, explayándose en la descripción de la emboscada que sufrió durante su visita al supuesto domicilio de Bernard Whitmore. Idaho no interrumpió su narración, tan solo carraspeaba de vez en cuando para indicarle a Jericho que seguía allí escuchando todo cuanto decía.

—Creo que ahora comprende perfectamente porqué se trata de un caso delicado —subrayó Idaho—. Es arriesgado que sepa demasiado. Pronto nos reuniremos con mayor calma. Hasta ahora ha hecho un excelente trabajo.

—Y sin ninguna recompensa visible —destacó Jericho—. Nuevamente le pido que no cuelgue la llamada sin antes dejarme información de contacto. Solo haré uso de ella en caso de emergencia.

—De acuerdo —aceptó Idaho—. Le daré lo que me pide: un número telefónico. Pero tal como dijo, solo debe marcarlo en casos de verdadera emergencia. Por lo general nos conviene que sea yo quien entre en contacto con usted cuando lo considere seguro.

Idaho le dictó el número de teléfono para seguidamente indicarle especificaciones muy claras sobre los días y horas en que debía realizar estas llamadas. Jericho escuchaba atentamente sus indicaciones.

—Así lo haré —aseguró Jericho—. Llamaré solo cuando lo considere necesario.

—Estupendo —aceptó Idaho—. Es muy importante que ninguna otra persona tenga conocimiento de este número, bajo ningún concepto. Estoy depositando mi confianza en usted, aunque no me conozca lo suficiente para saber cuán difícil es lograrlo.

—No se preocupe —lo tranquilizó Jericho—. su número de contacto está muy bien almacenado en mi memoria. No necesito anotarlo para aprendérmelo. Yo nunca necesito apuntar las cosas. Por lo tanto, no habrá rastros de él si registran el lugar.

—Ese no es el problema al que apunto —afirmó Idaho—. Siempre existen otras formas de extraer información y usted lo debe saber muy bien. Conozco sus talentos y no tengo duda de ellos.

Antes que Jericho pudiera replicarle preguntando cómo sabía tanto sobre él, Idaho colgó la llamada. Seguía sin concederle las respuestas fundamentales para comprender mejor lo que ocurría a su alrededor, pero le reconfortaba disponer de un número telefónico que le permitiera contactarlo. Y aunque no esperaba hacer uso del mismo, tal información bastaba para calmar su ansiedad

momentáneamente. En un mismo día había conseguido información valiosa y ya solo le quedaba reparar la cerradura de su apartamento para terminar de darle el mayor rendimiento a su jornada.

Abandonar el orfanato debería considerarse el mejor día de su vida. Las caras hastiadas de aquellos con los que ha convivido, las monjas cuyos rígidos rostros no desea ver nuevamente y los pocos compañeros de su generación que aún quedan despidiéndolo con gestos inseguros, probablemente alimentando el anhelo por el día cercano en que a ellos les corresponda partir. Pero en ese instante, de pie frente a la puerta que da a la salida, Jericho se enfrenta a una dicotomía perversa: toda su vida estuvo esperando por ese momento y su ansiedad por dejar aquel lugar atrás, hasta que se lo tragara el olvido, era el pensamiento que aliviaba los pesares de sus noches de vigilia. Por otro lado, justo cuando ese instante estaba ocurriendo temía haber estado demasiado tiempo en aquel lugar como para acostumbrarse a conducirse con libertad en ese mundo abierto que se desplegaba a su alcance. ¿Añoraba su prisión cuando ya era libre de ella?

Imaginó a la madre superiora Darla postrada en el sillón de su despacho, lamentando no haberle dado mayores y peores castigos antes de irse. Jericho le dedica una última mirada al lugar. El imponente edificio corresponde su indignación con su quietud indiferente. Jericho entonces se voltea, sin mirar atrás, jurándose a sí mismo que jamás volverá bajo ninguna circunstancia a caminar sobre ese piso tan odiado ni recibir la sombra de ese techo maldito. ¡Cuán frágiles son las promesas que nos hacemos a nosotros mismos motivadas por el ardor de la imprudente juventud!

Tras mucho sudor y esfuerzo había conseguido reparar la cerradura, sin necesidad de instalar una nueva. Vestía una camisa manga corta y un pantalón holgado, indumentaria reservada para cuando ejecutaba oficios de este tipo. El agotamiento producto de este trabajo le hizo recostarse un rato sobre el suelo frío de su apartamento. Tal sensación lo calmaba. Se concentró en sosegar su respiración. Una de las cosas que le gustaba de los trabajos manuales era esa paz posterior por la satisfacción del trabajo concluido. No podía decirse lo mismo de aquellas tareas que demandaban exprimir el intelecto. Esa clase de cansancio no consigue reposo en la inactividad y en cambio se siente estimulado a expandirse cuando nos mantenemos en extrema quietud.

Con perplejidad observa su licencia aprobada para ejercer funciones como detective privado. No porque no la merezca después de toda su dedicación y entrenamiento para formarse como un excelente investigador, sino porque incluso al paso de los años se ha vuelto adicto a dudar de cualquier acontecimiento destinado a hacerlo sentirse dichoso.

Se dice a sí mismo: "miren hasta donde ha llegado el chico del orfanato". No tiene nadie con quien compartir su alegría. Sus colegas y conocidos, que muy poco o nada saben sobre su historia personal, no entenderían el vértigo que lo invade. Porque cuando alguien acostumbrado a la desgracia confronta un momento de realización personal es como si caminara al borde de un abismo con la esperanza de caerse.

Vivir la vida es mucho más difícil de lo que suena afirmarlo. Pero como en ningún otro momento de su existencia se siente preparado para abordarla. Una mano le extiende el contrato de alquiler del espacio destinado a convertirse en su residencia y oficina al mismo tiempo. Lo firma sin errar su pulso. Nuevamente esa oleada de vértigo crece en su pecho. Si se lo permitiera tendría la fuerza para derribarlo.

Pero nadie lo hará caer, no habiendo llegado hasta ese punto. Observa el apartamento vacío e imagina aquellos elementos que hacen falta para acondicionarlo. Es inevitable dejar que crezca el optimismo y posea su espíritu. La juventud se halla en su punto climático. Su energía es a prueba de derrotas. Está preparado para enfrentarse al mundo y obtener respuestas.

Jericho se reincorporó del suelo cuando dejó de sentir la textura fría de su superficie siendo sustituida por la calidez que le había otorgado su propio cuerpo. Gracias a la llamada de Idaho había conseguido dejar de concentrar su atención exclusivamente en las memorias del orfanato y la pesadumbre consecuente tras su visita. Se halló pensando en esos tiempos en que fingía no preocuparse por su historia. Atrás quedaba el tiempo en que su ánimo era victorioso y creía haber olvidado las

heridas del pasado. Pero con el paso del tiempo fue asumiendo la valentía de no engañarse. Le seguía doliendo hondamente tanta incertidumbre. Desde entonces no había conseguido respuestas y, en cambio, se incrementaban las preguntas, pero si había algo que compartiese actualmente con los años más nobles e inocentes de su fe juvenil era que no se detenía a pensar en lo imposible que era conseguir lo que buscaba. Agotaría hasta el último intento no solo para resolver el caso que le ocupa sino para descubrir quién era él realmente.

Capítulo 8

Controlar los impulsos es una de las primeras lecciones que aprende un detective, y cuando se rehúsa a hacerlo recibe lecciones inolvidables que le hacen reconsiderar su terquedad. Para Jericho era un trabajo casi diario mantener a raya sus impulsos y atemperar su instinto con la solidez de su sentido común así como los mecanismos de su agudo intelecto. Quienes lo habían conocido, a duras penas porque nadie podría asegurar conocerlo realmente, eran incapaces de verificar esta batalla interna que Jericho libraba a diario entre su plausible afición a la lógica para evitar conclusiones apresuradas y el contrastante furor que alimentaba su impaciencia por obtener lo que quería tan pronto como se lo permitiesen las circunstancias.

Luego de la llamada de Idaho, y tras haber conseguido que este accediera a sus peticiones de facilitarle un número de contacto, Jericho tuvo que contener sus imperiosas ganas de llamarlo para abordarlo con la infinidad de cuestiones que aún suscitaban el recuento de peligros padecidos en carne propia mientras se encargaba de cumplir las misiones que este encargaba. Pero Jericho se obligaba a meditar mejor sus necesidades para preguntarse si realmente necesitaba llamarlo o simplemente actuaba movido por el capricho.

Por su parte, Jericho también controlaba el ejercicio de sus habilidades como investigador intentando rastrear el teléfono para ver si con ello conseguía información extra sobre su cliente en cuanto a detalles más concretos sobre su identidad. Pero enseguida se le antojó una mala idea. En primer lugar, no era ético atentar contra la privacidad y confidencialidad de un cliente. A su vez, si sus investigaciones estaban siendo interceptadas por enemigos con suficientes recursos para vigilarlo, lo cual no era una afirmación descabellada contando con el incidente en casa de Bernard Whitmore, si osaba dar con el paradero de Idaho traicionando su confianza, involuntariamente cabía la posibilidad de que ayudara a sus hipotéticos enemigos a que lo alcanzaran por su culpa. Lo conveniente era esperar órdenes.

Entretanto le resultaba irónica su disposición a mantenerse sumiso y obedecer todo cuanto Idaho ordenara. Para alguien que le gustaba ser detective porque le permitía conducirse con libertad y por lo tanto siempre se burlaba de las figuras de autoridad, razón por la cual a lo largo de su vida evitó enrolarse en fuerzas armadas o entrenarse como policía precisamente por desagrado a esa actitud de subalterno, se hallaba ahora trabajando en una situación similar por primera vez con un cliente. Pero su intriga y afición a la adrenalina eran aún mayores que la ambición. El dinero nunca fue su principal motor de acción como detective, aunque muchas veces así lo hiciera creer a los demás y aprovechase la situación para sacar mucho más dinero del que le ofrecían. Su mayor motivación siempre había sido la búsqueda de la verdad y la manera en que cada caso lo confrontaba con esa necesidad de hallar el fondo último de algo que había permanecido en las sombras para traerlo de vuelta a la luz, a pesar de las consecuencias.

Hablar con Idaho apenas supuso un chispazo de esa verdad por iluminar y Jericho estaba muy ansioso al imaginar cuál sería el próximo paso a seguir. Ya había robado un documento cifrado de una biblioteca pública y a su vez dio con el paradero de un anciano que supuestamente Idaho daba por perdido. Cada nueva misión traía interrogantes y trampas, por lo cual temía arriesgar su pellejo con mayor gravedad en la próxima ocasión, pero al mismo tiempo deseaba entrar cuanto antes a la zona de fuego. De este modo, para calmar su impaciencia, Jericho tomó la decisión de salir a la calle. No supo bien por cual razón, pero era como si un presentimiento le recomendara no permanecer encerrado en su apartamento el resto del día, como si allá afuera le esperara una señal que no debía dejar pasar por alto.

Jericho no era un hombre supersticioso, ni tampoco creyente de religión alguna. Haber crecido en un orfanato bajo la estricta disciplina de las monjas le hizo odiar los dogmatismos de la religión católica, así como los preceptos cristianos que celebraban el dolor y se cebaban en la culpa, al menos tal como se le figuraban conforme a sus referentes. No obstante, cuando le sobrevenía un

presentimiento lo atendía sin reservas, ya que en otras ocasiones estos demostraban conducirlo a revelaciones o situaciones de gran importancia bien para la resolución de un caso en el que se encontraba trabajando o para el cumplimiento de un objetivo personal.

Por lo tanto, Jericho se lanzó a la calle enfundado en su abrigo y cubriendo su cabeza con su sombrero predilecto para perderse entre la multitud y confundirse indistintamente entre la masa humana que seguía su propio rumbo bajo el ritmo de sus rutinas individuales. A diferencia de otras ocasiones, optó por caminar por calles concurridas. No intentaba esquivar el fluir humano y en cambio se complacía en formar parte de este por voluntad propia. No tenía prisa, pero tampoco se detenía. Se limitaba a caminar junto al resto de las personas, quienes sí llevaban rumbos predeterminados y, para no ser atropellado por la masa indetenible, fingía contar también con un lugar al cual llegar con prontitud. En ocasiones cambiaba de acera o incluso se devolvía caminando en el sentido contrario al cual guiaba sus pasos minutos antes. Quería seguir caminando hasta cansarse y volver nuevamente a su apartamento cuando se aburriese de tal actividad.

En algún punto del camino, Jericho se detuvo en una tienda de sombreros. No le inspiraba suficientes ánimos de entrar, pero se contentaba con observar aquellos que se exhibían en la vitrina. Aceptó que algunos eran mejores que el que lleva puesto, el cual ya había recibido el maltrato de los años. Pero le tenía cierto apego y casi podría llamarlo su amuleto de la suerte. A pesar de ello, por un momento consideró la posibilidad de introducirse a comprar alguno de esos. No era una mala idea y aún tenía suficiente dinero del que había ganado gracias al caso resuelto hace unas semanas. Tras mucho pensarlo, de pie observando su reflejo en la vitrina, finalmente tomó la resolución de que lo haría cuando culminase el caso de Idaho y, en ese sentido, sería su último caso resuelto con ese sombrero.

Cancelado su vago intento de compra, Jericho se dispuso a seguir caminando, pero se detuvo cuando su mirada se topó con la presencia de un joven en la acera del frente. Aunque sucedió muy rápido, al voltear en dirección a este, sin haber notado antes su presencia, creyó percibir que lo observaba fijamente antes de girar su cabeza hacia otro lado y aparentar un semblante de casual distracción. Esto hizo que sus sentidos se agudizaran y también asumió la misma actitud para corroborar sus sospechas, concediéndole discretas miradas de reojo. Su aspecto físico era corriente, como uno de esos hombres cuyo rostro y cuerpo impersonales se parecen a tantos otros y no generan una distinción significativa para que los recordemos después de haberlos visto. Ni muy alto, ni muy bajo. No excesivamente gordo, pero tampoco particularmente delgado. Un hombre de la medianía. Su indumentaria también era corriente, pero el único aspecto disonante que atraía su mirada sobre él era su maletín de cuero negro, el cual sostenía de un modo gracioso con una mano mientras que la otra la dejaba puesta dentro de su bolsillo.

Quizá porque se supo visto o porque simplemente debía irse, el hombre se dispuso a caminar un trecho y luego dirigió sus pasos para cruzar hacia la acera en la cual Jericho se encontraba de pie frente a la vitrina de la tienda de sombreros. Algo en su manera de caminar le resultaba llamativo y mantuvo alerta su atención al ver como sus pasos demostraban un vaivén poco armónico debido a la forma en que continuaba sosteniendo el maletín con una mano sin sacar la otra del bolsillo, tal como lo hizo cuando estaba de pie y sin moverse. A Jericho se le antojó un modo incómodo de conducirse por la calle, lo cual incrementó su intriga respecto a su presencia. Cuando el joven estuvo en la acera donde él se hallaba, caminó en dirección a él. Para evitar darle la impresión de que estaba vigilándolo, y mucho menos esperándolo, Jericho nuevamente se mezcló entre la gente y caminó en dirección contraria. De este modo no tardarían en pasar el uno al lado del otro en cuestión de segundos.

Todo resultó improvisado y, al mismo tiempo, se ejecutó como si estuviera planeado, aunque Jericho se dio cuenta segundos antes de que se efectuara. El hombre caminaba en dirección a él, como era natural ya que caminaban en sentido contrario, pero enseguida notó que este no trazaba una curva para apartarse y evitar tropezar, sino que en cambio parecía buscar un choque directo. Jericho estuvo a punto de moverse, pero entonces el joven le dedicó una mirada cómplice y sacó su mano del bolsillo,

revelando que llevaba una hoja doblada en la mano, lo cual enseguida fue interpretado por el detective como un llamado directo a continuar caminando en la misma dirección. Se dejaría llevar por la situación y se mantuvo en la misma línea de recorrido que el joven, con la finalidad de “tropezarlo”. Cuando esto sucedió, a efectos del falso choque entre ambos, Jericho percibió el trozo de papel doblado que se abría paso entre sus manos. No dudó en sostenerlo con fuerza para evitar que se cayese, a la vez que el roce del hombre se sintió rudo e intempestivo. Ya en posesión de la nota que había tomado directamente de sus manos, Jericho fingió darle un empujón al hombre cuando este volvió a poner su mano ya vacía dentro del bolsillo. Ambos musitaron unas disculpas apresuradas y cada uno siguió con su camino hacia una vía distinta evitando concederse una amplia mirada, ni mucho menos volteando luego a sus espaldas para comprobar sus respectivas coordenadas.

Dentro del bolsillo de su abrigo la mano de Jericho hecha un puño sostenía la nota que había recibido. Su corazón latía apresurado y no veía la hora en que pudiese estar a solas para comprobar con exactitud qué era aquello que le habían dado. Refrenó los tontos impulsos de detenerse en algún callejón para desplegar el papel y leer su contenido. No era prudente y consideró que lo mejor era aguantarse hasta llegar a su apartamento, cuando contara con la calma y soledad necesarias para evaluar el mensaje recibido.

Entretanto, Jericho se preguntaba: ¿quién había mandado a aquel hombre? ¿Era un mensaje de Idaho lo que escondía en su abrigo? ¿Cómo sabía que estaba allí? ¿Acaso lo habían seguido durante toda su caminata sin que se diera cuenta? Esta idea le pareció insoportable, ya que no era el tipo de hombre al que pudieran perseguir sin que no tardara en darse cuenta antes de que fuera demasiado tarde. Jericho temió que sus sentidos estuvieran fallando y que sus irregulares ratos de sueño en conformidad con sus periodos de insomnio mermaran sus facultades indispensables para estar alerta frente a cualquier amenaza. Necesitaba llegar cuanto antes a su apartamento para sosegar su ansiedad producto de este inesperado encuentro. Jericho recordó el presentimiento que horas antes le hizo salir de su vivienda. Ahora cargaba con un mensaje expreso y exclusivo para sus ojos. Quizá su nueva misión estuviera allí anotada.

Animado por la curiosidad, Jericho emprendió el camino de regreso a su apartamento apresurando sus pasos. Llegó al edificio en menos de diez minutos. Subió hasta este saltando los escalones de dos en dos y, cuando finalmente estuvo ya dentro, en el área de su oficina, abrió el papel en cuestión con afán, del mismo modo en que los niños se desesperan en romper la envoltura de un caramelo que quieren comerse. Al hacerlo descubrió que la nota había sido escrita a mano con letra clara pero curiosamente pequeña, para que no fuese leído a una distancia media, y necesariamente el hipotético lector tuviese que acercarla directamente a sus ojos para leerla: *Si lee esto es porque el mensajero ha cumplido con su trabajo. Soy el hombre al que buscaba cuando accedió a aquella casa en Charlottesville, donde estaba aquel anciano dormido y la enfermera con entrenamiento de combate. Le adjunto mi verdadera dirección. Estaré esperando su visita.*

Después de este mensaje se especificaba una dirección situada en las playas del estado de Florida, concretamente en la ciudad de Orlando, y al final del mensaje firmaba con un nombre distinto al de Bernard Whitmore. ¿Por qué decía que era a él a quien buscaba en realidad? ¿Quién era entonces el anciano? Sin duda había conseguido su próxima misión para avanzar en el caso.

No se habían presentado movimientos sospechosos en su apartamento desde la intrusión de aquel hombre en nada relacionado con su caso actual, pero Jericho extremaba las precauciones contemplando todos los potenciales escenarios. Convenía dejar el menor rastro posible y atender con mayor detenimiento las acciones propias para no dar ocasión a descuidos lamentables. Una vez leída la dirección, esta ya era retenida en su memoria al igual que el resto del mensaje, por lo cual procedió a quemarla y dejar los restos dentro de una papelera.

Efectuada esta operación, Jericho comenzó a meditar en qué momento era apropiado realizar ese viaje hasta Florida. Luego pensó que Idaho debía enterarse de ello antes. ¿Le avisaba llamando al número de contacto? ¿Tal mensaje contaba como una emergencia? Era fundamental pensar

detenidamente antes de realizar esa llamada, ya que el mensaje recibido estaba escrito directamente para él como una invitación directa con el objetivo de conocer a ese supuesto hombre al que buscaba en Charlottesville. Pocas veces en su trabajo como detective privado se había sentido tan desorientado y sin saber qué pasos seguir o cual era la manera apropiada de darlos.

Inevitablemente, debido a las implicaciones de esta nota inesperada, Jericho se hallaba inmerso en una maraña de pensamientos disímiles, intentando dar con los puntos de coincidencia que refrendaran una acción por encima de otra como la más adecuada para ser ejecutada en momentos de gran confusión. Pero sus reflexiones fueron interrumpidas al escuchar que alguien llamaba a su puerta con unos golpes controlados. Al escucharlo, Jericho se alegró de haberse encargado de arreglar la cerradura con prontitud, a pesar de todo el esfuerzo invertido, porque de otro modo cualquiera habría descubierto que era posible entrar con tan solo golpear la puerta y que esta cediera para dar paso a su entrada. Por la forma calmada en que llamaban a la puerta, Jericho infirió que se trataba de algún cliente nuevo y nadie excesivamente desesperado por entrar como podrían serlo Lilian o Idaho. Por lo tanto, se dispuso a abrir con expresión hosca, dispuesto a despachar a quien fuese alegando que no aceptaba más trabajos como detective por el momento. Sin embargo, sus suposiciones fueron contradichas de inmediato cuando al otro lado se topó con la cara bonachona y sudorosa de su colega detective Dick Sonnenfield, el cual, confiado por el tiempo en que se llevaban conociendo, entró sin esperar a ser invitado y lo saludó formalmente con un fuerte apretón de manos:

—¡Qué bueno encontrarte, Jericho! Ya veo que cumpliste tu palabra y no aprovechaste el último caso para tomarte un descanso.

Probablemente se refería a los surcos pronunciados de sus ojeras denotando noches expuestas a insomnio y malestar.

—Eres la persona que menos esperaba ver en este momento —admitió Jericho con un tono lacónico—. ¿Te sirvo un trago? Solo tengo whisky, pero, ¿quién necesita un vaso de otra cosa en estos días?

Dick solía ser un hombre acostumbrado a reír y corresponder las bromas que se le hacían, o que él mismo propiciaba, pero esta vez Jericho notó que lucía más serio que de costumbre, además de nervioso, como si algo le preocupara lo suficiente para no permitirse una de sus habituales chanzas.

—Solo estoy de paso —se excusó Dick—. No pretendo estar aquí mucho tiempo, pero necesitaba advertirte en cuanto me enteré de ello, para que no te agarre de sorpresa y tomes tus precauciones.

—¿Qué ha ocurrido, Dick? —preguntó Jericho desconcertado por tamaña introducción—. ¿Respecto a qué tengo que tomar precauciones? Ve directo al punto. Sabes que no soporto los rodeos.

—Quizá haya más, pero es lo que he conseguido averiguar en poco tiempo —advirtió Dick—. He sabido de buena fuente que el fiscal anda haciendo averiguaciones sobre ti y la forma en que trabajas, intentando recolectar pruebas para armar un caso en tu contra. Puede que esto no te parezca nada nuevo, porque ya lo ha sugerido antes sin llevarlo a cabo, pero esta vez se le ve mucho más animado al respecto.

—¡Nierenberg, viejo zorro! —masculló Jericho refiriéndose al fiscal—. Ese hombre no descansará hasta perjudicarme. No soporta que triunfe con mis casos y lo deje pasando vergüenza. Pero no logrará ponerme las manos encima.

—No lo sé, Jericho —contrapuso Dick, menos confiado al respecto—. Nierenberg no es la clase de hombre que hace alardes de nada sobre lo cual no se sienta seguro. Probablemente haya recolectado pruebas significativas para armar un caso sólido en tu contra. No descartes la posibilidad de que haya dado con algo. Te aconsejo que tengas mucho cuidado en lo sucesivo. Lo peor que podrías hacer es subestimar su voluntad y recursos. Como adversario, Nierenberg puede llegar a ser extremadamente perjudicial.

Aunque Jericho escuchaba a su colega sin interrumpirlo, tenía otra opinión al respecto, así como otros asuntos más urgentes de los que preocuparse. Nierenberg siempre había criticado al detective por sus métodos poco ortodoxos para conducirse como tal, pero a pesar de sus acusaciones nunca había

conseguido pruebas reales que ratificasen sus sospechas. Por lo tanto, hizo un gesto con sus manos desestimando la importancia de la advertencia.

—Agradezco que me hayas avisado —afirmó Jericho—. Y no dudo de la información que me has proporcionado. Pero personalmente creo que el fiscal siempre ha sido uno de esos perros que, aunque no ladren, tampoco son capaces de dar una mordida fatal. Lo que sea que tenga contra mí no se sostendrá y yo me reiré nuevamente en su cara por su bochorno.

Tras escuchar estas palabras confiadas y mordaces, Dick prefirió no seguir insistiendo habiendo cumplido con su parte y se despidió. Jericho lo acompañó hasta la puerta y luego la cerró a sus espaldas.

—¡Maldito, Nierenberg! —exclamó Jericho a solas—. Lo menos que quiero en este momento son tus ojos vigilándome. ¡Lo que me faltaba! ¡Que quiera meterme preso! Eso solo complicará los problemas que ya tengo.

Capítulo 9

Florida, 1968.

El traqueteo del tren lo mantuvo alerta en un viaje, por añadidura, largo e incómodo. En vez de abordar un tren comercial, lo hizo en uno de mercancías a un menor costo y con mejores posibilidades de mantenerse encubierto. Las molestias menores no valían tanto como su seguridad, así que se resignó a aguantar las horas que le quedaban antes de llegar a las playas de Florida, donde esperaba encontrarse con el verdadero hombre de la foto proporcionada por Idaho. Para sobreponerse mejor al tedio del recorrido se consolaba imaginando que cada kilómetro superado se traducía en un paso más cerca de la verdad. Quizás no conseguiría información relevante de ese hombre, tal como advirtió Idaho cuando le hizo la encomienda de ubicarlo, pero la mínima oportunidad de que tuviera algo importante que decirle bastaba para emprender el viaje.

En ocasiones, cuando el tren se detenía para descargar o recoger mercancía en alguna de sus paradas, Jericho se sentía sofocado y con deseos de bajarse. Pero prefería permanecer allí dentro para evitar perderlo en el caso de que luego no recordaran que se le había permitido subir porque el chofer del mismo le debía un favor. Jericho se rio de sí mismo al imaginar que pronto estaría en un paisaje paradisiaco como lo eran las playas de Florida a lo largo de la ciudad de Orlando, pero a diferencia del resto de las personas que llegaban hasta allá con la intención de pasar unas vacaciones que les permitiesen desconectarse de sus problemas y relajarse, a él le correspondía llegar por razones de trabajo y sin ningún instante disponible para experimentar esas “diversiones” que caracterizaban dicho lugar.

De cierto modo, viajar a Florida podía ser visto oficialmente como un viaje vacacional y así lo manifestaría ante cualquiera que preguntara su razón de estar allí. Daba la impresión de que, después de todo, si le había hecho caso al agente Sonnenfield y aprovechaba sus más recientes ganancias para invertir en un descanso pleno y absoluto. Esta visión era muy conveniente, especialmente teniendo en cuenta las atenciones extra que le estaba dedicando el fiscal Nierenberg para conseguir pruebas en su contra que consiguieran crear un caso con el objetivo de encarcelarlo. El fiscal no debía enterarse en modo alguno del caso en el que se encontraba envuelto actualmente, porque su intervención podría poner sobre aviso a quienes procuraban detener el avance de sus investigaciones. Jericho se sentía doblemente vigilado por enemigos omnipresentes; por un lado, el fiscal con sus recursos oficiales al servicio de sus ganas de hundirlo; y por el otro, los adversarios impersonales que llegaban antes que él adonde quiera que estuviera, probablemente controlados por los intereses de hombres poderosos que no dejarían ver su rostro.

Al tener que elegir entre dos problemas, Jericho prefirió concentrarse en las urgencias propias del caso en el cual trabajaba. Ya se ocuparía de Nierenberg en su debido momento o cuando alguna de sus acciones creara consecuencias directas. Horas más tarde dormitaba con los ojos cerrados apoyado sobre un saco de comida, sin caer en el letargo profundo, cuando uno de los hombres encargados de descargar la mercancía se acercó respetuosamente para hablarle:

—Disculpe que lo despierte. El conductor me ha encargado de notificarle cuando lleguemos a Florida. En quince minutos estaremos allí, para que se mantenga alerta. Es nuestra siguiente parada.

Con indiferencia, Jericho abrió los ojos y agradeció el aviso. Se dispuso a prepararse para bajar del tren. Tan solo llevaba una maleta con unas pocas mudas de ropa, dinero y algunos documentos falsos no relacionados con el caso con el fin de despistar si su equipaje se extraviaba o era robado. Quince minutos más tarde se apeaba del tren y apreciaba el cambio de ambiente comparado con la aburrida Illinois. El paisaje era digno de ser admirado y Jericho se detuvo a deleitar sus ojos con la visión lejana de las playas. Apenas era mediodía y el sol se hallaba en su cenit, por lo cual la superficie marítima lucía sus mejores brillos. Por un momento lamentó no poder haber llegado allí para bañarse en aquellas

playas y tomar el sol, pero, poco dado a los sentimentalismos, continuó su camino rumbo a la dirección que le indicaron, donde esta vez sí era esperado.

La dirección almacenada por su prodigiosa memoria lo condujo a una pequeña casita cerca de una playa poco concurrida, debido a los carteles de advertencia que indicaban tomar precauciones por el fuerte oleaje que presentaba esa zona concreta. Jericho comprobó enseguida que no eran exageradas las medidas de prevención. A pesar de estar a bastantes metros de distancia, la fuerza del mar era visiblemente aterradora en aquel lugar y deseó nunca estar allí durante una tormenta. Afortunadamente era un día soleado y tal ímpetu solo se presentaba como una amenaza distante. Su instinto le inspiró quedarse a esa distancia, como una figura visible si cualquiera se asomaba desde la casita, pareciendo un transeúnte y no un espía demasiado cercano. Si el hombre en cuestión realmente lo esperaba, lo reconocería al verlo y vendría a su encuentro. No estaba dispuesto a tocar la puerta y presentarse, temiendo que se repitiera un incidente semejante al de Charlottesville. Esperaría allí al menos media hora y si no se retiraría. Al igual que los carteles que solicitaban guardar distancia ante los posibles peligros de la mar embravecida, Jericho consideró que era adecuado mantener una prudente lejanía que le permitiera anticipar cualquier nueva tormenta en su camino antes de que se dispusiera a ahogarlo.

Se mantuvo de espaldas, con la vista fija al mar. Confiaba en sus instintos para percibir si alguien se acercaba, sin necesidad de voltear su mirada. Mientras más casual pareciera su presencia allí hasta no encontrarse directamente con la razón de su visita, mucho mejor en el caso de que alguien lo estuviera observando o sintiera curiosidad al verlo. Contaba mentalmente los segundos por inercia y sus músculos permanecían inmóviles concentrados en el estatismo al que los sometía en su espera. Justo entonces escuchó unos pasos acercándose a sus espaldas. Despertó en Jericho la dicha por haber obtenido respuesta afirmativa a su modo de obrar. Por el ritmo y frecuencia de los pasos, dedujo que se trataba de una sola persona la que se acercaba hasta su posición, alguien probablemente viejo cuyo lento caminar le impedía llegar con prontitud a los sitios deseados. Alguien incapaz de huir si la ocasión lo ameritaba, a diferencia de Jericho, con los reflejos siempre alerta para darse a la fuga o contraatacar al primero que diera un golpe. Con esas características concordaba con el tipo de hombre al cual pretendía conocer, el hombre correcto de la fotografía muchos años después de que esta fuera tomada.

Los pasos se acercaron y Jericho no cedió a la tentación de voltear su mirada, confiando en que el hombre lo alcanzara en cuestión de segundos. Cuando finalmente estuvo a su lado, una voz correspondiente a un anciano lo saludó:

—Me complace que haya decidido venir. ¿No le parece hermoso el paisaje?

—Es un estupendo mar —concedió Jericho—. También ofrece un espectáculo temible. No me gustaría quedar atrapado en sus aguas.

Jericho aprovecha este momento para contemplar al anciano y evaluar a su interlocutor con mayor detenimiento ahora que se encontraba a su lado. Sus movimientos eran inquietos como los de un niño al cual le cuesta obedecer las reglas que le han impuesto. En contraste, su mirada profunda denunciaba la experiencia de sus años, la mirada condescendiente y comprensiva de quien ha visto muchas cosas por lo cual comprende mejor a sus semejantes.

—Conozco a la persona que hizo posible este encuentro —adelantó el anciano—. Comprendo que usted trabaja para Idaho. ¿Le ha hablado con franqueza?

—Me ha hablado muy poco sobre nada en particular —admitió Jericho—. No sé hasta qué punto se me está permitido saber, ni si realmente Idaho autorizaría que yo me encuentre hablando con usted en lugar de él. Pero he venido porque me gustaría comprender mejor en que me estoy involucrando.

—Es comprensible y justo que quiera enterarse —concedió el anciano—. A estas alturas ya está demasiado involucrado y expuesto para su propio beneficio. Es mejor que sepa con qué está lidiando. Lo que forma parte de su investigación apunta a una serie de experimentos de vieja data cuyos registros han sido eliminados progresivamente desde hace unas décadas. Actualmente es casi imposible encontrar datos sobre ese proyecto y muy pocas personas podrían hablarle de ello.

—¿Un experimento? —repitió Jericho con extrañeza—. Se trata entonces de un asunto gubernamental. ¿Por eso es tan delicado y peligroso?

El anciano extrajo de su abrigo una carpeta, cuyo grosor indicaba que contenía numerosos documentos, y se la extendió a Jericho, quien, sin detenerse a abrirlos, procedió a guardarlos disimuladamente en su propio abrigo para ocultarlos.

—Revise con calma esos documentos —refirió el anciano—. Y no permita que caigan en manos ajenas a las suyas o las de Idaho. Encontrará allí comunicados oficiales en torno a ese proyecto prohibido, así como listas de nombres tachados que corresponden con personas relacionadas con su funcionamiento y ejecución. El proyecto en cuestión tuvo sus inicios durante la Primera Guerra Mundial, como una medida de prevención frente a la repetición de sucesos históricos similares en el futuro. Pero, como podrá suponer, el proyecto no dio frutos satisfactorios antes de que se desatara otra guerra aún mayor a escala global poco tiempo después. En resumen, algunos gobiernos respaldaron el proyecto, pero otros lo rechazaron tajantemente hasta que fue oficialmente cancelado.

Al decir la palabra “cancelado”, Jericho notó un énfasis particular que le previno sobre el hecho de que esto no significó el final verdadero del proyecto en cuestión.

—No fue solo un proyecto de carácter nacional, entonces —reflexionó Jericho—. ¿Qué gobierno ordenó su cancelación?

—El americano —respondió el anciano—. El proyecto Jericho fue cancelado durante la gestión de Truman en 1945.

—¿Ha dicho que el proyecto se llama Jericho? —preguntó ansioso, sintiendo que el corazón le daba un vuelco—. ¿Acaso sabe cómo me llamo?

Esta revelación lo desencajó por completo y Jericho comenzó a balbucear muchas preguntas simultáneamente. El anciano lo observó con un gesto de cansancio en su rostro.

—Ha sido suficiente información por hoy —se excusó el anciano—. Necesito volver a mi casa. Este mar siempre me agota. Pero no se preocupe, continuaremos nuestra conversación mañana, a la misma hora.

El tono no dejaba lugar a dudas de que la conversación había terminado, a pesar de los deseos de Jericho por retenerlo y animarlo a seguir revelándole secretos. Ahora que había accedido a una pequeña porción de la información no soportaba tener que esperar para saciar su curiosidad con lo que faltaba. Conforme se había abierto su entendimiento, el caso había dejado de ser una investigación que despertaba su intriga hasta ir revelando el carácter personal y directo que comenzaba a representar para él.

—Pero apenas hemos comenzado —lo detuvo Jericho—. Agradezco mucho toda la información proporcionada, pero necesito saber todo lo que haga falta. No me deje con tantas dudas.

—No desespere —aconsejó el anciano—. Llegó como un vaso vacío y ahora sabe un poco más que ayer. No intente llenarse por completo. Concédase un tiempo para procesar lo que ya posee. Mañana continuaremos con mayor detenimiento. Aproveche su viaje a Orlando y disfrute de este paisaje. Particularmente le recomiendo hospedarse en el hostal de esta calle. Es un lugar pintoresco pero muy barato. Prometo darle nuevos documentos la próxima vez que nos veamos. Por cierto, para la próxima ocasión sentémonos allí. Estamos más cerca del mar, pero así me agito menos.

El anciano señaló una serie de bancos dispuestos a unos metros, los cuales demostraban ser poco o nada concurridos debido a la impopular playa en la que se encontraban. A pesar de sus ansiosas objeciones, el anciano se despidió y Jericho comprendió que era inapropiado retenerlo, correspondiéndole en iguales términos de cortesía. Ya había escuchado suficiente para adivinar los peligros inherentes a ese conocimiento, tratándose de un asunto comprometedor para su nación e incluso para intereses extranjeros. Al igual que con el mar a sus espaldas, inundarse con mayor información podría desencadenar un huracán invencible. Pero Jericho estaba dispuesto a nadar contra cualquier corriente y ponerse en el ojo de la tormenta hasta fundirse con ella con tal de saber la verdad.

***

Otro nuevo día y su ansiedad se incrementaba con cada nuevo segundo. Invirtió todas sus horas de espera en revisar los documentos que le entregara el anciano durante su primer encuentro, pero estos no significaban mucho para él. Tan solo leía largas listas de nombres y apellidos con datos variados, entre los cuales no identificaba ningún nombre que le resultara familiar o resonara de algún modo especial. Probablemente Idaho consideraría aquellos documentos muy valiosos, pero Jericho necesitaba mayor información sobre ese supuesto proyecto secreto que llevaba su nombre, el nombre de su tatuaje en el brazo cuando entró al orfanato.

¿Se trataba de una maliciosa casualidad o su vida entera estaba ligada a la existencia de ese proyecto? Si algo le habían enseñado los años de experiencia como detective privado era que no existía tal cosa como las casualidades, porque todo estaba íntimamente conectado para que cada mínimo detalle te llevara a alguna respuesta no siempre evidente de lo que andabas buscando. Pero para hallar esas conexiones tus sentidos debían mantenerse alerta y aprender a leer en los entrelineados de lo aparentemente poco importante. Jericho se conducía bajo esta concepción como una filosofía de vida, por lo cual le costaba concebir una coincidencia como aquella y no tener una respuesta satisfactoria para explicarla. Confiaba en extraerle mayor información al anciano durante su segundo encuentro, planeando preguntarle directamente el origen de ese nombre antes de revelarle que él también se llamaba de ese modo. Por otro lado, los nuevos documentos que prometió llevarle podrían arrojar mayor luz sobre las tinieblas del desconocimiento que lo carcomían.

Obedeciendo la sugerencia del anciano, Jericho se hospedó en el hostal indicado por este, pero como el segundo encuentro estaba planeado efectuarse para después del mediodía, solo permaneció allí durante la noche y salió del lugar cuando apenas se asomaba el sol. Para aminorar la agitación producto de su impaciencia se dispuso a pasear por una de las playas recomendables para los turistas. Debido al calor se veía obligado a despojarse de su abrigo y llevarlo cruzado sobre uno de sus brazos, vistiendo una franela blanca de manga corta. No acostumbraba a vestir de este modo, e incluso estaría dispuesto a soportar el calor en otras circunstancias, pero supo que llamaría la atención excesivamente. Por lo tanto, aunque se sintiera expuesto con una ropa muy ligera para su gusto, realmente estaba mejor encubierto; especialmente si sus usuales perseguidores lo asociaban con su indumentaria tradicional, ya tardarían en reconocerlo tal como lucía en ese momento. Le reconfortaba sentir la brisa fresca y marina sobre su rostro y anidaba el secreto deseo de sumergirse en el mar para nadar unos cuantos metros, pero se reprendió a sí mismo al imaginarlo porque no había tiempo para tan infantiles distracciones.

Llegado el mediodía, Jericho desanduvo sus pasos para ir rumbo a la playa solitaria y centro de advertencias donde se reencontraría con el anciano confidente. Gracias a los efectos de la playa, ya no era atormentado con tanta fuerza por el látigo de su impaciencia. En cambio, se sentía invadido por una inusitada calma a la cual prefirió no contradecir. No tardó en llegar al inicio de la playa correcta, observando a lo lejos los carteles llenos de coloridas advertencias. La brisa aumentaba a medida que avanzaba, para confirmar lo que esos carteles señalaban. Unos pasos más tarde, en su campo de visión comenzó a vislumbrarse mejor el impetuoso mar con sus olas bravías chocando sin reparos al llegar a la orilla, así como se revelaba paulatinamente la hilera de bancos que se alzaban poco antes de esa orilla. Cuando la visión se hizo más nítida, descubrió una silueta sentada en uno de los bancos y Jericho no tardó en reconocer al anciano, quien probablemente había decidido adelantarse y esperar su llegada. Entretanto, a Jericho le desconcertó su aparente inmovilidad, como si estuviera tomando una siesta.

Un escalofrío recorrió su espalda y le inspiró la peor de las impresiones. Caminó con calma hasta el banco donde el anciano lo esperaba, tratando de engañarse durante unos pocos segundos de lo que su percepción ya daba por sentado. Le inquietaba el hecho de que su apariencia de dormir allí, lo cual no sería descabellado tratándose de un anciano cansado, no presentaba signos de que estuviera respirando. Jericho cubrió los pasos faltantes y su sorpresa fue cediendo terreno para que se apoderase el miedo y seguidamente la comprobación fatal de que algo terrible le había ocurrido. La sangre goteaba en un

punto de su cabeza detrás de las orejas y se deslizaba a lo largo del cuello manchando el cuello de su camisa. Jericho sostuvo la cabeza del anciano y, al tomarle el pulso, ratificó que en efecto había muerto, probablemente asesinado violentamente, tal como sugería el estado de las heridas abiertas detrás de la cabeza.

No había tiempo para quedarse allí paralizado por el horror, por lo cual Jericho actuó con rapidez, dispuesto a abandonar la escena del crimen cuanto antes para evitar terminar involucrado en lo que había ocurrido. Realizó una inmediata comprobación del cuerpo del anciano para ver si cargaba alguno de los documentos que prometió llevarle, pero sus manos estaban vacías y nada se escondía bajo el abrigo ligero que llevaba puesto.

—Lo lamento mucho —musitó Jericho—. De haber llegado antes quizá lo habría evitado.

A la par con el suspiro que exhaló ante tan macabra visión, Jericho procedió a abandonar el lugar, pero se topó de frente con un hombre que lo atacó de improviso. Había distraído su concentración debido al impacto de la muerte del anciano y fue incapaz de anticipar esta presencia que lo empujaba con fuerza. Cuando consiguió reaccionar para defenderse en iguales términos de fuerza y resistencia, descubrió que su atacante no era otro que el sujeto con el sombrero panamá que hallara al huir de la emboscada en Charlottesville. Seguía llevando el mismo sombrero, lo cual le daba un aspecto gracioso y grotesco al mismo tiempo que desentonaba con el ambiente playero de Florida.

—¿Quién eres, bastardo? —resopló Jericho alzando su puño para neutralizarlo con un golpe que el hombre esquivó a medias obligándolo a tambalearse—. ¿Quién te ha mandado a seguirme? ¿O lo haces por cuenta propia?

Golpes a diestra y siniestra, acompañados de empujones, pero el bastado con el sombrero panamá no mediaba palabra dando como única respuesta sus puñetazos, que Jericho a duras penas conseguía interceptar o reducir su impacto. En el fragor de una pelea como aquella, ambos reconocieron a un adversario duro de vencer, por lo cual Jericho comprendió que el hombre en cuestión había tenido entrenamiento especializado y sus reflejos eran impecables, así como excelente su técnica a la hora de propinar golpes. Pero Jericho también era fuerte y con suficiente ingenio le dio un pisotón para luego agacharse y recoger un puñado de arena que le arrojó directamente a los ojos. Su puntería herró un poco, pero acertó lo suficiente para que su rival se tapase los ojos y seguidamente tosiese, ahogado momentáneamente por la arena recibida en su rostro.

La maniobra había sido afortunada y Jericho aprovechó sus resultados para intentar escapar, pero justo cuando le dio la espalda para correr, la mano del hombre lo agarró del cuello, deteniendo su huida. Jericho logró zafarse y escapar por poco al darle un codazo en el costado, corriendo hacia la playa a toda velocidad. En ese preciso instante reparó en que un grupo de hombres armados y vestidos de traje, sus enemigos habituales, irrumpían en la escena con intenciones de rodearlo. Aún se encontraban lo suficientemente lejos para replantear su dirección y continuar corriendo a lo largo de la orilla.

A cierta distancia, el bastardo del panamá era testigo de la huida de Jericho, observando como los hombres trajeados lo perseguían. Jericho les llevaba ventaja y estos no contaban con ropa ligera para enfrentarse mejor a las condiciones de aquella, playa cuyas olas alcanzaban grandes alturas y los mojaban, al mismo tiempo que humedecían la arena, siendo un terreno incómodo para correr. Ya no le quedaba nada por hacer en aquel lugar y se dispuso a alejarse, dándoles la espalda, con las manos en los bolsillos y dispuesto a desaparecer nuevamente como si fuera un espejismo.

Más adelante, Jericho no era capaz de contarlos ni de distinguir sus rostros, pero percibía su presencia distante intentando darle cacería. Su único pensamiento era correr por encima de cualquier tentativa de cansancio que ofreciese su cuerpo. Debía sobreponerse a lo que sea que se pusiese en su camino para no dejarse atrapar. Algunas olas venían con fuerza, mojándolo a la altura de las piernas y empapando su pantalón y sus zapatos. Esto no se convirtió en un impedimento para no detenerse en su huida. Detenerse era la última opción y equivalía a entregarse a la muerte.

El entusiasmo de su esperanzada juventud ha perdido su frescura inicial. Enfrentar la realidad trae consigo la consciencia del pesimismo. La vida después del orfanato es menos dichosa de lo que esperaba en los años posteriores a su mayoría de edad. Le satisface el trabajo como detective. No queda duda que ha nacido para ello, e incluso afrontando con torpeza sus primeros encargos demuestran el lucimiento de habilidades que nada tienen que ver con el entrenamiento o los años de estudio. Tiene el don de desentrañar misterios adonde quiera que los haya y exponer las falsedades de un mundo acostumbrado a convivir con excesivas mentiras que sostienen el orden de gran parte de los individuos que lo habitan.

Pero Jericho ha jurado convertirse en un enemigo acérrimo de las mentiras y cualquier forma de ocultamiento. No teme el horror que hay detrás de las grandes revelaciones. Quiere quebrar todas las máscaras, exponer todos los engaños y desnudar todas las trampas que el resto de sus semejantes han convertido en un hábito sin el cual no pueden vivir. Las satisfacciones inherentes a su trabajo como detective son muy pocas, al menos no consigue palabras apropiadas para explicarlas, pero descubre que hay un vértigo, una sensación de poder que lo eleva cada vez que consigue contradecir el orden manipulador que se sostiene a base de mentiras. Adora esos momentos en que extrae la verdad, sin importar las consecuencias, porque le confieren la esperanza de que algún día él podrá encontrar las respuestas que le interesan, esas que representan su verdad íntima a la cual aún no ha tenido acceso: quién es realmente y cuál es su origen.

Pero la verdad no siempre está allí y hay ocasiones en que los adoradores de la mentira cuentan con mayores recursos a su disposición. Están dispuestos a defender el engaño a cualquier costo y existen muy pocas personas lo suficientemente valientes para empeñar su pellejo en nombre de una verdad. Como detective, debe aprender a apartar sus emociones de la lógica, a discriminar que el caso de un cliente no le afecta personalmente. Le cuesta años este aprendizaje, pero cuando lo asimila adquiere una frialdad inquebrantable, un ánimo inconmovible ante la desgracia ajena, sin perder esa necesidad de hallar la respuesta justa y humillar a quienes basan su vida en la falsedad. Pero para enfrentar a sus adversarios debe valerse de las mismas armas, disponerse a ejecutar métodos cuestionables. Porque va entendiendo que conquistar la verdad nada tiene que ver con la moral.

Ser detective es mucho más difícil de lo que supuso en su etapa de ingenuo optimismo. Es tiempo de dejar atrás tales tonterías. El mundo no es blanco, ni negro. Sus grandes deseos por hallar las respuestas de su origen se dejan contaminar por el veneno de la desesperanza. Se conforma con rescatar verdades que no le pertenecen, verdades ajenas que perjudican a los forjadores de fraudes. Jericho aprende a obrar desde las sombras como esos justicieros al margen de la ley que dibujan las coloridas historietas que tanto admiran los niños y alimentan la fantasía de otros tantos adolescentes. Esos vigilantes de moral ambigua pero creyentes de la verdad no hacen gala del bien buscando la admiración pública del mundo, sino que se contentan con la acción correcta de cada día, esa que permite desenredar la trama que a tantos ciega con las seductoras falacias de un camino fácil. La ley es un instrumento en manos incorrectas, por lo cual no siempre favorece a los verdaderos desprotegidos. Si es necesario combatir la ley, o abusar de su flexibilidad, para preservar la verdad y no dejar que esta se pierda, entonces Jericho será partidario de esa alternativa.

El ejercicio de habilidades cuestionables que aplica para sus casos, también los emplea para conseguir respuestas sobre su vida. Sin embargo, no tiene el mismo éxito que sus clientes celebran cuando cumple con los intereses de estos. Es un experto a la hora de investigar porque además de preguntar con el objetivo de indagar el fondo último de las cosas, está dispuesto a sobornar y amenazar si es preciso. Nunca pierde un caso, excepto el más importante: el que le ha encargado su propia voluntad. A donde sea que se encuentren las respuestas, estas van un paso por delante. Las mentiras se burlan de él porque, sin importar cuanto las venza, no consigue matarlas en el terreno donde quisiera erradicarlas. El pasado es una bruma dolorosa, un aullido sordo. No hay registros de su existencia antes del orfanato. Simplemente no ha existido hasta que comenzó a residir en aquel horrible lugar. Como si en vez de haber nacido para luego ser criado por padres humanos hubiera

sido escupido directamente por algún demonio malcriado en el centro de aquel cuestionable refugio. Para alguien obsesionado con la destrucción de las mentiras, su vida entera es una muy grande e invencible. Ni siquiera su apellido es real. "Jericho", un tatuaje en su muñeca, una palabra con múltiples resonancias, pero ninguna que lo acerque a la respuesta necesaria.

Pero incluso su vida en el orfanato estaba también rodeada de tinieblas que se tragaban los fragmentos de rara verdad que alguna vez pudo sostener. El paradero de la hermana Geraldine sigue sin resolución. Nunca ha conseguido explicarse su repentina desaparición junto al resto del personal. ¿Por qué no pudo despedirse? ¿O al menos dejarle un mensaje? Este segundo abandono lo hería profundamente y, al pasar de los años, la ausencia de la única persona que le demostró que era posible la ternura le afectaba con mayor ardor. ¿O acaso el afecto que le prodigaba constituía otra de tantas mentiras por descubrir?

Con la respiración acelerada, Jericho optó por sumergirse en la playa y nadar. No sabía si había conseguido dejar atrás a sus perseguidores. Le bastaba con el hecho de continuar escapando como prueba de que llevaba la delantera, pero no se confiaba. Dejaba que el furioso mar hiciese su trabajo. Se dejaba arrastrar por este, manteniéndose a flote con esfuerzo, pero indiferente a cualquier miedo frente a la muerte. Quería ahogarse tanto como desearía gritar. Pero sabía que escaparía, que sería arrojado a alguna orilla, donde la vida continuaría y él seguiría buscando horribles verdades donde solo le presentaban ordenadas mentiras.

Frustración y amargura son su pan de cada día. Prefiere comer menos de lo que bebe. El alcohol es su mejor aliado, su estupefaciente predilecto, su energizante involuntario. A veces lo hace dormir por horas y otras veces le arrebata el sueño por completo. El alcohol tiene una verdad que no alcanza a comprender. Pero es una verdad que le complace. Una verdad por la cual vale la pena ahogarse.

Logró alcanzar la orilla de otra playa donde jugaban los niños y las mujeres compartían chismes. Se tumbó en la arena caliente y dejó que el sol lo cegase. ¡Había conseguido escapar! Había sobrevivido otro día sin saber quién era, pero con una nueva oportunidad para descubrirlo.

Capítulo 10

Ya nada podía garantizarle la seguridad de estar a salvo. No había un techo bajo el cual guarecerse, ni un muro detrás del cual esconderse. Jericho había logrado salir de Florida abordando trenes, transportes colectivos y subterráneos de toda clase. No le gustaba usar un mismo medio de transporte durante demasiado tiempo. Aunque nadie lo siguiese, no se le quitaba la sensación de ojos posándose en su espalda, atentos a sus movimientos, esperando el mínimo descuido para atraparlo. Por ello, había decidido recorrer calles mezclándose entre multitudes y variar sus ropas dos veces al día. En las noches se hospedaba en hoteles de mala muerte donde no conseguía pegar ojo hasta que comenzaba a asomarse el amanecer en el cielo, señal de alerta para proseguir su huida.

Al principio no tenía una ruta clara a seguir, pero dictaminó que no era conveniente regresar a Illinois. Era el primer lugar donde estarían esperándolo. No solo huía de los hombres trajeados, sino también del bastardo del panamá que parecía trabajar de forma independiente. ¿A cuántos intereses perjudicaba el caso de Idaho? ¿Cuántas facciones se disputaban su pellejo? Jericho comprendió que era apenas un triste peón en un tablero controlado por manos pertenecientes a rostros inalcanzables. Pero siendo un simple peón, el falso apellido que había llevado toda su vida era también la palabra designada para bautizar un proyecto secreto del pasado que afectaba los intereses de quienes pretendían que nunca se supiese lo ocurrido. ¿En qué consistía el proyecto Jericho? ¿Por qué esa misma palabra iba tatuada en su brazo cuando entró al orfanato? ¿Quién era él y cuál era su relación con ese proyecto?

La revelación del fallecido anciano, cuya muerte lamentaba profundamente, le hizo comprender que Idaho lo seleccionó a él como detective para llevar el caso no solo por su talento y reputación, sino porque comprendía mejor que él con quien trataba. ¿Era posible que Idaho tuviera las respuestas que había estado buscando durante su amarga existencia? Jericho contenía sus deseos de detenerse en la primera cabina telefónica en medio de cualquier carretera para marcar el número que Idaho le diera e interpelarlo al respecto. Pero enseguida refrenaba sus impulsos, concediéndole mayor poder al raciocinio por encima de sus caprichos. Se figuraba que el cuadro completo, que aún no alcanzaba a ver, no se limitaba exclusivamente a sus tristes dudas, sino que comprometía a muchas otras personas, incluyendo a Idaho. Llamarlo ahora representaría un error garrafal del mismo modo en que lo sería detenerse en un lugar y ser víctima de un impertinente descuido.

Después de haber recorrido muchos estados de una manera un tanto aleatoria y guiado por el caos, decidió armar un plan. Necesitaba crear una ruta que lo dirigiera hacia un punto concreto, que le proporcionara el siguiente paso a seguir en ese ajedrez mortal. Si eventualmente caía a efectos de estas jugadas, por lo menos lo haría habiendo resuelto los enigmas de los cuales formaba parte. No existía mayor triunfo que conseguir esas respuestas, incluso si eso le costaba la vida, porque un segundo de verdad era más valioso que años fundamentados en la mentira. Tras mucho meditar el conjunto de acontecimientos vividos en los últimos meses, tomó dos resoluciones: aplazaría la llamada a Idaho hasta que tuviera mayor información sobre sí mismo y, para conseguir esa información, viajaría hasta el convento de Dallas donde vivía la exmadre superiora Darla, a partir de la dirección dada por la actual regente del orfanato. Ese representaba el mejor punto de partida: interrogar a la única persona que podría explicarle cómo comenzó todo y por qué fue recibido en aquel orfanato. En vista de que el caso con Idaho no ofrecía avances evidentes, al menos esperaba progresar en su propia y personal investigación, la cual quizá arrojase una luz sobre los acontecimientos más grandes por los cuales su vida peligraba.

Le tomó un par de días llegar a Dallas, pero ningún contratiempo significativo en el camino le impidió presentarse al convento tal como deseaba. Al principio pretendía presentarse como un visitante y preguntar por Darla, pero estimó que era mejor no atraer atención sobre su presencia en ningún lugar. No deseaba que sus enemigos supieran de su investigación individual ni que su desconocimiento era tan grande . Por lo tanto, esperó a que cayese la noche para introducirse secretamente y colarse en el

edificio como si se tratara de un vándalo. Aliviado, descubrió que el lugar contaba con muy mala seguridad, como indicio de que se trataba de un lugar tranquilo donde no se esperaba la intromisión de ladrones. Apenas contaban con un vigilante apostado en la puerta que caminaba de un lado a otro y luego se sentaba hasta cabecear y dejarse domar por el sueño.

No le costó meterse en el convento. Le causó una impresión grotesca, ya que olía a hospital. Debía moverse con cautela a pesar de que se le presentaban pasillos vacíos y mal iluminados. En ocasiones escuchaba los pasos de alguna monja que realizaba una ronda nocturna, asomándose a las habitaciones para comprobar que todo estuviera en orden. En esos momentos, Jericho se ocultaba detrás de alguna columna, vigilando que no lo delatara el reflejo de su sombra. En el caso de ser pillado, estaba dispuesto a atacar y dejar inconsciente al que reparara en su presencia, incluso si se trataba de una monja "inofensiva". Pero no tuvo que llevar a cabo tales resoluciones y, cuando la monja acabó su ronda, Jericho procedió a revisar las habitaciones del mismo modo en que ella lo hiciera. No le sorprendió descubrir que, tal como su olor sugería, el convento hacía las veces de hospital, ya que dentro de las habitaciones halló enfermos postrados en sus camas. Algunos vendados, otros atados a tubos de respiración, otros delirando en sueños, pero todos ellos ancianos postrados en su cama bajo el peso de algún malestar. Lo que sí le sorprendió fue cuando reconoció a una vieja en esas mismas condiciones y vio que se trataba de la hermana Darla.

A Jericho le pareció curioso hallarla allí como parte de los enfermos. La actual madre superiora del orfanato omitió esta información, quizá considerando que sería una noticia de muy mal gusto para alguien que le declaraba un supuesto aprecio como él lo hizo para conseguir información de su paradero. Cuando reparó en que ese convento recibía ancianos enfermos y moribundos, pensó que perdía tiempo en aquel piso y que Darla se encontraba en los dormitorios destinados a quienes trabajaban allí. Un extraño regocijo lo invadió al verla indefensa y sufriendo, despojada de su antiguo poder, tratada como una enferma más sin consideraciones para su antigua posición. En aquel lugar era solo otra anciana al cuidado de las monjas, reposando en una habitación solitaria y con los días contados.

Nadie más compartía la habitación con ella y Jericho se introdujo, aún sin atraer la atención de la monja, la cual estaba despierta y con los ojos abiertos, su mirada fija en el techo casi sin parpadear. Su aspecto era terrible: una vieja arpía cuyo estado de salud dejaba mucho que desear, ya que además de las naturales arrugas producto de su edad, tenía grotescas manchas a lo largo de su piel y estaba prácticamente calva. También presentaba signos de demencia temprana, ya que se agitó desesperadamente con las manos aferradas a la cobija y balbuceando versículos bíblicos, creando combinaciones sinsentido, en un paroxismo fanático que creaba un espectáculo horroroso para cualquiera que lo presenciara. Jericho se situó al lado de su cama y esperó a que esta pusiera sus ojos sobre él. Cuando esto sucedió, percibió enseguida una mirada de reconocimiento correspondido. Ella sabía quién era él por lo cual le dedicó una sonrisa llena de malicia, dándole a entender que se alegraba de su desgracia y no le perdonaba el daño que hizo.

—¡Tú! —exclamó Darla—. ¡Uno de los marcados! ¡Fuiste elegido por el demonio para servirle a los creyentes de la guerra! Ese proyecto no debía prosperar. Escupo sobre ti y todos esos críos. Vosotros estáis malditos. ¡Abominaciones contra la naturaleza! No entrareis al reino de los cielos.

—¿Cuál proyecto? —preguntó Jericho, poniendo su mano sobre la frente de Darla, que ardía de fiebre—. ¿Yo fui elegido para formar parte de ese proyecto?

Evidentemente deliraba, pero no por ello había menos verdad en sus palabras. Jericho intentaba sacar alguna cosa en claro a partir de sus murmullos ilógicos, cargados de amargura y desprecio. Su presencia era el detonante perfecto para que la monja hablara sin tapujos de lo que sabía. Su actual demencia jugaba a su favor y al de su búsqueda de respuestas.

—Tú, el proyecto, tú —balbuceó Darla—. Y muchos otros. Son tantos los nombres. Quisiera olvidarlos. Sus rostros me atormentan, así como el tuyo. ¡El condenado Idaho también recibirá su cuota de infierno!

Al principio creyó haber escuchado mal, pero Darla volvía a repetir el nombre de Idaho varias veces en el contexto raro de su conversación, donde mezclaba nombres y acontecimientos con la recitación fanática de pasajes provenientes de la Biblia.

—Hábleme de Idaho, hermana Darla —trata de convencerla Jericho con un tono respetuoso, aunque la desprecie profundamente—. ¿Idaho estuvo involucrado en ese proyecto?

—Uno de tantos demonios —deliró Darla sin verlo a los ojos, nuevamente con la mirada perdida y girando en torno a la habitación—. Idaho sabía muy bien lo que ocurría. Conocía los experimentos y sus fases. El proyecto lo necesitaba, así como me necesitaba a mí. Pero prescindirían de Idaho antes que del orfanato. Me debían explicaciones. Yo arriesgaba demasiado al guardar esos críos. Sin el orfanato no habría experimentos. Sin mí no habría sido posible el proyecto. Idaho no era capaz de demostrarme respeto. ¡Diablillo arrogante! ¡Lo detesto!

—¿Por qué era tan importante el orfanato? —prosiguió Jericho con su interrogatorio, sabiendo que estaba accediendo a una revelación fundamental—. ¿Experimentaban con los niños?

—Guardábamos a los conejillos de indias, ¿lo entiendes? —afirmó Darla, esta vez sí dedicándole una extensa mirada cargada de furia—. Pretendían que fueran algo más que mocosos malcriados. Pero yo los veía como eran verdaderamente. Jamás iban a convertirse en esos soldados que ellos esperaban que fuesen. Mírate ahora, ¿acaso tu vida ha sido distinta? Eres un infeliz.

Resultaba exasperante que las respuestas de Darla se entremezclasen con balbuceos ininteligibles y más pasajes bíblicos sin sentido alguno relacionado con lo que hablaban. Pero Jericho hizo uso de todas sus mañas en el arte de interrogar sospechosos y testigos para seguir extrayendo datos valiosos. De esta manera supo que el orfanato funcionaba como fachada para cubrir un plan conocido por pocos, una iniciativa que pretendía crear un ejército de supersoldados. Por lo tanto, Darla colaboraba activamente en ese proyecto, prestando las instalaciones del orfanato como cubierta perfecta para llevarlos a cabo. Era su responsabilidad que el encubrimiento fuera transparente a los ojos del mundo, incluyendo a los residentes del orfanato.

Sin embargo, Jericho necesitaba saber qué tan involucrado estaba él en esos experimentos y por qué no lo recordaba, pero todas las preguntas que estaba preparado para hacer fueron interrumpidas por un alboroto en el exterior del convento cuyo ruido llegó hasta la habitación de Darla. Jericho corrió aprisa hacia la ventana y se asomó discretamente a ella, vislumbrando la llegada de unos coches negros e imponentes que, tras unos segundos de encandilamiento, finalmente reconoció como los Alfa Romeo 1750, semejantes a los que rodearon la casa de Charlottesville. Jericho no necesitaba mantenerse allí para comprobar lo que ya sabía: los agentes trajeados se introducirían en el convento para buscarlo. Apenas había conseguido una porción de verdad y quería evitar los enfrentamientos, por lo cual se apartó de la ventana con la disposición de escapar del convento cuanto antes. Detrás de él escuchaba las maldiciones que la hermana Darla lanzaba sobre su cabeza.

De nuevo en el pasillo, Jericho corrió raudo, sin importarle si hacía ruido o alertaba a alguien de su presencia. Sentía el peso del revólver en su bolsillo. Esta vez había decidido no andar desarmado. Se coló por una puerta que daba acceso a la parte trasera del patio exterior, desde la cual vio la entrada del convento. Jericho bordeó el lugar, escudándose contra la pared en los rincones oscuros. A cierta distancia, mientras se escabullía trepando por un árbol cuyas ramas sobresalían fuera de los muros, observó que el bastardo del sombrero panamá descendía con parsimonia los escalones que daban entrada al convento. ¡Ese hombre también se encontraba dentro! Jericho se sintió tentado de apretar su revólver y dispararle desde aquella posición, pero al comprobar nuevamente la cantidad de coches aparcados optó por marcharse reptando por la superficie de una rama para luego saltar hacia el exterior y darse a la fuga una vez más sin mirar a sus espaldas.

Capítulo 11

Había llegado el momento de regresar a Illinois. Jericho llegó a la conclusión de que, si no podía escapar de sus perseguidores, por lo menos prefería estar en un lugar que le resultase familiar, donde al menos era conocido e Idaho podía contactarlo si lo consideraba necesario. También tomaba en cuenta el hecho de que hasta el momento lo habían dejado en paz mientras permanecía en su casa, quizá porque allí estaba siendo vigilado de cerca por el fiscal y no querían crear un revuelo que pusiese la atención sobre ellos. O simplemente solo pretendían asustarlo y solo lo agarrarían cuando realmente lo deseasen. Jericho ya había pensado demasiado en todas las alternativas. Su cabeza era un hervidero en el cual se cocía toda la información acumulada hasta el momento. Necesitaba un breve descanso o, al menos, un trago que le diese calor a su garganta mientras conseguía organizar sus ideas.

Se había trasladado desde Dallas haciendo múltiples paradas hasta que finalmente consiguió acceder a su ciudad al caer de la tarde un par de días después. Por lo tanto, al llegar a Illinois, su primera parada no fue su apartamento, sino un bar cercano al que acostumbraba a ir en momentos de mucha ansiedad. Tal como le gustaba, accedió al lugar a una hora relativamente temprana, cuando eran pocos los que allí se encontraban bebiendo, es decir aquellos demasiado alcohólicos para distinguir. Jericho se rio ante la ironía. Sabía que tenía los mismos problemas de bebida que el resto de los que se encontraban allí, pero todos esos hombres no tenían una existencia agitada como la suya. Los envidiaba. Al igual que ellos, quisiera dedicarse exclusivamente al alcohol.

Ya había pedido el primer trago y lo bebía sin reparos cuando al lugar entró una mujer que llamó su atención de inmediato. Caminó directamente hasta la barra, pero no pidió un trago. En su lugar sacó un pequeño espejo y se retocó el maquillaje allí mismo, en lugar de ir al baño. Extrajo un labial púrpura de un pequeño bolso y lo aplicó sobre sus labios. Luego suspiró recostándose en la barra y miró a su alrededor. Jericho no perdía de vista sus movimientos, detallando su silueta, y le pareció sumamente atractiva. Su cabello negro sin recoger engalanaba un rostro de facciones hermosas, pero era su cuerpo el que atraía las miradas: curvas pronunciadas, senos prominentes y andares sensuales. La mirada que le dedicaba no pasó desapercibida y ella se la devolvió para, seguidamente, caminar hasta donde se encontraba:

—Si su mirada fuera fuego ya yo sería una antorcha —bromeó la mujer—. ¿Por qué en lugar de verme tanto no me invita un trago? Estoy sedienta.

—¿No la acompaña su novio para que se lo compre? —preguntó Jericho con mordacidad—. Sus padres debieron advertirle alguna vez sobre las consecuencias de hablar con extraños. Recuerde sus consejos. Son útiles para toda la vida.

—Siempre decepcioné a mis padres —respondió la mujer, haciendo un énfasis provocador en sus palabras—. Pero no me arrepiento de haber sido una niña mala. Tampoco tengo novio, ya que lo pregunta. ¡Vamos! Sigo esperando ese trago.

La forma en que actuaba esta mujer le resultaba muy sospechosa a Jericho, pero debido al cansancio y la frustración que pesaban sobre su ánimo no rechazó la compañía. Accedió a su propuesta y pidió un trago para ella. Ambos bebieron y compartieron una charla impersonal. Ella le dijo que se llamaba Anezka, pero se cuidó de dar datos excesivamente reveladores sobre su vida y la razón por la que se encontraba allí.

—Tiene la mirada de alguien que anda buscando algo —apuntó Jericho—. ¿Pretende encontrarlo en este bar?

—Tendría que estar muy desesperada si quisiera encontrar algo valioso en un bar como este —respondió cínicamente Anezka—. Tan solo quería un trago. Y si era gratis mucho mejor. No es difícil convencer a un incauto de que pague por una cuando se trata de una mujer guapa.

Su descaro no solo le resultaba atractivo, también le hacía sonreír:

—Tiene una lengua incendiaria, señorita Anezka —destacó Jericho—. Supongo que siempre consigue todo lo que se propone.

Continuaron hablando de este modo, prodigándose un coqueteo sin tapujos. Anezka no demostraba una atracción desmedida como otras mujeres que solía conocer en bares, pero tampoco lo rechazaba. Simplemente lo trataba como uno más, con la experiencia del que ya está acostumbrado a la seducción y lo incorpora a su vida como un hábito. Esto le inspiraba mayor deseo a Jericho, que quería llevársela a la cama. Para su desconcierto, fue ella quien propuso:

—Ya estoy aburrida de este lugar —admitió Anezka—. Usted no ha resultado tan desagradable. Me hospedo en un hotel que se encuentra a dos cuadras. ¿Quiere acompañarme?

A pesar de no bajar la guardia respecto a las sospechas que le inspiraba esta mujer, accedió a su propuesta sin titubear. A los pocos minutos, entraron a una habitación de hotel de aspecto desordenado. No prendieron las luces. Se desnudaron a oscuras y acabaron abrazados en la cama, besándose y acariciando sus cuerpos. De pronto, Anezka se colocó encima de él y lo instó a poseerla con rudeza, sugerencia que Jericho no necesitó que le repitieran dos veces para complacerla del modo en que ella demandaba, que se correspondía con la forma que a él le gustaba.

Ya satisfechos, se apartaron el uno del otro y ella se echó a un lado de la cama, con intenciones de dormirse. No intercambiaron más palabras y Jericho supo que había llegado la hora de marcharse porque reconoció en ella la misma actitud que él tomaba cuando, después de poseer a una mujer, quería que esta lo dejase solo. Era la primera vez que una mujer lo trataba de ese modo, pero no le desagradó. Por lo tanto, abandonó la habitación sin palabras de despedida, mientras ella permaneció indiferente. Una vez fuera del hotel, Jericho se alegró que sus sospechas en torno a la mujer no derivaran en un acontecimiento desagradable. Probablemente tuviese sus secretos, pero era suficiente con que estos no tuviesen nada que ver con él y sus perseguidores.

Había conseguido el descanso que necesitaba. Era tiempo de regresar a su apartamento.

***

Nuevamente no percibió rastro alguno de que su apartamento hubiese sido invadido por nadie, ni forzaduras violentas en la recién reparada cerradura, lo cual corroboraba su tesis de que sus perseguidores no tenían intenciones de atraparlo en su propio hogar, sino cuando se encontrase realizando operaciones lejos de este. Jericho no quería seguir pensando en huidas, hombres trajeados con aspecto amenazante o el misterioso bastardo del panamá. Ni siquiera en Idaho, Darla o ese proyecto del pasado que solo llevaba su nombre. Su noche de sexo con Anezka había sido de mucho provecho, pero otra vez lo asaltaban los dilemas. Se sentía harto de tanta huida y conjetura. Por el momento, una ducha caliente era cuanto necesitaba.

No tardó en complacer sus deseos y dejó que el agua cayese sobre su cuerpo mientras cerraba los ojos. Pero su mente no cesaba de recordar la huida. Le venían a la mente sus brazadas en la playa, tras haber encontrado el cadáver del anciano. Se estrujó los ojos con impotencia hasta que su baño envuelto en reflexiones fue interrumpido por el sonido impertinente de una llamada telefónica. Salió completamente desnudo de la ducha, sin concederse unos segundos para secarse antes con la toalla ni envolverse en ella, con el cuerpo goteando y con rastros de jabón. Jericho atendió la llamada con la esperanza de escuchar la voz de Idaho al otro lado del auricular, pero en cambio reconoció al fiscal Nierenberg:

—Llevo días llamándote, Jericho —dijo el fiscal ahorrándose los saludos. Su tono de voz acostumbrado a sonar arrogante esta vez se notaba preocupado y nervioso—. Un peligro pesa sobre nuestras cabezas.

—¿Qué clase de peligro, Nierenberg? —respondió Jericho sin ocultar su fastidio—. No tengo tiempo para ti y tus juegos. Ya sé que buscas pruebas con las que armar un caso en mi contra. ¡Adelante! Pero mientras tanto no me molestes. Otras cosas más importantes demandan mi mayor atención. Hasta luego.

A punto de colgarle la llamada, la voz de Nierenberg lo instó a no hacerlo:

—Espera y escúchame un minuto. Te he llamado porque no me ha quedado otra opción. Es cierto, he estado armando un caso en tu contra. Pero la situación es mucho más grave de lo que creía. Ambos estamos metidos en algo serio. Eres al único a quien puedo recurrir.

—Te escucho —cedió Jericho—. ¿Por qué te preocupa tanto? Háblame con mayor claridad sobre ese supuesto peligro que nos afecta a ambos.

—Sospecho de todos en todas partes —refirió Nierenberg alterado—. Necesito tu ayuda. Le di un paquete a Sonnenfield que es para ti.

—¡Increíble! —se mofó Jericho—. Nunca pensé que viviría para escuchar algo como esto: el fiscal pidiéndome ayuda a mí. ¿No me considerabas tu enemigo hace unas semanas? ¿No pretendías acaso destruirme? Admites estar armando un caso en mi contra y luego me pides ayuda. Es una broma de mal gusto.

—Ya nada de eso importa —interpuso Nierenberg—. Esto es mucho más grande. Te lo estoy pidiendo como un favor. Sabes que mi último recurso sería pedirte ayuda.

Si bien el fiscal era un hombre que le resultaba antipático, Jericho debía reconocerle que nunca hablaba en vano. Ciertamente debía estar muy desesperado para pedirle ayuda a una de las personas que más detestaba.

—De acuerdo, te ayudaré —aceptó Jericho—. Pero espero no volver a escuchar nada sobre un caso para destruirme.

—Considéralo hecho —afirmó Nierenberg—. Espera que llegue el paquete. Me pondré luego en contacto contigo.

Nierenberg cortó la llamada y Jericho no comprendía nada de lo que había escuchado, pero tampoco se preocupó mucho por ello. No quería añadir nuevos cabos sueltos a las telarañas que invadían su mente. Sintió un ligero frío en su cuerpo y decidió volver a la ducha para concluirla. Dejó que el agua removiese los rastros de jabón en su cuerpo y se complació en la temperatura hirviendo, lacerando su piel. Siempre había tenido esta rara capacidad de soportar altas o bajas temperaturas en su cuerpo sin resentirse. Con los ojos cerrados, dejó que su memoria viajase hacia recuerdos recientes y otros tantos remotos, abandonando por completo el presente.

Fue uno de los casos más complicados de su carrera como detective. Ya había ganado unos cuantos y fallado en otros pocos, pero ninguno había creado un impacto tan duradero como ese. Involucraba el secuestro de una niña y los padres desesperados no confiaban en las pesquisas de la policía, cuyos resultados hasta el momento habían sido infructuosos.

Jericho envolvió la parte baja de su cuerpo con una toalla y caminó hasta su habitación. Se sentó al borde de la cama, sosteniendo su cabeza entre las manos. Una ligera punzada. Probablemente el comienzo de una migraña. Hacía tiempo que no padecía una, pero con todo el estrés actual no era de extrañar. Pocos casos lo habían trastornado tanto, pero ahora se trataba de un asunto personal por encima de cualquier interés profesional.

El caso de la niña desaparecida se complica. Ha hecho interrogatorios valiéndose de golpes en callejones oscuros. Ha propiciado peleas innecesarias en bares de mala muerte. Ha cruzado el margen de la ley para conseguir una respuesta satisfactoria sobre lo que ha ocurrido. A diferencia de sus padres, no espera encontrarla viva, pero necesita saber qué ha ocurrido.

Decidió tenderse en la cama, con la toalla alrededor de su cuerpo. No quería vestirse, prefería someter su piel al frío que entraba por la ventana. Su cuerpo era capaz de resistir tantas cosas. Poco a poco iba entendiendo de que se trataba el proyecto Jericho. Pensó en todos los niños del orfanato y en su propia imagen como niño al llegar allí. ¿Cuántos fueron sometidos a esos experimentos y hasta qué punto fueron expuestos? Era imperdonable que los adultos irrumpieran en vidas inocentes, ajenas a la maldad humana y les arrebataran su infancia, que los obligaran crecer a destiempo haciéndoles conocer la infelicidad. Nadie protege a los indefensos. En mayor o menor medida, todos somos culpables

cuando un niño sufre por cosas que no le corresponden. Sus músculos se relajaron. La desnudez le ayudó a hundirse en el letargo. Quería una reconciliación definitiva con el sueño.

Una pista lo conduce a una casa sucia y desatendida. Había sido desalojada. Rastros evidentes de violencia se adivinan en el suelo y las paredes, llenas de inmundicia. Registra el lugar y se detiene en la cocina, frente a un gran horno. Hay basura y ceniza por doquier. Su corazón late con fuerza. Se encuentra a un paso de comprobar sus sospechas, pero preferiría retroceder. Es la primera vez en su vida que duda ante la verdad, queriendo escapar de ella.

Sin embargo, si ha llegado hasta tan lejos no retrocederá. Llegará hasta el final. Si consigue llegar hasta el final con este caso ya nada podrá sorprenderle. Debajo del horno repara en un detalle que antes no vio: entre las cenizas, un zapato infantil con las agujetas sueltas. Ya es evidente el hallazgo al cual se enfrenta, pero abre el horno y consigue exactamente lo que esperaba encontrar, lo que jamás hubiera deseado encontrar.

Jericho cae de rodillas y llora amargamente, como nunca antes ha llorado ni llorará después. Ese día algo muere en él. Nunca tuvo una infancia feliz, pero tuvo una. Jamás habla sobre ello, pero, desde entonces, aquel cuerpo menudo y calcinado representará el símbolo de su propia infancia, el de todas las infancias desgraciadas. La muestra de la maldad y el abandono. Jamás volverá ser el mismo. Ya nunca podrá sonreír sin que le duela aquella terrible visión de lo condenada que está la humanidad.

Capítulo 12

A primera hora de la mañana el teléfono sonó y Jericho despertó. Escuchó a lo lejos el repique, pero no se apuró en responder. Había conseguido tener un sueño reparador y quería disfrutar del acto de desperezarse antes de enfrentar el nuevo día que le esperaba. Ciertamente, la urgencia de sus preocupaciones y problemas inmediatos seguía hirviendo en su cabeza una vez que volvía a enfrentarse a la realidad tras haber despertado, pero se regocijó en los pocos minutos de calma y seguridad que le inspiraba su habitación. El teléfono dejó de sonar y Jericho aprovechó para vestirse, ya que había amanecido completamente desnudo. Cualquier otro estaría enfrentando la perspectiva de un futuro resfriado, pero Jericho sabía que él no correría con esa suerte. Ahora que comprendía mejor las facultades y habilidades que siempre fueron admirables en su cuerpo, se burlaba de sí mismo. Intentaba recordar las veces a lo largo de su vida en que había sufrido alguna enfermedad y su mente se quedaba en blanco.

—De eso se trata, Jericho —murmuró para sí mismo—. No es solo un nombre. Es todo tu ser.

Volvió a sonar el teléfono y esta vez Jericho se apresuró en atenderlo. La voz de una mujer desconocida le habló. Se anunció como secretaria del despacho del fiscal y le dijo que el fiscal Nierenberg le había dejado un recado. En resumen, el mensaje que le había dejado era que esperaba que fuese a su casa en cuanto pudiese para un asunto de vida o muerte. El fiscal no había ido a su oficina, según le informó la secretaria, pero había llamado pidiendo que avisara a Jericho que lo hallaría en su domicilio. La secretaria del fiscal le dictó la dirección que Jericho memorizó enseguida y este le respondió escuetamente que estaría allí dentro de media hora. La secretaria acordó en avisar al fiscal en cuanto colgase la llamada. Conocía la dirección, no estaba muy lejos de su propia residencia, por lo cual podía llegar caminando.

En menos de quince minutos, Jericho se encontraba en la dirección correcta. Se trataba de un edificio no muy alto, que no excedía los seis pisos, y el fiscal vivía en el último. Como siempre que entraba a un edificio, optó por subir por las escaleras en lugar de hacer uso del ascensor. Se trataba de una manía que muchos no comprendían, pero Jericho consideraba que una escalera te permitía tener una mejor visión de lo que ocurría a tu alrededor y podías anticiparte si alguien te seguía. En cambio, a bordo de un ascensor te encerrabas en una cabina distractora que te otorgaba una sensación de falsa seguridad. Durante su breve viaje nunca sabías lo que te podía esperar al otro lado de las puertas cuando estas se abriesen. Por eso prefería las escaleras, porque con ellas no existía la hipotética perspectiva de una desagradable sorpresa.

Entretanto, durante la subida, había algo en el ambiente de ese edificio que le resultaba extraño, como si nadie viviera en esos apartamentos o hubieran acordado guardar absoluto silencio dentro de los mismos. Cuando llegó al último piso supo de inmediato que algo malo había ocurrido, ya que la puerta del apartamento donde vivía el fiscal estaba abierta. Dudó por un instante si retroceder e irse inmediatamente de allí, pero su instinto de detective se puso alerta y necesitaba precisar lo que había ocurrido para sacar conclusiones al respecto. Como acto reflejo, puso la mano en su bolsillo sintiendo la pistola que allí guardaba, lo cual le aportaba seguridad. No la desenfundó porque resultaba imprudente entrar al hogar de un fiscal apuntando con un arma, pero se deslizó cautelosamente dentro del apartamento.

Había sangre y signos de pelea en todas partes, pero ni rastro del fiscal. Los objetos y muebles dentro del apartamento habían sido volcados en lo que podría interpretarse como una reciente lucha cuerpo a cuerpo efectuada no solo con los puños sino con todo aquello que estaba a la mano. Jericho no se detuvo a hacer suposiciones, quedaba claro que el fiscal no se hallaba dentro del apartamento, por lo que abandonó enseguida lo que parecía ser una escena del crimen. Pero al salir del apartamento se encontró con dos de los hombres trajeados. Antes de que lo acorralasen, Jericho sacó el arma y les disparó, hiriéndolos en brazos y piernas, lo cual le permitió abrirse paso y bajar las escaleras. En el

siguiente piso se abrió el ascensor y Jericho vio a unos hombres uniformados que reconoció como policías. Al verlo correr le pidieron que se detuviese, pero Jericho no les hizo caso y un grupo de ellos bajó a perseguirles, mientras la mayoría subía hacia el apartamento del fiscal. En el siguiente piso, Jericho descubrió una anciana que abría la puerta de uno de los apartamentos para ver qué estaba ocurriendo y, sin pensárselo dos veces, la empujó dentro de su apartamento y cerró la puerta tras ella apuntándole con el arma:

—Afuera es muy peligroso para que ande asomándose —le dijo Jericho—. Por favor, no grite. No me obligue a disparar.

La señora asustada asintió. Para su fortuna vivía sola y Jericho le hizo preguntas relativas al edificio, las cuales respondió entre tartamudeos y temblores. De este modo, supo que podría salir por la ventana de aquel apartamento y usar las escaleras exteriores para emergencias. No sin antes ofrecerle sus disculpas, Jericho amordazó a la señora y ató sus manos valiéndose de las camisas tendidas en la pequeña terraza. Los nudos eran ligeros y podría desatarlos en cuestión de minutos, pero le otorgaban el tiempo suficiente para abrir la ventana y colarse por las escaleras exteriores de la parte trasera del edificio. Escuchó sirenas y supo que más policías vienen en camino. Alguien había denunciado la desaparición del fiscal. No le convenía que lo atrapasen y lo acusasen como el principal sospechoso, sobre todo teniendo en cuenta que en su oficina sabían que estaba a punto de encontrarse con él en su apartamento.

Al llegar al último piso debía dar un pequeño salto, pero alguien le disparó. Era uno de los trajeados. Jericho se lanzó al piso, rompiéndose el pantalón y raspándose la rodilla haciéndole sangrar. Debido a la misma caída, también sufrió un impacto doloroso en el mentón. Jericho se incorporó y disparó a sus espaldas para obligar a retroceder a sus perseguidores mientras reanudaba su carrera a la vez que se palpaba la piel del mentón, sintiendo la textura espesa de la sangre goteando y manchándose toda la cara con su propia sangre, lo cual le daba una apariencia terrible que exageraba la naturaleza de sus heridas leves. Dio varios rodeos por distintas calles, corriendo en zigzag, y cuando escuchó una patrulla de policía se introdujo en la primera puerta abierta de los establecimientos que encontró en su camino, cuidándose de guardar el arma que sostenía en su mano todo este tiempo.

Había terminado en un bar de mala muerte, según reconoció al recorrer con su mirada el lugar al cual había entrado. Era casi una ironía deliciosa que le hizo sonreír. Todos sus escapes concluían en bares y esta vez no había sido la excepción. Luego se dio cuenta que todas las miradas de los presentes se encontraban puestas sobre él. Algunos lo miraban con miedo y todos murmuraban entre sí. Sucio, ensangrentado, con la chaqueta y parte de su pantalón rotos, debía presentar un aspecto digno de un matón. Aprovechó este miedo para demandar respeto y que nadie se interpusiese en su camino con una mirada desafiante. El dueño del bar se alzó detrás del mostrador y realizó un sutil movimiento que Jericho interpretó como su manera de alzar una escopeta que guardaba bajo el mostrador. Ambos se miraban de una forma retadora, pero Jericho rompió el silencio preguntando:

—¿Me presta el teléfono? Necesito hacer una llamada.

—Lo siento —respondió el dueño, huraño, sin retirar la mano de debajo del mostrador—. El teléfono es solo para clientes.

—Entonces sírvame un whisky —pidió Jericho—. No vengo a causar problemas. Sufrí un accidente. Tan solo necesito el teléfono.

El dueño del bar cedió al ver que Jericho asumía una actitud conciliadora. Con movimientos lentos, para demostrar que no pretendía hacer una acción imprevista, sacó de su bolsillo un fajo de dinero y se lo extendió en pago por el whisky que había pedido. El local era agobiante y hacía mucho calor.

—De acuerdo —aceptó el barman tomando el dinero, mucho más de lo que valía un vaso de whisky—. Encontrarás el teléfono en la parte trasera. Siento mucho tu accidente, sea cual sea.

Jericho correspondió con un asentimiento y fue hasta el lugar indicado por el dueño para hacer la llamada que había solicitado. Frente al auricular dudó por un instante, pero finalmente resolvió marcar

por primera vez los dígitos que Idaho le había dado como número de contacto. No le importaba si la hora era apropiada o no para contactarlo. Había llegado el momento de que él no fuese el único que se hundiese en la mugre y sangrase por culpa del caso. El tono del teléfono repicó un par de veces hasta que finalmente fue atendido, pero nadie respondió:

—Habla Jericho —anunció—. ¿Está ahí?

—Sí, aquí estoy —respondió Idaho—. Le dije que tuviera extremo cuidado de las horas a las que llamase.

—Me importa un bledo la hora —resopló Jericho—. Estoy metido en la mierda debido a su investigación. No tiene idea de todo lo que me ha ocurrido. Y quizá sí la tenga y se esté burlando de mí desde la comodidad de su hogar. Ya no podemos seguir de este modo. Necesito respuestas y acordar un plan de acción en lo sucesivo. Es fundamental que nos reunamos lo más pronto posible para que me cuente lo que ha estado ocultando este tiempo.

Un largo silencio como respuesta, lo cual incrementaba la exasperación que Jericho manifestaba en una respiración acelerada.

—Vale, Jericho —resolvió Idaho—. Cuadremos un encuentro para mañana en la mañana. Escucha la siguiente dirección.

Idaho le dio las especificaciones de una nueva dirección para encontrarse, añadiendo luego:

—Asegúrese de que nadie le siga.

Al escuchar esto, Jericho soltó una carcajada maníaca, seguida de una respuesta airada:

—Adondequiera que voy el diablo sopla sobre mi nuca.

Esta vez fue Jericho quien colgó la llamada antes de que su interlocutor le diese una nueva respuesta. Eran muchas las emociones que agitaban su cuerpo, por lo cual dejó atrás el teléfono y se dirigió a la barra a beber el vaso de whisky que se había visto obligado a pagar con anterioridad. Lo contempló por un segundo y luego lo arrojó con furia al suelo, caminando en dirección a la calle, indiferente a los gritos de reclamo por parte del dueño del bar.

Capítulo 13

Como pólvora que detona un explosivo, la desaparición y presunta muerte del fiscal enseguida tuvo trabajando a todas las jefaturas policiales del estado, mandando comandos de rastreo y búsqueda a todas partes para hallar al menos su cuerpo. El nombre de Jericho sonaba como uno de los sospechosos del incidente, ya que su secretaria aseguraba que su jefe lo estaba esperando en su apartamento para el momento de su desaparición. La policía encontró un escenario que era el reflejo vivo de una riña fuerte en la que se estimaban trágicas consecuencias. Por lo tanto, Jericho también era buscado para ser interrogado y el edificio donde vivía fue acordonado por las fuerzas policiales, al mismo tiempo que fue allanado su apartamento.

Al vislumbrar esto desde lejos, Jericho se reconoció a sí mismo como prófugo de la justicia mientras no se aclararan los hechos o hasta no resolver el caso que había causado todos estos sucesos terribles. A pesar de desconocer los detalles exactos, ya no le quedaba duda de que por andar vigilándolo a él posteriormente el fiscal acabó enredado en la trama de conspiraciones de quienes se empeñaban en borrar cualquier rastro de la existencia del proyecto Jericho. No sabía hasta qué punto el fiscal consiguió averiguar algo al respecto, pero si sabía demasiado eso explicaba su desaparición. A su vez, como parte de una estrategia macabra, no era descartable que los trajeados o algún otro como el bastardo del panamá fraguaran una escena del crimen donde él quedara como principal sospechoso para que fuera apresado y así mantenerlo alejado de continuar con sus averiguaciones.

En vista de que debía esperar hasta el amanecer para encontrarse con Idaho y ya no podía volver a su apartamento, tomó la decisión de visitar a Sonnenfield en su casa para buscar el paquete que Nierenberg mencionó cuando lo llamó para solicitar su ayuda. Si ese paquete contenía alguna pista que indicara las razones por las cuales el fiscal terminó enredado en el caso de Idaho merecía la pena buscarlo cuanto antes. Por lo tanto, Jericho esperó a que cayese la noche y se acercó furtivamente a la zona residencial donde Sonnenfield vivía junto a su familia. Se trataba de una bonita casa de extrarradio con suficiente distancia de separación respecto a las otras casas circundantes. Jericho cruzó el césped, el cual, observó, debería cortarse más a menudo porque estaba muy tupido, otorgándole al lugar un aspecto descuidado; una percepción afirmada por el porche viejo al cual le faltaba una mano de pintura. Pese a esto, a Jericho le pareció un lugar bastante acogedor en el cual no le desagradaría pasar sus días y bastante apropiado, considerando lo que ganaban los tipos de uniforme como Sonnenfield.

Tocó la puerta con golpes discretos y Sonnenfield la abrió al cabo de cinco minutos, sorprendido con el aspecto de Jericho al otro lado del umbral. Debido al escape, no había tenido ocasión para lavarse la cara ni mucho menos arreglarse.

—Siento mucho presentarme de esta forma —se disculpó Jericho—. Supongo que ya te habrás enterado de lo ocurrido con Nierenberg. Yo no he tenido nada que ver. Ambos hemos caído en una trampa.

Sonnenfield lo invitó a pasar y cerró la puerta no sin antes mirar a su alrededor, de un modo instintivo. Todo lucía tranquilo y solitario en la calle.

—No tienes que darme explicaciones —afirmó Sonnenfield—. No tengo la mínima sospecha sobre ti. Sea lo que sea que haya ocurrido, sé que no lo has hecho tú. Os estabais enfrentando a algo peligroso y creo que el fiscal era consciente de ello. Nierenberg ha dejado un paquete para ti. La última vez que lo vi estaba muy nervioso y fuera de sí. Ya no hablaba de hacerte daño sino de buscar tu ayuda.

Jericho agradeció la confianza manifestada por sus palabras. Sonnenfield se excusó para ausentarse unos pocos segundos y regresó con el paquete que había mencionado extendiéndoselo a Jericho, quien lo sopesó con curiosidad incrementando sus dudas sobre aquello que ahora estaba en sus manos y que quizá fuera lo que le había costado la vida al fiscal.

—¿En qué te has metido? —preguntó Sonnenfield sin ocultar su consternación—. Lamento mucho que estés en esta situación.

—Es mejor que no lo sepas, Dick —pidió Jericho con gravedad—. Mientras mayor sea tu desconocimiento evitarás futuros problemas. No intentes hacer averiguaciones por tu cuenta por intentar ayudarme. Si ya estoy condenado no quiero que ningún otro como Nierenberg sufra las consecuencias.

—Recuerda que siempre cuentas conmigo —recalcó Sonnenfield—. No intentaré inmiscuirme tal como sugieres, pero te recomiendo que abandones la ciudad y, si todo se pone muy grave, salgas del país. Empieza de cero y olvida el asunto, así tengas que comenzar una nueva vida.

—Agradezco que me recibas y creas en mí —reafirmó Jericho—. Ojalá pudiera seguir tus consejos, pero el asunto en cuestión me perseguirá a donde vaya. Simplemente no puedo dejarlo atrás. Debo encararlo hasta las últimas consecuencias. Si alguna vez salgo de esta te lo haré saber. Bien sabes que no somos hombres dados a los sentimentalismos, pero si tuviera que considerar a alguien como mi mejor amigo ese eres tú. Por no decir el único.

Los ojos de Sonnenfield se humedecieron, pero enseguida quiso disimularlo tosiendo aparentando que estaba comenzando a sufrir una reacción alérgica. Jericho trató de no reírse para no avergonzarlo y le ofreció su mano para estrechársela con un fuerte apretón a modo de despedida. Ya había hecho mucho por él y lo mejor era irse de su casa antes de que los trajeados intentasen buscarlo y acabasen consiguiéndolo allí para perjuicio del bueno de Sonnenfield, que no merecía terminar en una situación desagradable o incluso trágica por su culpa.

—Todo saldrá bien —subrayó Sonnenfield en el umbral antes de que Jericho se despidiera con un gesto y le diera la espalda—. ¡Buena suerte, amigo!

Capítulo 14

Si algo agradecía Jericho era que abundasen los hoteles de mala muerte en su ciudad, e incluso siempre se sorprendía encontrando uno que hasta entonces desconocía. Esta vez se había hospedado en uno de esos completamente nuevos para él y en la habitación que le habían asignado se disponía a colocar parte del mobiliario presente contra la puerta, con la finalidad de tapar cualquier acceso intempestivo. Había pedido una habitación en los primeros pisos, con la finalidad de poder saltar por las ventanas si el caso lo ameritaba. Cerró las cortinas y se asomaba cada cinco minutos, temiendo a cada rato que alguien apareciese para atraparlo. Debía aguantar las horas que faltaban para que amaneciese y así poder presentarse al sitio donde se encontraría por segunda vez con Idaho.

Cuando consiguió calmarse un poco se sentó al borde de la cama y observó el maletín que le había dejado Nierenberg. Temía abrirlo y encontrar algo que resultase insoportable o, peor aún, absolutamente nada esclarecedor. La perspectiva de una decepción lo prevenía de tomarse la requisa del maletín con mucha cautela y pocas expectativas. Procedió a abrirlo y extrajo una serie de documentos cuyo primer vistazo resultaba desalentador. El paquete contenía una serie de documentos sin mayor interés, restos de trámites burocráticos y comunicaciones internas inconexas en su mayor parte. Había algunos informes sobre el progreso de los experimentos narrados por Darla, mejoras en unos sujetos durante las pruebas, reacciones adversas en otros con advertencias escuetas. Aunado a ello, consigue un papel viejo, amarillento, en el cual se reconocían y autorizaban las actividades ejecutadas por una serie de hombres, y una o dos mujeres, presumiblemente científicos, firmado por el mismísimo Roosevelt. Una aprobación oficial bastante comprometedora, incluso aunque muchos de los implicados fueran viejos o estuviesen muertos. Pese a esto, Jericho pensó con amargura que todo lo que encontró Nierenberg eran pruebas de dudosa fiabilidad de cosas que él ya había descubierto, pero material suficiente para saber la existencia del proyecto Jericho y convertirse en una figura peligrosa para sus perseguidores. Comprendía por qué optaron por “desvanecerlo”.

Frustrado por tales hallazgos, sin nada nuevo que aportar, no continuó revisando los documentos y los arrojó a un lado con un movimiento tosco, desparramándolos por el suelo. Con hartazgo, Jericho se dispuso a recogerlos, pero su mirada se detuvo al encontrarse con una fotografía desgastada. En ella aparecían varios niños, con edades variables que no excedían los ocho años, puestos en fila unos junto a otros. Resultaba desconcertante observarla, porque los niños lucían semidesnudos y con las cabezas rapadas, asumiendo una postura propia de militares en espera de órdenes. Había algo oscuro y terrible en esa imagen, por la fiereza que en las expresiones de gran parte de los críos, como si se tratara de adultos prematuros atrapados en esos pequeños cuerpos.

Frente a tal hallazgo, Jericho revolvió el desastre de papeles regados en el suelo para descartar que existiesen otras fotografías como aquella y no tardó en recolectar otra que había sido engrapada en una de las hojas, lo cual explicaba que no se hubiese percatado de su existencia con anterioridad. En esta nueva foto se mostraban niños de diferente edad tendidos en camillas de apariencia incómoda, amarrados a estas mediante correas y con expresiones de impotencia en sus menudos rostros. Uno de los niños retratados presentaba lo que parecían ser quemaduras graves en su piel, mientras que las proporciones de su cuerpo en relación con las extremidades lucían raras y descompensadas. Entretanto, a otro de los niños fotografiados se le veía raquítico, pero con un fulgor triste en sus ojos vacíos, absortos en la contemplación de la nada. Luego se destacaba un tercer niño, cuya apariencia era más sana comparada con sus semejantes alrededor de él, pero retorciéndose con rabia en la cama a la cual había sido atado. En las muñecas de los dos últimos se destacaban unas marcas oscuras, aunque por el deterioro de la fotografía era imposible discernir de qué se trataban.

Tras revisar si en el resto de las hojas había otras fotos grapadas, Jericho consiguió otra instantánea que lo dejó impresionado: un pequeño de no más de seis años de edad miraba directamente al fotógrafo con una expresión de dolor en el preciso instante en que le inyectaban una sustancia en su

brazo. Pero, a diferencia de las otras fotos, en esta sí se distinguía lo que tenía tatuado en su muñeca: “Jericho”. Este reconocimiento hizo que le temblara el cuerpo, no podía creer que por primera vez en su vida hubiese conseguido una evidencia concreta de su niñez.

A tan solo horas de que amaneciese, el mismo tiempo restante para su cita pautada con Idaho, Jericho recogió los papeles para ordenarlos nuevamente dentro del maletín. Sin embargo, dejó fuera las fotos y las fue pasando entre sus manos, memorizando cada mínimo detalle, como si esperara llegar al conocimiento de nuevas verdades si las miraba con mayor detención. Sostenía una parte fundamental de su historia entre sus manos, una de las piezas faltantes del rompecabezas deshecho de su memoria. Confiaba en que Idaho podría ayudarle a terminar de armarlo de una vez por todas.

***

Sin haber dormido y después de tomar una ducha caliente para lucir medianamente presentable, Jericho le indicó al taxi una ruta larga, fingiendo descuido, para así conseguir una progresiva visión panorámica del lugar a medida que llegaba, con el objetivo de anticipar cualquier posible persecución por parte de los sospechosos habituales que se interponían en su camino. El punto de reunión con Idaho conducía a un edificio de apartamentos destartalado, en cuya planta baja quedaban los restos de un antiguo local que había sido clausurado. En otro tiempo fue una barbería y todavía podían verse las sillas especiales, así como algunos mobiliarios que denunciaban antiguos tiempos de esplendor, cuando probablemente estuvo abarrotado de clientes, según iba notando Jericho a medida que se acercaba, distinguiendo principalmente los cristales transparentes del local que permitían ver parte de su interior gracias a la luz del día.

Antes de bajarse del taxi le pagó al conductor un poco más de lo indicado por el taxímetro y tomó la carpeta de Nierenberg con los documentos. Se había detenido a contemplar durante unos segundos el lugar y no vio a nadie allí dentro, por lo cual decidió seguir adelante. Se bajó del vehículo e iba a introducirse al lugar en el preciso momento que el taxi se disponía a irse, cuando escuchó una detonación que produce una explosión dentro del local. La onda expansiva fue fuerte y Jericho cayó en el suelo, en medio de la calle. La cristalería había estallado y las llamas barrían la acera, así como parte de la carretera hasta llegar al taxi que no pudo acelerar debido a la explosión.

Dentro del vehículo, el conductor gritaba presa del pánico y sin poder reaccionar con rapidez, pero su desesperación quedaba silenciada por el estruendo. Entretanto, Jericho había quedado tendido boca arriba, con un zumbido estremecedor en sus tímpanos, intentando vanamente ponerse de pie hasta que logró poner todos sus esfuerzos para arrastrarse hacia la calle, buscando evitar que las llamas incendiasen su cuerpo. Pero también necesitaba recuperar la carpeta con los documentos de Nierenberg antes de que fuese alcanzada por las llamas, ya que había caído en el suelo y se encontraba lejos del alcance de su mano. El calor de las llamas era sofocante y el humo que salía del local lo asfixiaba. Consiguió ponerse de rodilla y avanzar un poco en dirección a los documentos, pero en medio de ese torpe proceso golpeó su cabeza contra algún objeto pesado y, por un instante, su visión quedó envuelta en tinieblas. En medio del caos un pensamiento insistente lo animaba a no desfallecer: el recuerdo del niño de la foto con su mismo tatuaje. Solo alcanzó a resoplar un nombre antes de dejarse caer nuevamente al suelo, sintiéndose mareado y deshecho:

—¡Idaho!

Epílogo

En algún punto del estado de Illinois el traqueteo de un tren de mercancías lo obliga a estar despierto, lo cual es imprescindible dada la urgencia de la situación. El impacto en su cabeza aún lo mantiene lelo, pero consigue mirar a su alrededor y recuperar el control paulatino sobre sus cinco sentidos. Ha hecho tanto durante las últimas horas que los recuerdos se agolpan en su cabeza. Le parece un milagro que lo haya logrado, pero, aliviado, suspira porque ha conseguido escapar sin morir en el proceso o ser apresado. Intenta ordenar las imágenes que se agolpan en su cerebro y desesperado agita sus manos alrededor, recordando lo que ha perdido: los documentos proporcionados por Nierenberg.

Humo, llamas y escombros barren la acera. Es imposible distinguir algo y lo más fácil sería quedarse allí tendido, dejarse abandonar para que cese la huida y comience la paz. Son segundos cruciales en los que Jericho se debate entre dejar que su mente entre al reino de la inconsciencia o impulsar a su voluntad para que se alce contra todo pronóstico para hacerse cargo de la situación. Jericho sabe que su cuerpo es fuerte, no solo porque siempre ha sido resistente ante muchas situaciones adversas que otros no soportarían, sino porque ahora comprende que fue sometido a experimentos que mejoraron las habilidades de su naturaleza humana. No obstante, es su mente la que quiere claudicar y disfrutar de esa dulce calma, esa silenciosa canción de cuna envuelta en fuego y sordera que lo invita a rendirse. Pero entonces escucha la tos de alguien asfixiándose no muy lejos de donde se encuentra. ¡El taxista! ¡No tuvo tiempo de marcharse! ¡Y morirá por su culpa!

Si su propia vida carece de significado en ese momento, reconsidera sus pensamientos al tomar consciencia de la existencia de otro hombre en necesidad de socorro. No es justo que someta a una vida inocente a los errores propios así como de otros más poderosos. La vida de ese hombre desconocido pero ajeno a todo lo que ha ocurrido es motivación suficiente para volver a levantarse, salvar una vida y luego continuar huyendo. La peor parte de la deflagración se ha centrado en la acera delante del comercio. Jericho echa una ojeada rápida para comprobar que el vehículo no será lo siguiente en estallar y repara en que, aunque ha comenzado a arder, todavía parece que tiene algo de tiempo para sacar al conductor ahogado que tose allí dentro. Tras sacar al conductor del vehículo y lanzar una mirada de tristeza a los papeles que arden en la acera, ya casi carbonizados, se arrastra lejos de la escena aprovechando el humo y la confusión, dejando que los confusos transeúntes se congreguen alrededor del lugar y atiendan al taxista mientras él salva las distancias del modo más rápido y disimulado posible. Para cuando empiezan a sonar las sirenas, ha conseguido abandonar la zona. Otra escena del crimen en la cual se hallará implicado tras una sospechosa desaparición.

Jericho está recostado contra unas cajas de madera, con la misma ropa que llevaba durante la explosión, ahora un poco chamuscada, al igual que su piel, y más sucia que antes. Contempla con pesar el paisaje que pasa raudo a través de la puerta abierta del vagón. Le molesta haber sido acusado de un crimen y haber estado a punto de morir, pero principalmente su mayor enojo responde al hecho de que el dossier que contenía el paquete que le entregara Sonnenfield y por el cual Nierenberg perdió la vida, ardió debido a la explosión que lo tumbó al suelo y envolvió en llamas el taxi. Piensa con frustración que probablemente si no los hubiera llevado consigo habría podido rescatarlos luego. Pero ya lamenta muchas cosas, como haberse convertido en un fugitivo sin ningún refugio seguro. No es tan iluso como para creer que habría podido simplemente hacer pública esa información sin esperar que fuera encubierta. Esto solo traería funestas consecuencias y los esfuerzos por quitarle de en medio se intensificarían, pero un hombre tiene su orgullo. Como detective le enfurece haber perdido unos documentos tan jugosos.

Ahora lo atormentan varias preguntas sin respuesta: ¿Idaho estaría dentro del local esperando su llegada? ¿Acaso había muerto junto a la explosión? Ya había muchos cadáveres en el curso de ese caso y aún sigue sin resolverlo, pero sobre todo le pesa el hecho de que los verdaderos culpables andan sueltos. Ya no se trata solo de demostrar su inocencia, o de responder las preguntas sobre su origen,

sino de que la verdad prevalezca en el nombre de la justicia. Y eso es razón suficiente para mantenerse con vida y no ceder. Hasta el último segundo de su existencia, hasta que le arrebaten el aliento final, peleará por esa verdad que tantos temen pero que para él significa la promesa de su total libertad, porque solo cuando un hombre se reconoce completamente libre es capaz de sentirse en paz consigo mismo y el mundo que lo rodea.

Esta historia continuará...

Notas del autor

Espero que hayas disfrutado leyendo esta primera novela de la serie “Nathan Jericho investigador privado”. Estaría muy agradecido si puedes publicar una breve opinión en Amazon. Tu apoyo realmente hará la diferencia. Para dejar un comentario en Amazon, por favor has click AQUÍ

Conéctate con Raúl Garbantes

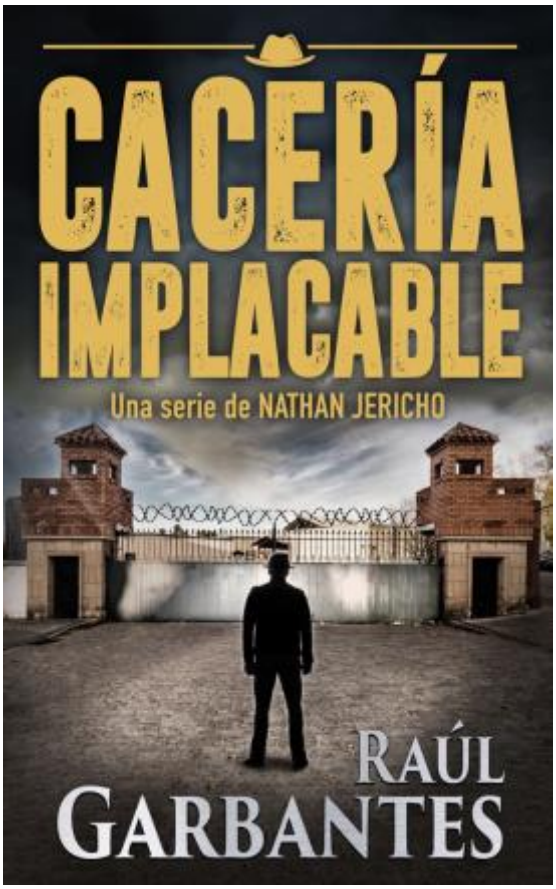
Si tuvieras alguna sugerencia, comentario o pregunta y deseas ponerte en contacto conmigo por favor encuéntrame en:
Facebook: https://facebook.com/autorraulgarbantes
Twitter: https://twitter.com/raulgarbantes

Mis mejores deseos,

Raúl Garbantes
Autor
https://amazon.com/author/raulgarbantes

Otras obras del autor

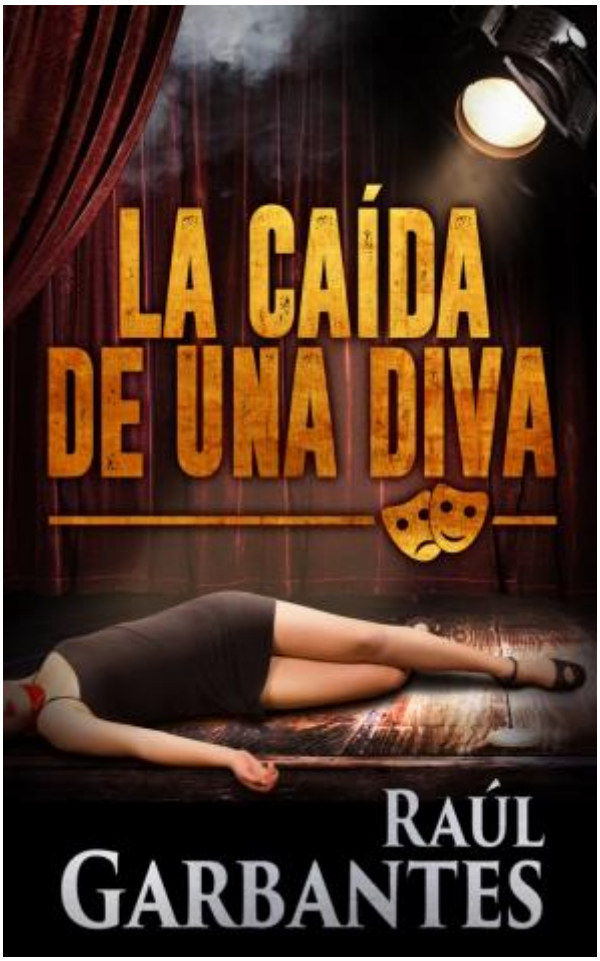
Cacería Implacable (Nathan Jericho investigador privado nº 2)



Tras sobrevivir a una explosión que le costó la vida a su empleador y contacto, Nathan Jericho se ve obligado a continuar por su cuenta la investigación en torno al Proyecto Jericho, una conspiración secreta durante la Segunda Guerra Mundial cuyo objetivo era crear armas humanas usando niños como sujetos de prueba. Jericho ha descubierto que fue uno de esos niños y aunque no recuerde nada necesita continuar con la investigación para responder las preguntas sobre su identidad que han atormentado por siempre su existencia. Su búsqueda se complica ya que además de los mercenarios contratados por los jefes del Proyecto también es prófugo de la ley, con una orden de captura por unos crímenes que no cometió ya que sus enemigos orquestaron varios asesinatos de tal manera que Jericho fuera el único implicado. Jericho debe valerse de todas sus habilidades e ingenio de sus años como detective privado para resolver el caso más importante de su vida: uno capaz de conmocionar al mundo si llegara a descubrirse, pero que esconde la respuesta fundamental sobre su pasado. Aparentemente solo y sin aliados, Jericho debe combatir la crueldad de unos enemigos sin rostro capaces de cualquier cosa para interrumpir su trabajo.

Disponible en Amazon: https://amazon.com/dp/B074VG6WTH/

La Caída de una Diva (Serie de los detectives Goya y Castillo nº 1)



Cuando se descubre el cuerpo sin vida de la diva Paula Rosales, en su camerino del Teatro Imperial, Aneth Castillo es designada para la investigación de su muerte. Ella es una inspectora novata recién llegada a la capital, que ha cambiado de aires esperando darle sentido a su vida. Pero para resolver el caso, necesita la ayuda del inspector Guillermo Goya, un veterano atormentado por su pasado que ha sustituido su familia y la profesión por la adicción a las drogas y el alcohol. Paula Rosales parecía llevar la vida perfecta: una carrera exitosa y un hombre que la adoraba. Sin embargo, la investigación llevará a Goya y Castillo por un mundo de apariencias y engaños que cuestiona la posibilidad real de una conexión significativa con otras personas.

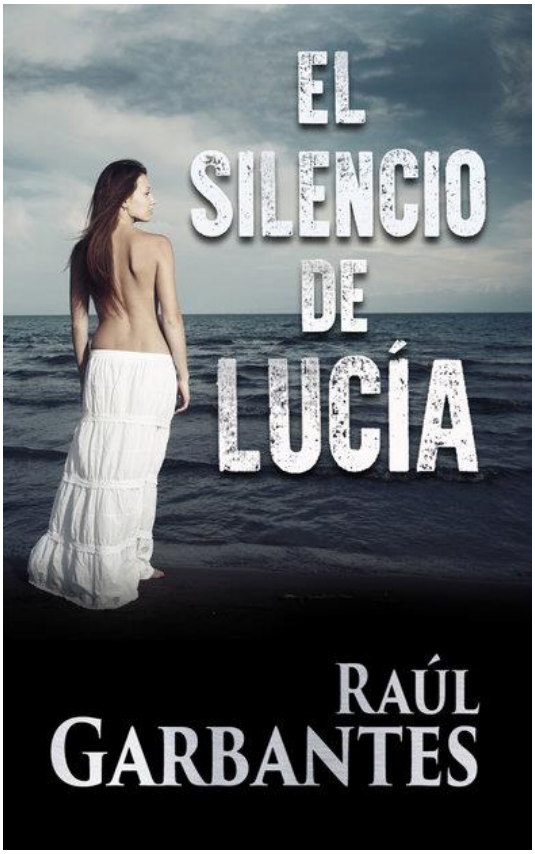
Disponible en Amazon: https://amazon.com/dp/B01N4BP1AR

La Última Bala:

El detective Olivert Crane siempre ha sido de los mejores en su trabajo, en las peligrosas calles de la ciudad de Seattle siempre ha sabido valerse por sí mismo mientras sigue buscando respuestas sobre la muerte de su padre. Con la repentina aparición de diferentes casos enlazados por un peligroso criminal y con una larga lista de sospechosos él tendrá que averiguar en quién puede confiar de verdad.

Disponible en Amazon: https://www.amazon.com/dp/B0190K3FWU/

El Silencio de Lucía:



Después de pasados varios años, Lucía vuelve a la isla que la vio nacer y crecer. Su regreso transcurre entre recuerdos, reflexiones, un corazón roto y muchas preguntas. Lo único que se hace evidente, es la incertidumbre que envuelve cada cosa que piensa. Durante toda su vida, ha tenido que aprender a vivir con una sensibilidad extraordinaria que, de cierta manera, la ha unido de manera especial a sus prójimos, pero a la vez, la separa de todos. De casi todos. Ahora, un fracaso amoroso la obliga a replantearse su vida entera, debatiéndose entre la esperanza y el desengaño: tras una fuerte discusión, dejó el apartamento que compartía con el amor de su vida, Darío, frustrada por el aparente enfriamiento de su relación. Sin embargo, poco se imagina lo que le depara el destino en este regreso a la isla, que la enfrentará con viejos demonios y probará su misma humanidad.

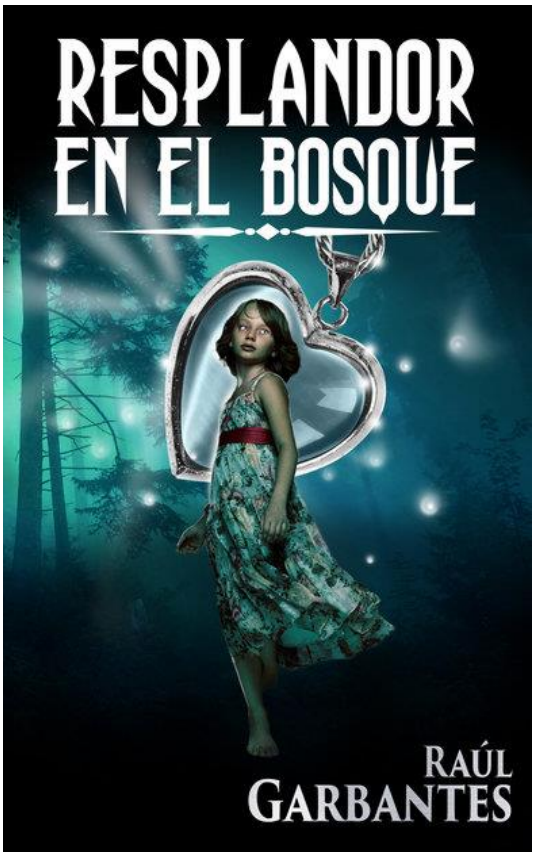
Disponible en Amazon: https://amazon.com/dp/B01DI4MQOC/

El Palacio de la Inocencia

La inocencia es una virtud frágil para quienes están obligados a crecer demasiado pronto. Pero hay juegos que no pueden abandonarse y deben ser jugados hasta el final. En medio de una noche llena de pesadillas, Diana, una maestra de educación infantil, se ve obligada a atender una llamada con un anuncio que cambiará su presente por completo: su hermana, Bárbara, y su pequeño sobrino, Leo, han sido brutalmente asesinados, mientras que Mina, su sobrina de cinco años, fue secuestrada sin dejar rastro. La tragedia y la incertidumbre serán una constante a partir de ese momento en la vida de Diana, quien intentará localizar a su sobrina con la ayuda de Justo, el jefe del departamento de homicidios. La policía encuentra pocas pistas sobre quién podría ser el culpable y la misteriosa vida que llevaba su hermana aporta pocas respuestas para resolver el caso. Pero un día, Diana recibe mensajes cifrados con acertijos por parte de un hombre que se hace llamar el “guardián de los juegos”. ¿Quién será este mensajero anónimo y por qué está relacionado con su familia? En una carrera desesperada contra el tiempo, Diana debe descifrar los enigmas de este psicópata para poder rescatar a Mina. Acompáñala a resolverlos.

Disponible en Amazon: https://amazon.com/dp/B01GRY9ST6/

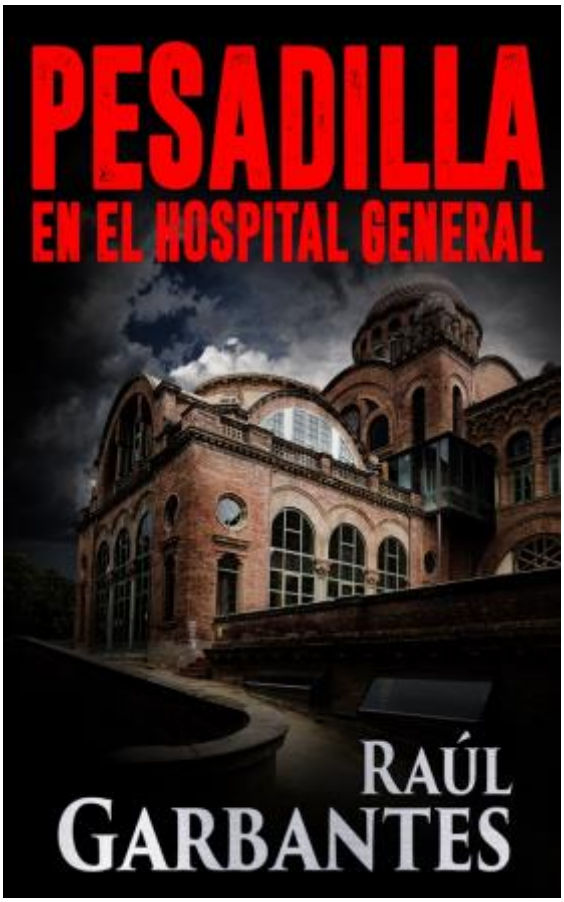
Resplandor en el Bosque



La pequeña Sarah va en el auto junto a su padre de regreso a casa. Pasan por el bosque en el que su madre desapareció hace cinco años y la niña se siente atemorizada. Después de cruzarse en el camino con un venado, se accidentan en el auto y, en el trajín, la pequeña cae por el abismo que da al bosque. Cuando abre los ojos se da cuenta de que se encuentra metida en una de sus peores pesadillas, está perdida en el mismo bosque en el que perdió a su madre.

Disponible en Amazon: https://amazon.com/dp/B01GAGU9UI/

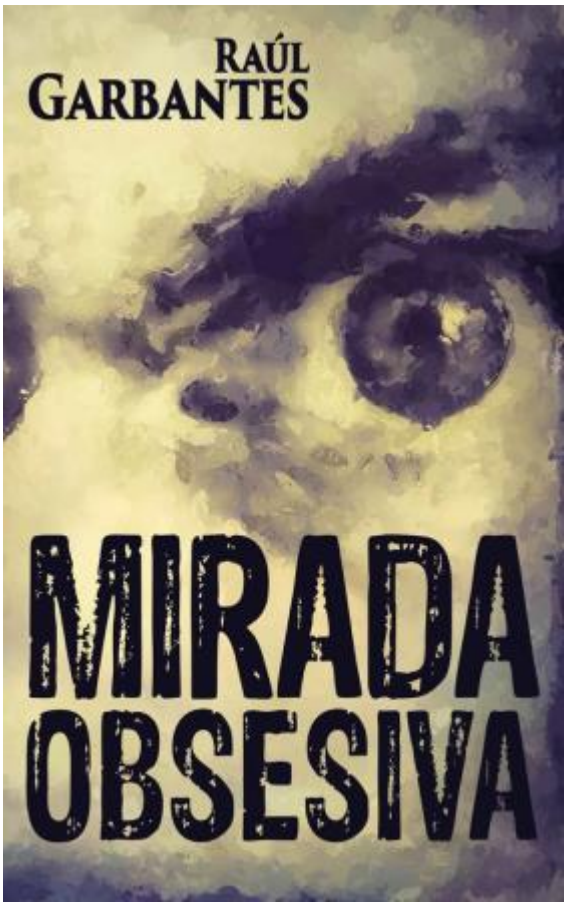
Pesadilla en el Hospital General



Tres personas se enfrentan al crimen organizado de la capital. La aparición de un paciente sin identificación en la sala de emergencias del Hospital General, desencadenará una serie de eventos misteriosos e intimidantes que obligarán a Julián Torres, Alejandra Villalobos y Willy Baralt, a desentrañar los hilos y urdimbres que unen la red de ilegalidad de la ciudad. El lector que recorra estas páginas se conmoverá con las historias de los personajes, la trama escalofriante en la que se ven envueltos y no despegará los ojos hasta el final, para saber si serán capaces o no de enfrentarse a los corruptos y criminales de la capital.

Disponible en Amazon: https://amazon.com/dp/B01FZO75H6/

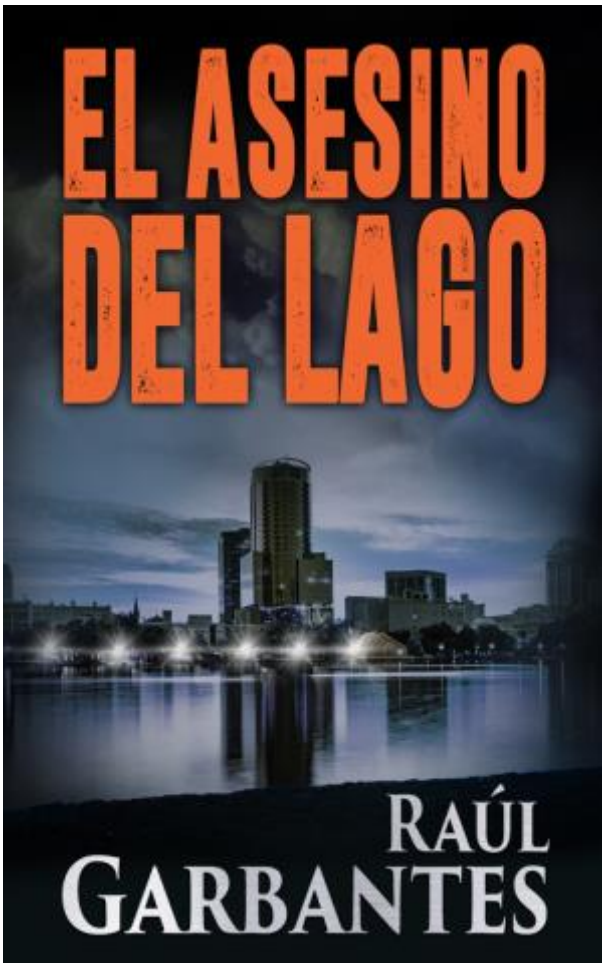
Mirada Obsesiva



En un ciudad llena de contrastes vive Valeria Gómez, una exitosa mujer joven, que lleva una existencia metódica y ordenada. Todos los días, ella intenta controlar cada detalle, cada aspecto, cada espacio de su vida, sin dejar nada al azar, convirtiendo su vida en un marco rígido de prolijidad absoluta para ocultar un doloroso pasado familiar. Su vida transcurre tranquila entre su trabajo, el cuidado de sus plantas y su apartamento minimalista, que es su oasis y su refugio, y el café diario con su amigo Gianfranco, con quien comparte su pasión por el arte y su deseo de aprender italiano. Además, ha comenzado a convivir con Mariano, un guapísimo hombre por quien siente una intensa atracción sexual. Valeria no puede estar más feliz. No obstante, de un momento a otro su vida perfectamente controlada se vuelve un caos absoluto. Alguien la observa, la acosa, se mete en su casa y en su vida y no la deja en paz. Valeria comienza a ver cómo su vida se desmorona ante sus propios ojos sin que pueda hacer nada por evitarlo. Y es paradójico, porque el acosador parece estar obsesionado con los ojos y la mirada, y no para de dejarle a Valeria extraños dibujos de unos ojos. ¿Quién es el acosador? ¿A qué juega y por qué la persigue? ¿Cómo hará Valeria para descubrirlo antes de caer en un pozo de locura que le muestren los límites de una verdadera obsesión? No puedo develarte más. Adquiere ya un ejemplar de esta nueva novela del autor de “El silencio de Lucía” y “El palacio de la inocencia” y dejarte llevar por este thriller psicológico que te mantendrá enganchado hasta el final.

Disponible en Amazon: https://amazon.com/dp/B01LCXYVFS/

El Asesino del Lago



Los Peterson viven una vida normal y tranquila en su hermoso departamento con vista al lago. Están casados hace unos años y son muy felices. De repente, algo terrible ocurre: el vecino que vive frente a ellos es asesinado y Gloria, su viuda, parece haber perdido la razón. Poco tiempo después del trágico hecho, María, la hermana de Gloria, y su familia se trasladan al departamento que compartía la pareja. El hombre de esta familia, los Clarks, es un policía que, con su llegada a la ciudad, comienza a trabajar en la división de homicidios y a seguir las pistas del asesinato de su cuñado. Los Clarks y los Peterson se hacen amigos, pero entonces comienzan a perseguirlos una serie de sucesos extraños que ponen en peligro sus vidas. ¿Estará el asesino detrás de estos sucesos?

Disponible en Amazon: https://amazon.com/dp/B01LYPA10D/

Colección Completa de Misterio y Suspense

La colección completa con todas mis novelas de misterio y suspense.

Disponible en Amazon: https://amazon.com/dp/B01MU6ZEBS/